

Wisława Szymborska

LECTURAS NO OBLIGATORIAS: PROSAS

Estos escritos habían sido concebidos en su origen como reseñas de todos aquellos libros que por norma general no tienen cabida en los diarios ni en los suplementos especializados, pero la autora pronto se apartó de su intención inicial para actuar con mucha mayor libertad y llegar a algo más propio e inclasificable.

Título original: *Lektury nadobowiązkowe*

© Wisława Szymborska, 1992

© Prólogo y traducción: Manel Bellmunt Serrano

Revisión traducción del polaco: Karolina Todorowa

© Ediciones Alfabet, 2009

1ª edición, noviembre 2009

Diseño de colección: Paradigma FCM

ISBN: 978-84-937348-4-8

Depósito legal: SE-619-2012

LA PROSA DE SZYMBORSKA: ENTRE EL HUMANISMO Y LA IRONÍA

«El poeta, si es poeta de verdad, siempre tiene que repetirse *no sé*».

WISŁAWA SZYMBORSKA

Cuando la Academia sueca concedió el 3 de octubre de 1996 el Premio Nobel de Literatura a Wisława Szymborska (Kórnik, 1923), en nuestro país, solo unos pocos conocían su obra poética y se encontraban en disposición de enumerar los méritos que le habían hecho acreedora de tal galardón. Así que cuando la noticia se dio a conocer, la mayoría se encogió de hombros y trató de recabar información sobre esa autora polaca llamada Wisława Szymborska. Era, dicho sea de paso, una reacción del todo normal: en España solo se habían publicado por entonces algunos poemas de Szymborska en una antología de Fernando Presa Goncomo Alemania, Inglaterra o Francia la obra de Szymborska ya era conocida y la concesión de dicho galardón no comportó sorpresa alguna. Algo más de una década después, sus poemarios aparecen casi anualmente en las librerías de nuestro país y el aficionado a la poesía conoce su obra. Es posible, incluso, que haya memorizado alguno de sus poemas («*Cuando pronuncio la palabra Futuro / la primera sílaba pertenece ya al pasado / Cuando pronuncio la palabra Silencio / lo destruyo...*»). Para el resto, es decir, para todos aquellos que desdeñan el *improductivo* placer de leer poesía, el suyo no es más que otro impronunciable nombre que, de vez en cuando, aparece en los periódicos.

Quienes conocen la obra poética de Szymborska no escatiman adjetivos para elevarla al *Olimpo* de la lírica contemporánea; y lo cierto es que tienen motivos para hacerlo. La suya es una poesía sencilla en apariencia, que adopta un tono intimista, casi confesional, y que trata de tender un puente entre el autor y el lector, un nexo de unión en donde ambos puedan compartir sus vivencias, sus experiencias, sus referentes culturales y sus historias. No es una poesía destinada a las élites de la lírica (aunque su obra también está dotada de diferentes niveles), sino un punto de encuentro para gente corriente. Szymborska, gracias a la gran versatilidad de contenidos presentes en su obra, nos muestra la inexistencia de temas inherentemente poéticos. Todo es poesía y todo es poetizable, aunque algunos se lleven las manos a la cabeza. Y en el centro mano, «*el más pasmoso y absurdo eslabón de la cadena biológica evolutiva*». Pero no nos engañemos. La suya no es una visión pesimista de la existencia; justo lo contrario. Para Szymborska, el que estemos aquí y ahora constituye un hecho extraordinario, de una importancia capital, que debe ser subrayado y entendido. No hay pesimismo en su obra, y en su lugar se erige un humor refinado y cáustico. «*Todos mis poemas nacen del amor*», dirá la poetisa, pues

toda creación poética «es en el fondo una forma de amor hacia el mundo». Y el fundamento y la aspiración última de esta poesía es, paradójicamente, la llegada al conocimiento máximo, es decir, el de quien sabe que no sabe. «El poeta, si es poeta de verdad, siempre tiene que repetirse no sé». Así lo expresó la propia Szymborska en la ceremonia de entrega del Premio Nobel.

Todos sus poemas anhelan llegar a una revelación, tratan de encontrar una respuesta. Pero cuando aparentemente la consigue, la duda se apodera de ella y toma conciencia entonces de que esa verdad, si realmente lo es, no durará más que un instante... algo fugaz que devendrá insuficiente. Pero el libro que quiero presentarles no es una antología de sus poemas, y con razón se preguntará el lector por qué hago referencia a su poesía. Las razones son múltiples, pero únicamente referiré dos: en primer lugar, los temas tratados en este volumen de *prosas* son, en su mayoría, los mismos a los que alude su poesía y, en segundo lugar, para comprender la dimensión moral y ética de la auarte. Y esa visión del arte coincide tanto en su obra poética como en su prosa, y podríamos definirla como un humanismo revestido de ironía.

Lecturas no obligatorias es una recopilación de textos aparecidos durante décadas primeramente en *Zycie Literackie*, un conocido semanario polaco de literatura y cultura, y, más tarde, en otras revistas como *Pismo* u *Odra*. A partir de 1993, estas breves piezas en prosa se publicaron en *Gazeta Wyborcza*, un importante periódico polaco nacido en 1989. Como la misma autora explica en un breve prefacio, sus columnas no son reseñas literarias, sino comentarios a obras que normalmente no acaparan la atención del crítico. Obras que pasan desapercibidas, pero que más tarde se convierten en éxitos de ventas. En ocasiones, Szymborska se olvida *ex profeso* de las obligaciones del articulista y divaga sobre temas que guardan poca o ninguna relación con el libro. Rara vez se centra exclusivamente en la obra en cuestión, sus características formales o su calidad literaria, pero siempre arroja una valoración crítica —a veces sutil; otras, despiadada— sobre el asunto en cuestión. Esas opiniones son las que nos brindan la oportunidad de conocerla mejor. Sin embargo, no caeremos en el error de identificarla plenamente con lo expuesto en los artículos: hay algo de ficción también en ellos. Además, esa ironía de la que magistralmente se sirve ya se encarga de desdibujar el perfil de la autora. En el fondo, sus artículos no son más que un pretexto para adentrarse en el *camde escribir*». El lector pronto se dará cuenta de la realidad que subyace bajo esa aseveración, y de que la autora polaca utiliza el lenguaje con maestría y precisión también en prosa. Hay artículos sobre biología, arqueología, historia, geología, botánica, psiquiatría, gastronomía... Pero en todos ellos se aprecia a trasluz el lado más humanista de Szymborska, un humanismo recubierto de ironía. Mordemos y

saboreamos sus artículos, y cuanto más lo hacemos, más clara se nos antoja la irrealidad de lo aparente. Pues, para la autora, el ser humano es simultáneamente una criatura pensante y un primate, capaz de lo maravilloso y lo abominable. Y ambos lados se tornan translúcidos a través de un lenguaje sencillo, pero preciso, como firmaría el mismo Joseph Brodsky. El humanismo de Szymborska destaca por su marcado anti-anthropocentrismo (he ahí parte de la ironía), dado que niega que seamos la culminación del mundo animal y que este nos pertenezca. ¿Por qué no nacemos sabiendo componer un soneto decente? ¿O las tablas de multiplicar? ¿O el idioma de nuestros padres? Pero no, nacemos igual de analfabetos que nuestros padres, igual de ineptos para la música, la literatura, la pintura... Del mismo modo, la autora ironiza sobre ese orden que hemos creído imponer sobre el mundo. No es más que una construcción humana, parece decir, un castillo de naipes. No tenemos ni idea de cómo se sienten los otros animales, parece decir Szymborska. Ni siquiera nosotros hemos sabido darle sentido a nuestra propia muerte, cómo ser humano carece de ese mecanismo de freno que impide la muerte del oponente (ni siquiera hace falta poner ejemplos). En cambio, los otros animales sí han conservado esa virtud: *«Todos los instintos me parecen dignos de ser envidiados. Pero uno de ellos, especialmente: se llama el instinto de frenar los golpes. Los animales a menudo se pelean con otros de su misma especie, luchas que, sin embargo, concluyen por regla general sin sangre. En un momento determinado, uno de los oponentes se retira y así queda la cosa. Los perros no se devoran unos a otros, los pájaros no se matan a picotazos y los antílopes no se ensartan mortalmente. No se debe a que sean dulces por naturaleza. Simplemente que actúa un mecanismo que pone freno al ímpetu, a la fuerza del impacto o a la oclusión de las fauces...»*.

Además de su marcado anti-anthropocentrismo, su visión de la naturaleza es característicamente anti-romántica y anti-mística: para ella, la naturaleza no es en ningún caso una proyección de nosotros mismos, sino que posee una existencia propia, independiente y material. Y su manera de acercarse a ella se aleja de las concepciones holísticas y se abraza al empirismo, a la concreción y a lo observable: los nombres, las ideas y las concepciones que normalmente le atribuimos a la naturaleza no son más que el resultado de nuestra conciencia. Son imputaciones humanas. En ningún caso hacen referencia a las características intrínsecas del mundo natural. Esto no implica que se dude de la

lores sensitivos y estéticos solo son percibidos a través de nuestros sentidos. El ser humano, a diferencia de otros seres vivos, es capaz de percibir cuándo sus acciones suponen un claro perjuicio para otros. Pero Szymborska también subraya el prodigio que supone nuestra existencia: *«¿No podría, por el contrario, fortalecernos, reforzarnos, enseñarnos el respeto mutuo, hacernos pensar un poco en una forma de vida más humana? ¿Diríamos tantas estupideces y mentiríamos a sabiendas de que resuenan en todo*

el Cosmos? ¿Podría esta simple y extraña vida adquirir finalmente su valor, el que merece, el valor de un fenómeno, de una revelación, el valor de algo sin parangón a escala universal?».

La filosofía de Szymborska se decanta por la moderación (que no el conservadurismo) y el escepticismo. Trata cautamente de evitar las grandes frases y las grandes aseveraciones y prefiere las contradicciones a las verdades generalmente aceptadas. El mundo que nos presenta no se basa en una cosmogonía aparte, sino que añade glosas a la realidad en que vivimos. Como ella misma añade en algunas ocasiones a sus artículos, su lugar se encuentra en el margen, junto al conocimiento aceptado. Es una heterodoxa que, sin embargo, prefiere no alejarse en exceso de la ortodoxia. Mantenerse a distancia y levantar la voz para conceder la palabra a la excepción. Por ejemplo, en uno de los capítulos, Szymborska pone en duda la idea preconcebida de que el instinto siempre cuida de buscar las mejores

pulsiva escribe sobre las aves migratorias: «*El instinto que le obliga cada otoño a alzar el vuelo y migrar, a veces, a decenas de miles de kilómetros de distancia, solo parece serle favorable y velar por su seguridad. Si la razón fuese únicamente el encontrar un buen cebadero con un clima más templado, muchas especies de aves finalizarían su persistente migración mucho antes. Pero estas irresponsables criaturas vuelan más allá, por encima de las montañas, donde sorprendidas por el temporal se hacen añicos contra las rocas, o, sobre los mares, se hunden en ellos. El propósito de la naturaleza ni siquiera es la despiadada selección natural: en estas circunstancias mueren de igual forma los ejemplares más débiles y los más fuertes».*

Ese humanismo cargado de excepciones, de reglas que no se cumplen, de glosas y notas a pie de página, inunda las páginas de Lecturas no obligatorias. Ese humanismo enmascarado por la ironía siempre esconde una revelación tras de sí. A veces no es evidente; otras, sí lo es. Es posible que el lector piense de diferente manera. Puede que disienta de sus opiniones. Pero la reflexión sobre la cotidianidad, sobre lo trivial, sobre lo comúnmente aceptado, no le dejará indiferente. Y cuando concluyan las páginas y la lectura llegue a su trágico y prometido final, solo una cosa será evidente: nuestra existencia es un misterio insondable, uno maravilloso, frente al que únicamente podemos encogernos de hombros y experimentar su riqueza y diversidad. Pero son muchas las ideas y conclusiones que se quiegan, en última instancia, encuentre ese puente de unión entre él/ella y la autora.

Lecturas obligatorias es muchas cosas, todas a la vez. Es por eso que esas piezas en prosa son tan entretenidas y amenas. Y lejos de vulgarizar la literatura, buscan todo lo contrario: devolverle su dignidad y su humanidad. Porque el Libro,

como diría Szymborska, es una de las mayores invenciones del *homo ludens*. Nos hace libres, nos invita a soñar y nos entretiene, entre otras muchas cosas. Szymborska sigue escribiendo, para disfrute del resto. Y la sonrisa, aunque digan lo contrario, nos acerca a nosotros mismos.

MANEL BELLMUNT SERRANO

DE LA AUTORA

La idea de escribir *Lecturas no obligatorias* surgió de la columna que normalmente aparece en todas las revistas literarias con el nombre de *Libros recibidos*. Era fácil comprobar que únicamente un pequeño porcentaje de los libros en ella mencionados conseguían llegar después al escritorio de los críticos. Se solía otorgar preferencia a las bellas letras y a los artículos sobre la política actual. Las memorias y las reediciones de los clásicos gozaban de una menor importancia. Prácticamente ninguna se concedía a las monografías, las antologías y los diccionarios. Y ninguna en absoluto a los libros de divulgación científica o a cualquier tipo de guía. Pero las cosas se veían de otra manera en las librerías: la mayoría de los libros afanosamente reseñados (la mayoría, aunque no todos) acumulaban polvo en los estantes durante meses hasta que los em todos los otros (los no valorados, los no discutidos y los no recomendados) se agotaban en un visto y no visto. Sentí la necesidad de dedicarles un poco de atención. Al principio pensaba que escribiría verdaderas reseñas, es decir, que determinaría en cada caso la naturaleza del libro, lo colocaría en una determinada corriente y daría a entender cuál de ellos es mejor o peor. Pronto me di cuenta de que no era capaz de escribir reseñas y que ni siquiera tenía ganas de hacerlo. Que en realidad soy y quiero continuar siendo una lectora *amateur* sobre la cual no recaiga el apremiante peso de la constante evaluación. El libro es a veces el tema central; en otras ocasiones, solo el pretexto para entretejer libres asociaciones. Aquel que califique estas *Lecturas* de folletinescas, estará en lo cierto. Quien se empecine en que son *reseñas* se llevará un desengaño.

Y una cosa más, lo digo de corazón: soy una persona anticuada que cree que leer libros es el pasatiempo más hermoso que la humanidad ha creado. El *homo ludens* baila, canta, realiza gestos significativos, adopta posturas, se acicala, organiza fiestas y celebra refinadas ceremonias. Para nada desprecio la importancia de estas diversiones: sin ellas, la vida humana pasaría sumida en una monotonía inimaginable y, probablemente, la dispersión. Sin embargo, son actividades en grupo sobre las que se eleva un mayor o menor tufillo de instrucción colectiva. El *homo ludens* con un Libro es libre. Al menos, tan libre como él mismo sea capaz de serlo. Él fija las reglas del juego, subordinado únicamente a leer libros inteligentes de los que aprenderá cosas, sino también libros estúpidos de los que algo sacará. Es libre de no leer un libro hasta la última página, y de empezar otro por el final e ir retrocediendo. Puede echarse a reír en un punto no destinado a ello o, de repente, detenerse ante unas palabras que recordará durante el resto de su vida. Y, finalmente, es libre —y ningún otro pasatiempo puede ofrecerle esto— de escuchar

de qué habla Montaigne o de zambullirse en el Mesozoico por un instante.

W. S.

PROFESORES DESPISTADOS

Las anécdotas sobre los grandes hombres son una lectura reconfortante. De acuerdo, pensará el lector, cierto es que no he descubierto el cloroformo, pero al menos no era el peor estudiante de la escuela como Liebig. Naturalmente no fui el primero en hallar la arsfenamina, pero al menos no soy tan despistado como Ehrlich, quien se escribía cartas a sí mismo. En cuestión de elementos, está claro que Mendeléyev me supera, pero seguro que soy mucho más aseado y presentable que él por lo que al pelo respecta. ¿Y he olvidado alguna vez presentarme en mi propia boda como Pasteur? ¿Acaso he cerrado alguna vez el azucarero con llave como Laplace para que no lo utilizara mi mujer? La verdad es que, comparados con ellos, todos nos sentimos un poco más sensatos, mejor educados e, incluso, más magnánimos por lo que respecta al día a día. Además, la perspectiva del tiempo nos ha permitido saber qué científico tenía razón y cuál estaba verze hoy un tal Pettenhoffer! Fue un médico que combatió de un modo vehemente los estudios sobre la acción patógena de las bacterias. Cuando Koch descubrió la bacteria *Vibrio cholerae*, Pettenhoffer se bebió una probeta entera llena de esos desagradables gérmenes durante una demostración pública tratando de demostrar que los bacteriólogos, con Koch a la cabeza, eran unos mitómanos peligrosos. La singular grandeza de esta anécdota radica en el hecho de que no le pasó nada a Pettenhoffer. Conservó su salud y hasta el último de sus días pregonó burlonamente que tenía razón. Por qué no enfermó continúa siendo un misterio para la medicina. Pero no para la psicología. A veces aparecen personas con una resistencia excepcionalmente vigorosa a los hechos evidentes. ¡Qué agradable y honroso es no ser como Pettenhoffer!

Los científicos y sus anécdotas, Waclaw Gołebowicz, Varsovia: «Wiedza Powszechna», 2.^a edición 1968.

LA IMPORTANCIA DE ASUSTARSE

A cierto escritor dotado de una vívida imaginación se le pidió que escribiera alguna cosa para los niños. —Excelente —dijo con alegría—, justamente tengo algo pensado sobre una bruja. Las señoras de la editoasustar a los niños!— ¿Y qué se supone que hacen los juguetes que se venden en las tiendas o esos ositos bizcos de felpa violeta? —preguntó el escritor. Por lo que a mí respecta, veo la cosa de diferente manera. A los niños les encanta asustarse con los cuentos. Sienten la necesidad natural de vivir grandes emociones. Andersen atemorizaba a los niños, pero estoy segura de que ninguno de ellos le guardaba rencor, incluso después de haber dejado de serlo. Sus hermosísimos cuentos de hadas están repletos de criaturas indudablemente sobrenaturales, sin contar a los animales que hablan y a las elocuentes herradas. No todos los miembros de esta hermandad eran amables e inofensivos. La figura que con más frecuencia aparece es la muerte, un personaje implacable que penetra en el corazón mismo de la felicidad y arrebató lo mejor, lo más amado. Andersen trataba a los niños con seriedad. No solamente les hablaba de la gozosa aventura que es la vida, sino también de sus infortunios, las penas, y sus no siempre merecidas calamidades. Sus cuentos de hadas, poblados por criaturas de la imaginación, son mucho más realistas que todas esas toneladas de páginas que forman la literatura actual para niños, la cual se preocupa por la verosimilitud y evita lo fantástico como si del demonio se tratara. Andersen tuvo la valentía de escribir cuentos de hadas con un final triste. Consideraba que no se debía intentar ser bueno porque valiera la pena (tal y como obstinadamente propagan los cuentos actuales con su moraleja, aunque, en este mundo, no siempre ocurra emocional e intelectual y es la única forma de pobreza por la cual se debe sentir aversión. ¡Y es tan graciosa...! Andersen no hubiese sido tan gran escritor de no ser por su sentido del humor, que hace gala de una rica gama de matices, desde la sonrisa bondadosa hasta la mofa. Y, de la misma manera, creo que tampoco se hubiese convertido en tan gran moralista siendo él mismo la bondad personificada. Pues no lo era. Tenía sus caprichos y debilidades, y era un individuo difícil de soportar a diario. Dicen que Dickens bendijo el día en que Andersen fue a visitarle y se hospedó en un cuartito repleto de flores de bienvenida. Lo mismo hizo al día siguiente cuando su invitado se marchó y desapareció en la niebla de Copenhague. Todo parecía indicar que aquellos dos escritores que tantos rasgos en común compartían se mirarían a los ojos hasta el final de sus días. Pero no pudo ser.

Cuentos de hadas, Hans Christian Andersen, traducción de Stefania Beylin y Jarosław Iwaszkiewicz. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 5.ª edición (!vaya!) 1969.

UNA DUDOSA COMPENSACIÓN

¡Cuántas especies animales manifiestan su capacidad para llevar una vida independiente justo después que a duras penas alcanzamos a imaginar, y a una destreza innata que nosotros, dentro de nuestras posibilidades y necesidades, solo obtenemos al cabo de muchos años y con gran esfuerzo! La naturaleza nos ha privado de un millar de extraordinarias cualidades, si bien también es cierto que nos ha dado el intelecto a cambio, como si hubiese olvidado que este sería nuestro único modo de arreglárnoslas en este mundo. De haber pensado en ello, la naturaleza habría transferido de forma hereditaria muchas informaciones básicas. Habría sido razonable si hubiésemos nacido sabiendo las tablas de multiplicar, conociendo, aunque fuera, el idioma de nuestros padres, capaces de componer, aunque con dificultades, un soneto decente o pronunciar una conferencia en un acto solemne. El recién nacido podría enseguida alzar el vuelo hacia las regiones más elevadas del pensamiento especulativo. Al tercer año de vida podría escribir las *Lecturas no obligatorias* mejor que yo, y a los siete sería el autor del libro *Instinto o experiencia*. Sé que airear todas mis penas en las columnas de *Zycie Literackie* no sirve de nada, pero me sentía afligida. Dröscher escribe vívidamente sobre los sorprendentes logros del tejido nervioso que permite a los animales ver sin ojos, oír a través de la piel y husmear el peligro sin que haya la más mínima brisa. Todo ello es parte del riquísimo ritual de las actividades del instinto... Todos los instintos me parecen dignos de ser envidiados. Pero uno de ellos, especialmente: se llama el instinto de frenar los golpes. Los animales a menudo se pelean con otros de su misma especie, luchas que, sin embargo, concluyen por regla general sin sangre. En un momento determinado, uno de los oponentes se retira y así queda la cosa. Los perros no se devoran unos a otros, los pájaros no se matan a picotazos y los antílopes no se ensartan mortalmente. No se debe a que sean dulces por naturaleza. Simplemente a que actúa un mecanismo que pone freno al ímpetu, a la fuerza del impacto o a la oclusión de las fauces. Este instinto solamente desaparece en cautividad, así como tampoco se manifiesta en aquellas especies que han sido criadas fuera de su lugar natural. Lo que viene a ser lo mismo.

Instinto o experiencia, Vitus B. Dröscher, traducción del alemán de Krystyna Kowalski. Varsovia: «Wiedza Powszechna», 1969.

LA ABSTRACCIÓN DE LOS NÚMEROS

Mi primer contacto con la estadística tuvo lugar bastante pronto: tenía unos ocho o diez años cuando fui con mi clase a una exposición de prevención contra el mente, no recuerdo. Por el contrario, sí recuerdo perfectamente una reproducción muy colorida, hecha con yeso, del hígado de un borracho. Una buena muchedumbre se congregó alrededor de aquel hígado. Pero lo que más nos fascinaba era un tablón en donde se encendía una lucecilla roja cada dos minutos. En la inscripción se explicaba que, cada dos minutos, moría en el mundo una persona por causa del alcohol. Todas nos quedamos petrificadas. Una de la clase tenía uno de esos relojes de pulsera y comprobaba con esmero y atención la regularidad de la lucecilla. Pero Zosia W. aún encontró un método mejor. Se santiguó y comenzó a orar por el descanso eterno de todos ellos. La estadística nunca ha vuelto a provocar en mí emociones tan inmediatas como aquellas. Tengo un amigo a quien leer anuarios estadísticos le proporciona una recreación completa de la vida, a través de las cifras ve y oye e, incluso, experimenta sensaciones olfativas. Le envidio. Cuántas veces intento yo misma transformar simples cifras en imágenes concretas, hacer aparecer ante mis ojos un hombre y una-coma-algo mujeres. Esa extraña pareja trae al mundo (¡aproximadamente!) a dos niños, y esos niños enseguida se ponen a beber alcohol, tanto que, al cabo de un año, ya se han bebido cuatro litros y medio. A ello se suman dos fenómenos tan terribles, tanto en el contenido como en la forma, como la morbilidad de la abuela y la mortandad del abuelo. Probablemente, Irena Landau escribió *El polaco estadístico* para ese tipo de personas que tienen una tar en este librito a una familia corriente en multitud de situaciones cotidianas. Desgraciadamente, los señores Kowalski se sienten tan estadísticamente típicos que, de inmediato, se convierten en personajes abstractos, dado que el individuo nunca puede sentirse típico. Es un libro fácil de digerir, aunque poco nutritivo. Todas esas grandes cifras son difíciles de domesticar, y algunas de ellas no son en absoluto propias del registro conversacional. Al final del libro, la autora misma, no sin cierto sentido del humor, invita al lector a consultar un anuario estadístico que sea algo más interesante.

El polaco estadístico, Irena Landau, Varsovia: «Iskra», 1969.

SIGUE SOÑANDO

Soñamos, ¡pero tan negligentemente, tan a la ligera! «Quiero ser un pájaro», dice este o aquel. Pero si el sumiso destino lo convirtiese en un pavo, se sentiría desencantado. No era eso precisamente lo que había pedido. Aún peores serían los peligros relacionados con el vehículo del tiempo. «Me gustaría despertarme en la Varsovia del siglo XVIII», pensarías despreocupado, imaginándote que con eso basta. Que naturalmente desembarcarás, cómo no, en los salones de su Majestad, que con una dulce sonrisa te tomará del brazo y te de los jueves. En cambio, caes de bruces en el primer charco que se presenta. Y justo cuando consigues con gran dificultad levantarte, por esa estrecha calle entra un carruaje tirado por ocho caballos que te aplasta; así que aterrado y contra la pared te encuentras de nuevo cubierto de barro de pies a cabeza. Y, por si fuera poco, no ves un pimiento, no sabes hacia dónde ir, y vagas por los patios traseros de los palacios en un caos de calles, montones de basuras y sucias casas en ruinas. Poco después, unos granujas salidos de la oscuridad comienzan a tirar de tu cazadora. No estoy escribiendo una novela, así que no tengo la obligación de idear una manera de sacarte de ese embrollo. Basta con decir que ahora estás sentado en una taberna en la que te sirven un asado, pero en un plato sucio. Se lo haces saber al tabernero y este se saca la orilla de la camisa de los pantalones y frota el plato hasta sacarle brillo. Cuando te pones furioso, te dice que seguramente te has criado en los espesos bosques, ya que no sabes que es así como el mismo Radziwiłł atiende a las damas. En el hotel, después de no haber solicitado con suficiente insistencia agua para lavarte, te lanzas a la cama y, a su vez, los chinches se abalanzan sobre ti. Finalmente, consigues dormirte poco antes del amanecer, pero pronto te despiertan los gritos ya que, en el piso de abajo, alguien ha provocado un incendio. No esperando el rescate de los bomberos, quienes todavía no han sido inventados, te lanzas por la ventana y, únicamente gracias a la montaña de pestilentes desechos que hay en el patio, no te partes el cuello, sino solo una pierna. Un aprendiz de barbero te coloca la pierna en el sitio sin anestesia. Puedes considerarte afortunado si no aparece en ella la gangrena y los huesos crecen rectos. Cojeando vuelves a tu época y te compras el libro por el cual deberías haber empezado: *La vida diaria en Varsovia durante la Ilustración*. Te ayuda a recuperar el equilibrio necesario entre la vulgaridad y la magnificencia de aquellos tiempos.

La vida diaria en Varsovia durante la ilustración, Anna Bardecka e Irena Turnau, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1969.

SILLAS MUSICALES

«Desgraciadamente, no puedo decir más sobre *Il trovatore* porque, aunque yo mismo he interpretado muchas veces esta ópera, a día de hoy aún no sé demasiado bien de qué va...». Leo Slezak, el célebre tenor vienés, dejó esta confesión en sus memorias. ¡Y menudo peso me he quitado de encima! Resulta que no soy la única persona de la sala que no siempre sabe quién canta contra quién, por qué aquel que se había disfrazado de sirviente, de repente, resulta ser una virgen pelirroja y pechugona, y por qué esa virginal joven tan bien alimentada se desmaya al ver a una segunda doncella, bastante más mayor, que la llama su queridísima y finalmente encontrada hijita. Así que no soy solo yo, la gente que sale a escena tampoco sabe qué está pasando. Según parece, las guías operísticas como la de Józef Kański son necesarias a ambos lados de la candileja. No tengo por qué promocionar el libro: la primera edición se ha esfumado en un visto y no visto. Solamente puedo decir que examina doscientas óperas desde Monteverdi hasta los años sesenta de nuestro siglo. Dedicar una breve biografía a cada uno de los creadores, una detallada descripción del contenido de la obra y, finalmente, hablar de los rasgos característicos de su música. No puedo decir que haya conseguido leer las doscientas óperas de un tirón. Pero he leído todos los listados de personajes que actúan y las características de sus voces. Una dura política de personal reina en el mundo de la ópera. Un código tan inquebrantable como el de las primeras tribus rige las relaciones familiares. La soprano debe ser hija de un bajo, esposa de un barítono y amante de un tenor. Los tenores no pueden engendrar una contralto ni tener relaciones carnales con una. Un amante barítono es una rareza y, en cualquier caso, es mejor buscarse un mezzosoprano. A su vez, las mezzosopranos deben condenarlas al rol de ser la otra o a la aún más triste posición de amiga de los sopranos. La única mujer barbada de la historia de la ópera (véase *El ascenso del libertino* de Stravinski) es una mezzosoprano, y, naturalmente, no logra la felicidad. Por regla general, salvo los padres espirituales, cantan como bajos los cardenales, las fuerzas del infierno, los funcionarios de prisiones y, en una ocasión, el director de un hospital para enfermos mentales. Lo expresado más arriba no conduce a ninguna conclusión. Admiro la ópera, que no es la vida real, y admiro la vida, que es en ocasiones una verdadera ópera.

La guía operística, Józef Kański, Cracovia: Polskie Wydawnictwo Muzyczne, 2.^a edición, 1968.

FELICIDAD COMPULSIVA

«Hay posado en un árbol un pájaro / que se extraña de la gente, / porque ni el más sabio sabe decir / dónde se encuentra la suerte...». Pese a todo, es mejor no saber a la forma humana que saber a la de pájaro. El ave es un loco ignorante de su propia locura. El instinto que le obliga cada otoño a alzar el vuelo y migrar, a veces, a decenas de miles de kilómetros de distancia, solo en apariencia le es favorable y vela por su seguricebadero con un clima más templado, muchas especies de aves finalizarían su persistente migración mucho antes. Pero estas irresponsables criaturas vuelan más allá, por encima de las montañas, donde sorprendidas por el temporal se hacen añicos contra las rocas, o, sobre los mares, se hunden en ellos. El propósito de la naturaleza ni siquiera es la despiadada selección natural: en estas circunstancias mueren de igual forma los ejemplares más débiles y los más fuertes. Un horrible destino persigue al ganso salvaje del lago Chany. Siente el impulso de despegar cuando aún no ha pelechado y es incapaz de alzar el vuelo. De ese modo, inicia su viaje a pie hacia el sur. Con impaciencia esperan este desfile masivo diferentes tipos de aves rapaces, así como un mamífero con un garrote: el hombre. Y comienza la masacre, aunque esta se repita con regularidad año tras año, siglo tras siglo, y no deje ningún vestigio de recuerdo en la memoria de esta especie. Una travesura aún más diabólica es la que le juega la naturaleza a los lemmings, unos simpáticos animales que viven en madrigueras. Llega un día en que hay tantos en ellas que abandonan en tropel su antigua morada. ¿Para fundar nuevas colonias cercanas? ¡Qué va! Se marchan. Simplemente se marchan, porque es eso lo que dictamina su destino hormonal. Y siguen caminando hasta llegar al mar, donde se ahogan. Esta especie continúa existiendo gracias a los contados individuos de la misma especie que permanecen en las antiguas madrigueras. La historia humana contiene episodios similares. Solo sos de ellos, mientras que sospecho que sobre los animales pesa, además, el apremio de la felicidad. Blond escribió su libro para los jóvenes. Contiene cinco relatos: los lemmings, los gansos salvajes, las focas, los elefantes y los bisontes. Pensando en el joven lector, ha novelizado las cosas, pero con moderación y sin balbuceos. De ese modo, también los adultos pueden leer el libro con provecho y horror.

Misteriosos lemmings, Georges Blond, traducción del francés de Janina Karczmarewicz-Fedorowska, Varsovia: Nasza Ksi, egarnia, 1969.

CUÁNTO CUESTA SER UN CABALLERO

El Cid existió realmente y es cierto que su esposa tenía por nombre Jimena. De igual forma, la valentía del Cid no deja lugar a la duda. Sin embargo, la leyenda ha exagerado un tanto la irreconciliable enemistad con los moriscos españoles. A veces este hombre también combatía del lado de los moriscos contra los cristianos. El sobrenombre de *Cid*, del árabe *Sidi* («mi señor»), refleja esa familiaridad por parte del héroe con el mundo del Islam. Sin embargo, el cantar popular no le recuerda así y confiere a su vida un único y decisivo rumbo: del lado del rey español contra los mprobablemente medio siglo después de su muerte, es decir, a mediados del siglo XII. La versión que hoy se conserva data del siglo XIII. Es dudoso que sea obra de un único autor, sino más bien de dos, que solamente un copista convertiría más tarde en una sola persona. El *Poema* se divide, por una parte, en el relato de los hechos de armas del Cid y, por otra, en sus problemas familiares. En la primera se oye el sonido de las espadas y, en la segunda, solamente el cuchicheo de las cortesanas y el susurro de los vestidos de las doncellas. Y aunque el encanto de la sencillez y la ingenua concreción están presentes en ambos relatos, por alguna razón, prefiero la primera. Fue escrita por un Balzac medieval. La guerra es para él, ante todo, una empresa financiera. Para combatir hay que apoderarse del oro y, para conseguir el oro, no hay más remedio que combatir. Dado que la guerra es costosa, esta debe ser rentable. Es necesario especular con el botín, exigir un tributo y, si no es suficiente, estafar con los préstamos. La cabeza del caballero, hasta que alguien se la cortaba, estaba siempre llena de cálculos. El autor no se olvida ni por un segundo de los botines de guerra y los enumera con arrojo y gusto. Lejos aún de la consciente idealización de la caballería, el *Poema* tiene el aroma de la autenticidad, el cual, por ejemplo, se observa levemente envuelto por un perfume vaporoso de virtudes absolutas en *La Chanson de Roland*. La traducción de Anna Ludwika Czerny es maravillosa. Ha conservado íntegra la libertad interna de esta extraña franqueza medieval que hoy nos parece un tanto perversa.

Poema del Cid, traducción del español de Anna Ludwika Czerny, epílogo de Zygmunt Czerny y diseño gráfico de Józef Wilson. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 1970.

VER LA LUZ

Expresar con palabras las obras de Vermeer es un esfuerzo en vano. En su caso, un cuarteto musical con dos violines, un fagote y un arpa sería un medio de expresión mucho más apropiado. Sin embargo, los historiadores del arte están obligados a hacer el esfuerzo verbal, ya que esa es su vocación y su profesión. Kuno Mittelstädt halló una salida relativamente sencilla: representar la pintura de Vermeer sobre el trasfondo de su época, y al mismo maestro como a su portavoz. Desgraciadamente, no hay creador que pueda expresar completamente su época y, a este respecto, Vermeer resulta ser un bardo de un pedazo de realidad muy limitado e íntimo. ¿Pero acaso esto mengua la grandeza de su obra? Por supuesto que no, ya que la grandeza con frecuencia reside en otros aspectos. Sin embargo, Mittelstädt no lo quiere comprender y busca en las obras del maestro holandés elementos de crítica ciente burguesía. Y si no puede encontrarlos, trata de ver en algunas obras lo que no hay. Así, por ejemplo, en el célebre cuadro *Alegoría de la pintura* percibe un irónico contraste entre la *cocina* del artista y la modelo ataviada como una musa. La *artificial* pose de la modelo es aquí un «mecanismo de desenmascaramiento» de los gustos de una burguesía encaprichada con la idealización de la vida y las alegorías. La interpretación nos parecerá sensata siempre y cuando no miremos al cuadro. La modelo a la que se atribuye el rol de desenmascaradora es una muchacha que modestamente dirige al suelo su tierna mirada y que está envuelta por un azul arrebatador; naturalmente, ha sido colocada en una pose determinada, pero para que esta sea lo menos ostentosa y forzada posible. Si hay en ella ironía, esta no deriva del contraste compositivo, sino que inunda la totalidad de la obra y está presente en el brillo de la trompeta, en los pliegues de la cortina y en la luz que, desde la ventana, desciende sobre el embaldosado blanquinegro. Además, esta ironía aparece con la misma prodigalidad en cualquiera de las otras obras del maestro. De la misma forma, me sorprendió la apreciación de Mittelstädt sobre uno de los últimos lienzos del tempranamente desaparecido Vermeer. Me refiero a *La mujer con la espineta*. Según el crítico, esta obra marca el ocaso de una época y la decrepitud de la inspiración creativa. La obra es rígida, fría y calculada. La dama que está de pie junto al instrumento se encuentra, a su entender, «aislada» del inmán...». Miro una y otra vez y no estoy de acuerdo con nada de lo dicho. Veo el milagro de la luz del día cayendo sobre diferentes tipos de materia: sobre la piel humana y la seda de un vestido; sobre el tapizado de una silla y la blanqueada pared. Un milagro que Vermeer repite constantemente, pero siempre con nuevas variantes y originales revelaciones. ¿Qué diantre tienen que ver la frialdad y el aislamiento con todo ello? La muchacha pone sus manos sobre la espineta como si quisiera tocarnos un pasaje,

para hacernos una broma, para recordarnos algo. Vuelve la cabeza hacia nosotros con una hermosa media sonrisa sobre su no demasiado bello rostro. En esa sonrisa hay una reflexión y una pizca de indulgencia maternal. Y así ha estado mirándonos durante trescientos años, críticos incluidos.

Jan Vermeer Van Delft. Compilado por Kuno Mittelstädt, traducción del alemán de Anna M. Linke, once láminas en color y otras cinco en blanco y negro. Varsovia: Arkada, 1970.

ESE ES EL ESPÍRITU

La astrología, la alquimia, la adivinación, la magia blanca y la negra, la numerología, la quiromancia, la necromancia, la frenología, la teosofía, el ocultismo, dos estos asuntos en el mismo saco y lo han agitado fuertemente. Sobre cada uno de ellos ha recaído, más o menos, la misma porción de menosprecio y compasión. Personalmente, preferiría una cierta jerarquía, ya que no todas las manías son iguales. La creencia en el diablo solía tener unas consecuencias sociales diferentes a las de la bonachona búsqueda de la piedra filosofal, y se hace difícil poner en duda la autenticidad del fenómeno de la telepatía con el mismo vigor con el que se critica la existencia de los duendes. La parte más consistente del libro es la descripción del trasfondo costumbrista e histórico de las creencias, así como el retrato biográfico de los magos más destacados, profetas y fundadores de sectas. Los autores han escogido casos particularmente extremos en los que el fanatismo se une a la charlatanería. Ante nuestros ojos desfila un cortejo de personajes inverosímilmente excéntricos, tanto es así que parece como si un talentoso surrealista los hubiese imaginado. Pero que nadie crea que el ejercicio de la hechicería ha sido alguna vez una vida fácil o un camino de rosas. Estas gentes solían llevar un modo de vida bastante peligroso y nómada. Sin un instante de descanso, en constante tensión, vigilancia, cautela y con la necesidad de causar una extraordinaria impresión. Escribían de un modo incesante cartas, manifiestos y confesiones reveladoras (estas últimas en nombre de espíritus que no tenían ganas de escribir). Los hechizos requerían el uso de aparatos secretos y una cuidamentos podían fallar, los ayudantes podían delatarles y los fieles irse en masa a la competencia. El alquimista S.

edziwój se casó con la viuda anciana de otro alquimista suponiendo (en vano, dicho sea de paso) que esta conocía los secretos del difunto. La teósofa Madame Blavatsky, una dama de unos ciento veinte quilos de peso, se vio obligada a esconderse debajo de la falda un organillo que emitía música celestial. Otra dama, Mary Baker Eddy (más seca que un palo), afirmaba que era capaz de caminar sobre las aguas. ¿Qué otras cosas habría hecho posibles para que la gente la creyese fielmente y no le exigiese pruebas que lo demostraran...? El cabalista Mathers se vio obligado a jugar repetidas veces al ajedrez con un espectro, lo que a la larga se hizo muy pesado y se convirtió en una demostración de paciencia. Los grandes médiums debían ejercitarse durante mucho tiempo a escondidas para obtener los resultados esperados en las sesiones. Levantar una mesa con la ayuda de un tenedorcillo escondido en la manga no sale a la primera. Solo se consigue con trabajo, trabajo y más trabajo.

Espíritus, estrellas y hechizos, L. Sprague de Camp y Catherine C. de Camp, traducción del inglés de Wacław Niepokólczycki, epílogo de Jerzy Prokopiuk. Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Naukowe, 1970.

A SANGRE FRÍA

¿Por qué estoy leyendo este libro? No tengo la menor intención de instalar un terrario en casa. Y aún menos un acuaterrario. No tengo pensado criar anfibios ni reptiles, por muy bonitos que sean. Ni tampoco una tortuga del Caspio o del Peloponeso, ni un sapo partero común o corredor, ni una rana africana con uñas, ni siquiera la rana ridibunda. Ni tampoco un camaleón que mueva sus dos ojos de un modo independiente, por ejemplo, uno hacia arriba y el otro hacia abajo, capacidad de la que a buen seguro se siente muy satisfecho. Lo mismo sucede con el *scheltopusik* (barriga amarilla), aunque merezca nuestra consideración por su gracioso nombre y su carácter amable. No me seduce la cría de la salamandra con pulmones, ni de la denominada *sin pulmones*, un ser que realmente carece de ellos, así como de branquias, y que, aun así, vive. Renuncio a la compañía de la lagartija australiana tiliqua, aunque valdría la pena averiguar dónde comienza y dónde termina, ya que la cola es exactamente igual que la cabeza. Renuncio a la serpiente de la familia de las *Dasypeltidae* aunque tenga en su garganta unos muy ingeniosos apéndices óseos para triturar la cáscara de un huevo después de haberlo tragado. No tengo ni el espacio, ni el tiempo ni, probablemente, tampoco las fuerzas necesarias para suministrar el alimento apropiado a esta hermandad. Debería proporcionarles cada día jaros pequeños (pero también algunos grandes), caracoles, larvas, mariposas, cucarachas y tubifex. En su mayoría, estos víveres me son conocidos y me resultan simpáticos. Únicamente sería capaz de ofrecer los tubifex sin remordimientos. Al menos, así me lo parece, ya que no sé aún demasiado bien qué son exactamente. En fin, que no soy la destinataria idónea de este libro. Solo lo estoy leyendo porque, desde pequeña, me produce placer acumular saberes innecesarios. Y porque, después de todo, ¿acaso puede alguien saber de antemano qué será necesario y qué no lo será? Valga como ejemplo el cómo enviar por correo una rana para que siempre llegue vigorosa y satisfecha a su lugar de destino: quién sabe cuándo puede esto resultar útil para los intereses privados o estatales. Adam Taborski nos entrega con verdadera pasión su extenso conocimiento sobre reptiles y anfibios. En un nivel igualmente elevado de emotividad se encuentran las fotografías de Lech Wilczek. Mucha peor suerte le corresponde al mapa del mundo contemporáneo, ya que en él no aparecen ni Inglaterra ni Irlanda. Sencillamente, el autor se ha olvidado de representarlas. Es posible que, sin darse cuenta, haya adoptado el punto de vista de los anfibios y reptiles, para los cuales dos islas tan pequeñas y perdidas en el mar resultan ciertamente una nimiedad en comparación con las catástrofes del Mesozoico.

Terrario, Adam Taborski. Fotografías de Lech Wilczek. Varsovia: Pa'nstwowe

Wydawnictwo Rolnicze i Leśne, 1970.

EL ESTADO DE LA MODA

Los alumnos de las escuelas técnicas de sastrería estudian (como es debido) la historia europea de la indumentaria. En un escaparate me llamó la atención un manual destinado a los alumnos de cuarto curso. Eché una ojeada al índice. Se dividía la historia de la moda en cinco solemnes capítulos: las sociedades primitivas, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. Decidí leer el libro, ya que hasta entonces albergaba algunas dudas sobre la relación existente entre la forma de la ropa y el tipo de gobierno. Ni siquiera los autores fueron capaces de demostrar esta relación de un modo satisfactorio por más que se esforzaron en conseguirlo. El problema es que con la llave de la puerta principal no se puede abrir el cajoncito de un escritorio. Sencillamente, no entra. Leo: «En las comunidades primitivas no había clases, por ello, en principio todos se vestían de la misma forma». Ese «por ello», aparentemente lógico en este punto, resulta del todo inservible para el capítulo siguiente. Porque cuando el discurso se centra en la esclavista y, por tanto, altamente jerarquizada Grecia antigua, el alumno se entera de que también entonces la ropa que se utilizaba era la misma para todos, con una pequeña salvedad: primero la utilizaba el amo y luego pasaba a las manos del esclavo, pero los peplos y las clámides eran los mismos. En Roma, naturalmente, el ciudadano de toga, pero su uso era muy poco frecuente durante los tiempos del Imperio. Por la calle, no era nada fácil apreciar la diferencia entre un individuo libre y otro que no lo era: solía ocurrir que los esclavos salían de casa cubiertos de oro para presumir, mientras que los ciudadanos libres se ponían el primer trapo que encontraban. Gibbon cuenta que un buen día se presentó en el Senado una moción que pretendía poner punto final a aquella escandalosa situación y votar a favor de un uniforme reglamentario para todos los esclavos. El Senado desestimó la propuesta no porque amase la democracia sino justamente por todo lo contrario: los esclavos, ataviados todos ellos con uniformes, se darían cuenta de inmediato de su abrumador número... ¡He aquí la complicación! Asimismo, resulta igualmente complicado determinar la influencia sobre las modas de otros factores como el clima, los acontecimientos históricos, los principios morales o las tecnologías. Nadie aún ha conseguido descubrir la regla que favorece que todos estos agentes se manifiesten: ¿por qué actúa primero uno, y luego otro, pero con diferente intensidad? Es necesario resaltar vivamente esta ignorancia. Que, por el momento, el principio más sólido y verdaderamente perceptible sobre la evolución de la moda es su dependencia de los estilos artísticos y las facultades de la industria textil. De hecho, el manual cumple perfectamente con su cometido a la hora de demostrar

esta dependencia. Sin embargo, mucho me temo que la resbaladiza idea principal del libro debe examen. Cuestiones tan sugerentes como «la moda durante la época del barroco» o «elementos de las modas antiguas que se conservan en los vestidos regionales» se verán, desgraciadamente, obligadas a ceder su lugar a otros asuntos tan grandilocuentes como «la evolución de la falda femenina y la democracia» o el «explica la diferencia entre la moda capitalista y la socialista»... El pensativo estudiante se verá metido en un buen lío.

El desarrollo histórico de la indumentaria, Ewa Szyller, Zygmunt Gruszczyński y Wanda Piechal, Varsovia: Państwowe Wydawnictwa Szkolnictwa Zawodowego, 4.ª edición, 1970.

FRUTO PROHIBIDO

Este libro ha sido escrito por un eminente experto en horticultura que ha comido el fruto de muchos árboles: conoce el sabor del mango de la India, el durián de Siam, el caqui de la China, el aguacate de América, el tomate en rama de Nueva Zelanda y el fruto del árbol del pan hawaiano. Supongo que, con solo proponérselo, podría determinar con la autoridad absoluta que conceden la teoría y la práctica qué fruto comieron nuestros desobedientes padres prehistóricos en el paraíso: ¿sería un plátano, un membrillo, un albaricoque, una granada...? Porque la manzana parece ser lo está destinado a los especialistas, sino a ese gran número de lectores a los que les gusta, de cuando en cuando, adentrarse como aficionados en ese poco conocido campo del saber. Es a ellos, justamente, a quienes Pienia, zek anhela injertar (¡esa es la palabra!) el amor a los árboles y a los arbustos frutales. Pero estos aficionados viven, sin embargo, en la constante indecisión. Todos los libros que han leído anteriormente sobre las ciencias naturales han servido para subyugarlos a una pasión voraz. Sin embargo, toda pasión exige para sí exclusividad y no se presta a conciliación posible con la anterior. Si ahora me enamoro locamente de los árboles y los arbustos frutales, estaré obligada a sentir una enemistad inmediata hacia las veinte mil criaturas vivas que pueden causarles cualquier mal. Adiós a mi antigua simpatía por los alces, ya que devoran las ramitas jóvenes de los huertos. Adiós a mi devoción por las liebres, ya que también son unas glotonas. Por los mismos motivos, debo mostrar a partir de ahora una vívida aversión al corzo y a la ardilla. ¡Que salgan de mi corazón los topos, los ratones y los murciélagos! ¡Fuera de aquí, estorninos, gorriones, cornejas y chovas! Sin el amor por los insectos caminaré un poco más ligera, ya que son tantos que nunca pude adaptarme bien a un grupo tan numeroso. Pero confieso haber sentido, incluso dentro de un grupo como el de los insectos, ciertas afinidades a las que necesariamente tendría que renunciar ahora. Como alimentar la inadmisibile, si bien puramente estética, inclinación Siempre la he considerado como una de las extravagancias más graciosas de una naturaleza que la ha colocado a la vanguardia de la gracia y la desenvoltura. Y ella, mientras tanto, se dedica a extraer los mejores jugos de los manzanos y los ciruelos. Pero, a lo mejor, no debería traicionar a la *dysdera crocata*. A lo mejor debería amarla como antes. ¿Amarla a pesar de todo? ¿Amarla mientras estoy mordiendo mi manzanita sana, que es sana justamente porque en buena hora acabé con toda la familia de la *dysdera crocata*? ¿Seguir amándola de una manera hipócrita y perversa? Si no es posible de otra manera... Será entonces que todo nuestro humano amor a la naturaleza está corrompido por la hipocresía y la perversión...

Cuando los manzanos echen flor, Szczepan Pieniążek, Varsovia: «Wiedza Powszechna», 1971.

PIES Y DESTINO

En el lejano Oriente se considera un buen augurio el hecho de ver en sueños a un dragón. Y, ciertamente, cuando cierta antigua cortesana soñó con un dragón verde que penetraba en un lago de un color amelocotonado, acto seguido, un joven y rico señorito se enamoró de su hija de dieciséis años. No podía su belleza natural que podía «derribar países». Además, destacaba por sus elegantes modales, entre los cuales se encontraba la habilidad de componer versos. Sin embargo, debido a sus humildes orígenes, esta hermosura únicamente podía llegar a ser la esposa oficiosa del señorito. Y llegó el día en el que la abandonó con el propósito de «subirse en la nube azul» en una capital lejana, o, dicho de otra manera: iniciar una carrera como funcionario del Estado. Las lágrimas y las súplicas de la pobre Chunyan quedaron en nada: «¿Acaso diez mil ramas de sauce pueden detener el curso del viento...?». La joven se quedó sola con la vaga esperanza del retorno del amado, pero con la firme decisión de continuar siéndole fiel. Y cuando el lascivo jefe del distrito sintió deseos de poseerla, prefirió ir a prisión, ser encadenada, y recibir los crueles azotes del bastón. Los duros garrotes de roble reforzados con hierro destrozaron sus delicados piececillos. Pero el dragón verde no había entrado reptando en el lago de color amelocotonado en balde. El joven señorito volvió, pues había conseguido ascender tanto con su nube azul que pudo ajustarle las cuentas al bárbaro jefe, liberar a su amada de prisión y proclamarla, por fin, su esposa oficial. La versión escrita de la leyenda sobre la más fiel de entre las fieles procede de finales del siglo XVIII y principios del XIX, y con toda justicia es considerada como una de las joyas de las obras clásicas coreanas. Algunos lectores aprecian la obra por su estilo elegante y pictórico. Otros, por la conmovedora historia de amor que les ha ofrecido. En cambio, otros se decantan por enfatizar los elementos de crítica social y la compasión por el sino de la mujer. Los hay también que, ante todo, veneran este cuento por lo bien que se las arregla sin tener que recurrir a elementos maravillosos. A este tipo de elogio acuden todos los convencidos de que el realismo es la forma de expresión literaria más elevada y que la fábula, siendo como es (una mezcla de realismo y fantasía), no es un género de valor pleno, sino una creación inmadura, un tipo de larva de la que apenas echará a volar una mariposa... Para este tipo de personas, la lectura de un cuento de hadas debe de ser probablemente una tortura. Cada milagro debe de parecerles una especie de pecado estético; cada desviación de la verosimilitud, una ingenuidad. Me producen un tremendo sentimiento de pena. Porque incluso la leyenda de Chunyan debe de provocarles algún tipo de tic facial de vez en cuando. Más aún cuando en el provocativo final feliz no se dice nada

sobre los destrozados piececillos de Chunyan. ¿Acaso le crecieron los huesos sin dejar señal alguna? No deberíamos de preocuparnos por ello: los huesos crecieron perfectamente. A buen seguro que Chunyan no cojeaba junto a su espléndido marido, ni tuvo que ocultar sus pies deformes en el lecho nupcial bajo una ropa de cama bordada con ánades mandarines. Porque los cuentos de hadas nunca se han rendido por completo a la realidad de la vida. Por el contrario, se a ella con una solución propia y mucho mejor que la realista.

La leyenda de Chunyan, la más fiel de las fieles, traducción del coreano, prólogo y anotaciones de Halina Ogarek-Czój. Wrocław: «Ossolineum», 1970.

EL HUMOR COMO HERMANO MENOR

El humor es el hermanito pequeño de la seriedad. Son algo así como Epi y Blas, pero en formato cósmico. Y entre los hermanos siempre hay una tensión constante. La seriedad mira al humor con la altivez que brinda la mayoría de edad y, por este motivo, el humor se siente acomplejado y desea en lo más profundo de su alma ser tan juicioso como lo es la seriedad, cosa que, por fortuna, no puede conseguir. En las biografías de los humoristas (en este caso me estoy refiriendo a las anotaciones biográficas de esta antología, aunque estas solo hacen que confirmar la regla) observo la constante y desesperada propensión por parte de los autores a buscar una creación que sea seria. Casi todos los humoristas cuentan en su haber con alguna triste novela o una pieza dramática que «ha caído en el olvido» y solo sus trabajos humorísticos, con frecuencia tratados de un modo marginal hasta su muerte, le brindaron «un lugar biografía que describiese justo lo contrario: «Escribía grandes tomos humorísticos y numerosas farsas que no le reportaban ningún éxito y solo su dramático relato sobre las vidas de los campesinos centroeuropeos le hizo merecedor de la inmortalidad...». Curioso, ¿verdad? Parece ser que ocurre lo mismo con los actores. Dicen que todos los cómicos sueñan en secreto con interpretar un papel trágico. Sin embargo, nunca he oído que un actor de tragedias grite en una taberna: «¡Ese cretino (en el idioma de los actores, la palabra *cretino* siempre se refiere al director teatral) me obliga a interpretar de nuevo a Hamlet! ¡Ni hablar! ¿Por qué no le entra en esa cabezota que yo he nacido para interpretar a Sir Andrew Aguecheek?». Es ciertamente curioso, ¿verdad? Opino que tanto la gravedad como el humor son igual de valiosos y, por ello, espero con ansia el momento en que la seriedad comience a envidiar al humor a modo de revancha. El humor, por ejemplo, posee diversos matices, mientras que la gravedad no está sujeta a ninguna clasificación por categorías, aunque claramente debería estarlo. Señores críticos, ustedes que se sirven del término «humor absurdo», ¡acuñen del mismo modo el de «seriedad absurda»! Distingan la seriedad refinada de la primitiva, la despreocupada de la macabra. No solo la crítica; también le concierne al periodismo el poder utilizar en toda su expresión este vivificador concepto. ¿Acaso no necesitamos en la vida y en la arte el hallazgo de una seriedad sin pretensiones? ¿De una seriedad indecente? ¿De una gravedad ingeniosa? ¿De una fuerte sentimiento de seriedad» en el pensador X, sobre «esa joya de la seriedad» del poeta Y, sobre la «impactante gravedad» del vanguardista Z. ¿Quién de entre los críticos se decidirá al fin a escribir que «a la floja pieza teatral del dramaturgo N.N. la salva la chispeante seriedad del epílogo» o que «en la

poesía del poeta W.S., un tono de seriedad no intencionada sobresale por encima del resto»? ¿Y por qué no ha habido nunca hasta la fecha una columna dedicada a la seriedad en las revistas de humor? Y, ¿por qué hay tantas revistas dedicadas al humor y tan pocas dedicadas a la seriedad? ¿Por qué?

Introducción al humor en francés. Selección y confección de la antología de Arnold Mostowicz, diseño gráfico de Jerzy Jaworowski. Varsovia: «Iskra», 1971.

UN GRAN AMOR

La primavera de 1867, casi inmediatamente después de contraer matrimonio, Dostoyevski, que entonces contaba cuarenta y seis años, partió desde Rusia en dirección a Alemania junto a su joven esposa de veinte años. Resulta difícil tildar a esta partida de viaje de novios o de luna de miel. En realidad, el escritor huía de sus acreedores, y la principal motivación de su marcha eran los casinos alemanes, en donde pensaba amasar diario. Desconozco quién fue el primero en bautizar esas anotaciones con el nombre de *Mi pobre Fedia*. De él podría inferirse que la joven esposa sentía por su enfermo, maníaco y genial marido, sobre todo, compasión. Por el contrario, Anna lo amaba de veras, con admiración, ciega y humildemente. «Mi admirable Fedia», «Mi magnífico Fedia», «Mi más sabio Fedia», he aquí ejemplos de títulos más apropiados. Desde un punto de vista objetivo, Anna vivió junto a su Fedia un infierno de miedo, incertidumbre y humillaciones. Desde el subjetivo, experimentó también junto a él la felicidad: solo le bastaba con una sonrisa o una buena palabra y las lágrimas se secaban, Anna se quitaba de buen ánimo la sortija de su dedo, los pendientes de sus orejas, y el último chal de sus hombros para que Fedia pudiese venderlo todo, jugárselo y perderlo de nuevo. Todo lo que pudiese, aunque fuese por un solo instante, producirle placer o servirle de consuelo en sus fracasos era también un consuelo y una satisfacción para ella. Veía el mundo a través de los ojos de él, asimilaba sus opiniones, compartía sus complejos e imitaba su desagradable desprecio por todo lo que no fuese ruso. Con el corazón en un puño, velaba por él cuando Fedia tenía —y por entonces tenía muy a menudo— ataques de epilepsia; soportó con perseverancia sus súbitos cambios de humor o sus escándalos en las tiendas, restaurantes o casinos. Anna estaba embarazada por aquel entonces y lo pasó especialmente mal, quizás, a consecuencia de las constantes tensiones nerviosas. Pero, como ya he dicho, era serlo y era incapaz de imaginar una felicidad mayor que la suya... Tenemos ante nuestros ojos uno de esos grandes amores. Ante tales circunstancias, los observadores ajenos se preguntaban: «¿Qué debe de ver ella (él) en él (ella)?». Mejor no hagamos ese tipo de preguntas: los grandes amores nunca tienen explicación. Al igual que un arbolillo en una ladera rocosa, uno nunca sabe cómo crecerá, qué es lo que lo sostiene, de dónde saca su sustento o qué milagro es el que hace que broten esas verdes hojas. Pero ahí está con su verdor; es evidente que ha hallado en ese lugar lo necesario para vivir. Ryszard Przybylski escribe en el prólogo, medio en broma (pero en serio), que el diario de Anna Dostoyevska podría servir como guía a las esposas: cómo tratar con un marido difícil, aunque lleno de buena voluntad. Desgraciadamente, la

experiencia de la autora no podrá servirle de mucho a nadie. Anna no se valió de ningún método. Simplemente, su paciente amor era inherente a ella.

Mi pobre Fedia, Anna Dostoyevska, traducción del ruso, prólogo y comentarios de Ryszard Przybylski. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1971.

UN ODIO RENTABLE

El último libro de Wendt es agradable, aunque a ve

ria de la paleontología. No puedo resistirme a la tentación de narrar uno de los episodios de esa historia. No será ni el más dramático ni el más importante, pero mi bolígrafo se estremece ante él. Pues bien, en la segunda mitad del siglo pasado se descubrió que el noreste de los Estados Unidos era una verdadera mina de mamíferos y reptiles ya extintos. El territorio dedicado a las excavaciones era gigantesco, y lo que se excavó excedió con creces todo lo imaginado. Una auténtica fiebre se apoderó de los paleontólogos y, en especial, de dos de ellos: Cope y Marsh. Ambos procedían de familias ricas y sus respectivas fortunas sirvieron para sufragar los costes de las expediciones. Cierta día se toparon en el estado de Kansas e, inmediatamente, sintieron una irreconciliable enemistad mutua. En el lugar en donde cavaba uno, de repente, comenzaba a cavar también el otro, y ambos reclamaban al mismo tiempo para sí el derecho de exclusividad y preferencia. Cualquier cosa que no hallaran cavando por su propios medios, la compraban a intermediarios, esos mismos que correteaban de uno a otro hinchando el valor de cada tibia. Al principio, la rivalidad paleontológica mantenida entre estos dos caballeros solo buscaba llegar a las revistas científicas; sin embargo, poco después se desbordó para convertirse en una gran ola que llegaría hasta los periódicos. Estos dos señores acabaron acusándose públicamente de cacería furtiva paleontológica y espionaje paleontológico, por no hablar de plagio paleontológico, acusaciones consecuencia de un temperamento leontológica y una abundante ración de locura paleontológica. «Esa mandíbula es mía», berreaba Marsh. «Esa cola es mía», contestaba Cope frunciendo el ceño. «Devuélveme mis huesos y no diré lo que eres», pataleaba Marsh. «¡Qué miedo!», replicaba Cope. Probablemente muchas veces sintieron ganas de coger, en un arrebató, cualquiera de las costillas petrificadas y neutralizar a su adversario; desgraciadamente, las costillas tenían el tamaño del intercolunio de un puente. En la disputa por la jurisdicción y el derecho sobre los pterosaurios hallados intervinieron organizaciones científicas, tribunales, instituciones sociales y políticas y, finalmente, el Senado. Los satíricos tenían trabajo para rato. Tras la muerte de Cope, Marsh apenas le sobrevivió un par de estériles años más, puesto que aquello no podía llamarse vida. Llegó entonces la hora de hacer balance del trabajo de los dos científicos. Resultó entonces que los logros alcanzados habían sido gigantescos, tanto por el tamaño como por su importancia para futuras investigaciones. La pregunta que queda en el aire es si

hubiesen obtenido mejores resultados trabajando juntos y sin disputas. Sería necesario devolverlos a la vida de un modo experimental en idénticas condiciones, sustituyendo solo la aversión mutua por amistad. Imagino un millar de casos históricos a los que aplicar esta resurrección dual. ¡Cuán importantes serían los beneficios pedagógicos obtenidos gracias a ellos! ¡Qué seguros nos sentiríamos ante el deseado Bien y el admisible Mal! Pero como esto aún no es posible, estoy obligada a aceptar con el corazón Edward Drinker Cope y Othniel Charles Marsh se odiaron, para provecho del resto.

Antes del diluvio, Herbert Wendt, traducción del alemán y epílogo de Anna Jerzmański. Varsovia: «Wiedza Powszechna», 1971.

EL PESO DE LA JUSTICIA

Dicen que la caza de brujas que hizo estragos en Europa durante los siglos XVI, XVII, y en algunas partes durante el XVIII, se llevó por delante a un millón de víctimas mortales. Incluso en el caso de que esta cifra fuese un tanto exagerada, esto no empujaría el espanto de semejante suceso: las consecuencias del terror no se limitan únicamente a las víctimas mortales, sino que incluyen a un número desproporcionadamente mayor de personas que sobrevivieron, gentes embrutecidas, físicamente destruidas y moralmente humilladas. Cuantas más brujas se quemaban, más general era la creencia de que existían. No obstante, siempre ha habido gente dispuesta a protestar y a luchar sin cuartel para que el temporal, al menos, amaine. Sabemos mucho sobre las atrocidades de esta época, pero muy poco sobre cómo se las combatía, porque sí, se luchaba contra ellas: la brujería no fue una de esas psicosis que recordar el vergonzoso *Martillo contra las brujas*, sino también todos esos libros que exhortan a la razón y a la compasión: *El tratado sobre las brujas* de Jan Vierus, *El libro de la conciencia* de Fryderyk Spee y *Un mundo embrujado* de Baltazar Bekker. También merece la pena mencionar las ciudades y provincias que tenían o que solían disfrutar de una soberanía racional: la República de Venecia o París. Augsburgo, Brema y Ulm se resistieron durante mucho tiempo a participar en esta locura. En Brujas se aprobó una orden que decía que cualquiera que acusase a otra persona de brujería sería apresada y retenida hasta que ella misma probase las acusaciones. Los delatores se tranquilizaron inmediatamente. En Inglaterra, la prohibición de hacer uso de la tortura durante la investigación redujo considerablemente el número de denuncias. Pero, para mí, en las páginas del libro de Kurt Baschwitz sobresale el pueblo holandés de Oudewater, que brilla en la lúgubre noche como una estrella. Había en dicha población una báscula con la que se pesaba el queso y la harina en los días de mercado y, si era menester, también se pesaba a la gente. Regía en aquellos tiempos la creencia de que las brujas pesaban menos de lo que indicaba su altura y su corpulencia, y por ello, esta práctica se llevaba a cabo en muchas localidades, siempre con consecuencias fatales para las sospechosas. La báscula de Oudewater se ganó una gran fama como un oráculo infalible y definitivo. Centenares de fugitivos venidos desde países limítrofes e indigentes asustados y acosa ceremonial reglamentario en presencia del jurado y el pueblo. A continuación, ya en el ayuntamiento, después de haber escuchado el informe del jurado, elaboraban un certificado, este se rubricaba con sus firmas y se entregaba sellado al individuo que había sido pesado. ¡Y jamás de los jamases el informe incluyó un veredicto de muerte! La presunta bruja podía

entonces volver a su vida y a su tierra natal sin miedo, con un veredicto que decía por escrito que su peso era el apropiado. La báscula de Oudewater aún se conserva como si fuera un monumento. Que el destino la conserve a través de los siglos junto con el recuerdo de aquellas gentes que, alrededor de ella, celebraban aquella saludable comedia, sin pestañear, sin dejar entrever que el resultado de la báscula ya había sido determinado de antemano. No solo eran buenas personas, sino también astutas. La bondad sin astucia no sirve de nada.

Brujas: historia de los juicios contra la brujería, Kurt Baschwitz, traducción del alemán de Tadeusz Zabłudowski y epílogo de Bohdan Baranowski. Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Naukowe, 1971.

LOS MANITAS

No me gusta la palabra «manitas», pero sí, y mucho,

dad para todo tipo de trabajos manuales me hace pensar en las comunidades primitivas, en las que todo el mundo hacía de todo. Según parece, estas reliquias vivas anteriores a la época de la división del trabajo se han adaptado perfectamente al tiempo de la crisis de los servicios a la población. Además del invencible instinto de batallar contra la materia, estas gentes han conservado aún otro rasgo característico del hombre primitivo que continúa, aún hoy, siendo terriblemente útil para nosotros: la predilección por recolectar. Pues bien merece la pena agacharse a recoger cualquier pedazo de aluminio o cualquier tornillo que se encuentre por la calle, porque aunque no sirva de nada hoy, probablemente lo hará dentro de diez años. Mientras que otros entran en las ferreterías acuciados por la más urgente necesidad, *ellos* penetran en esos lugares para tomar aliento. Lo revuelven todo con sus cinceles durante una hora y gruñen. El manitas debe nacer; no es posible convertirse en uno de ellos, así, de repente, cuando ya se tiene una edad. Como en el ballet, hace falta un cierto entrenamiento desde pequeño, porque, de otra manera, no se llega a ser un auténtico maestro. El manitas ha gozado de una adolescencia exuberante y sabe perfectamente qué significa balancearse al filo de la muerte entre fluidos corrosivos, cristales rotos, cortocircuitos y detonaciones experimentales. Sus padres suelen visitar la escuela más de lo debido, donde se enteran de que su hijo ha instalado un eficiente aparatejo que emite unos golpeestriba principalmente en que el contenido de sus bolsillos se traslade a sus cajones. Cuando el manitas se muda a una casa nueva con el suelo abombado y toda una retahíla de deficiencias semejantes, ya cuenta con una experiencia de muchos años. Podría decirse incluso que es la persona adecuada para ese lugar en concreto. El peán que aquí recito en su honor guarda solamente una ligera relación con el libro *Reparando y transformando mi casa*. El manitas, por la gracia de Dios, nunca compra libros como este, ya que no los necesita para nada. Este genio siempre ha visto antes en alguna parte cómo se deben colocar las cerraduras de seguridad, ya que ver, aunque solo sea durante una fracción de segundo, es más importante para él que estudiar durante noches enteras tomos y tomos de teoría sobre cómo colocarlas. El libro está destinado más bien a ingenuos desmañados. Infunde en sus corazones la engañosa esperanza de que el primer gancho que se clave en la pared siguiendo sus instrucciones será un gancho bien clavado. La gracia de reparar acaba con la llamada a un especialista, quien, melancólicamente, tardará un par de semanas en dignarse a visitarnos. Y he aquí la

única utilidad del libro leído: el poder charlar durante un rato con ese especialista con nuestro saber delicadamente fingido, tal y como lo haría antaño el mismo Tuwim con su cerrajero. ¿Acaso merecería la pena vivir si no pudiésemos conversar?

Reparando y transformando mi casa, Hanna y Wojciech Mieszkowski, Varsovia, Editorial «Watra», 1971.

NO HAY DÓNDE ESCONDERSE

Estar en casa es tremendamente peligroso. A cada paso que damos hay peligro de muerte o mutilación. Incluso me atrevería a decir que cuantas más comodidades civilizadoras guardamos en casa, mayores son las posibilidades de que nos suceda una catástrofe. Vivir en una caverna era más seguro que todo eso, claro, siempre y cuando no irrumpiera en ella un tigre dientes de sable en ausencia de la gente que se encargaba de cazar. El folleto de A. Dziak y B Kami´

nski (pues la editorial no nos ha brindado sus nombres completos por economía de imprenta) nos prepara para cualquier eventualidad y nos muestra cómo se deben prestar primeros auxilios. Los autores, en un afán por instruir, han terminado por sobrepasar los límites del tema al que hace referencia el título. Además de los accidentes en el ámbito doméstico, nos hablan de aquellos que nos pueden acaecer en el patio, en el bosque, o en el río. Y, finalmente, concluyen su traba *caso de heridas masivas (un cataclismo o un ataque atómico)*. La estupefacción de lector es total, porque en absoluto se espera un final como ese en un librito que tiene en la portada una casita de colores que se asienta sobre un pie vendado. En cierta ocasión, me preguntaron en uno de esos encuentros con el autor por qué no escribía sobre las bellas letras en lugar de ocuparme de analizar libros de divulgación científica o guías de todo tipo. Entonces respondí que las publicaciones de este género nunca terminan ni mal ni bien, y que eso era justamente lo que más me gustaba de ellas. Ahora me doy cuenta de que debo desechar ese juicio y meditarlo otra vez. Ya no puedo estar segura de que el próximo libro que salga de la imprenta no sea un manual sobre el cuidado de los lactantes que culmine con el Apocalipsis.

Accidentes domésticos, A. Dziak y B Kami´nski, Varsovia: Pa´nstwowy Zakład Wydawnictw Lekarskich, 1970.

QUIÉN ES QUIÉN

Alicja Halicka era una ciudadana de Cracovia que, siendo muy jovencita, salió volando del nido familiar para llegar a un estudio de pintura de Múnich, desde donde partió en 1912 hacia París. Allí se casó con el del ambiente artístico vanguardista. Pese a ser una pintora, no aportó nada significativo sobre su obra o la de su marido e, incluso, no dijo nada particularmente nuevo sobre los trabajos de otros artistas. La primera y segunda década del siglo XX parisino (años de grandes y dramáticos cambios en todas las disciplinas del arte contemporáneo) aparecen en las memorias de Halicka como una serie de anécdotas sobre las personalidades célebres del momento. Las escenas de la vida bohemia, los detallados estereotipos que, cual ave, sobrevuelan las orillas del Sena y el pintoresco séquito de celebridades de mayor y menor importancia... Al final, todo acaba cansando un poco. Una termina por desear leer algo sobre alguien que no tuviese un apellido ilustre; alguien cuya figura únicamente se conmemorara en este libro, porque, al fin y al cabo, memorias sobre picassos y apollinaires ya ha habido y siempre habrá hasta hartarse... Halicka, como se dice, conocía a «todo el mundo», pero conocer a «todo el mundo» es demasiado y uno acaba por no conocer bien a nadie. Sencillamente, no se dispone de tanta energía ni del tiempo suficiente para ello. Como bien dicen, cuantos más conocidos se tienen, menos amigos se conservan. Caza a todos sus personajes con el cliché de la anécdota y, rápidamente, se dirige a otra inauguración de una exposición, a otro salón o a un estreno... Y cuando, cierto día, la enfermedad deja paralizada a la autora en casa, ese exuberante, bullicioso y animado «todo el mundo» se evapora y solo su vieja asistente, la Sra. Dubois, cuida de la enferma.

anécdota de todas, pese a no ser una artista, ni una dama de la aristocracia, sino solo una humilde asistente que solía limpiar los retretes. En otro tiempo, cuando era la amante de un crupié, recorrió el mundo junto a él desempeñando su duro oficio en multitud de tahurerías, ya fuese en El Cairo o en Buenos Aires. Cuando Halicka le preguntó sobre la impresión que le reportaron todos esos lejanos viajes, respondió con moderación: «La verdad, señora, es que siempre trabajaba en lugares poco legales, así que mucho tampoco veía...». ¡Dios Santo!

Ayer, Alicja Halicka, traducción del francés de Wanda Błońska. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 1971.

IMÁGENES QUE HABLAN

No es este un libro que pertenezca a la más rabiosa actualidad, ya que fue publicado hace dos años. Sin embargo, en su momento no pude hacerme con un ejemplar y no ha sido hasta estos días cuando, casi por sorpresa, lo he visto en el escaparate de una librería. Vivir en este mundo y no saber nada acerca de la escritura china es un sinsentido. Aunque continúe sin saber nada realmente fundamental tras su lectura, ese *nada* ha perdido todo su sentido primitivo y ha adquirido una profundidad socrática. He encontrado en el libro mucha la historia de una escritura cuyos símbolos no designan sonido alguno, sino el significado de las palabras; sobre los patrones de composición de estas, así como sobre su caligrafía. Su composición es lo que más me interesó. Así, por ejemplo, el símbolo que designa «tranquilidad» se compone de tres elementos pictográficos: tejado, corazón y vasija. Es un poema microscópico en sí mismo. En general, los símbolos chinos han obligado a los poetas a ser enormemente concretos. Si pretendían escribir un poema sobre un pájaro, debían decidir al instante sobre qué tipo de ave sería: si sobre un pájaro de cola larga u otro de cola corta. Pero, ¿era posible utilizar un tercer símbolo que resultase una fusión de los dos anteriores y que designase a un pájaro grande y gordo? Naturalmente, existe también un símbolo que designa a un ave sin ninguna cualidad especial, pero en el carácter ideográfico de este alfabeto ha sobrevivido hasta el día de hoy una pronunciada resistencia a los conceptos abstractos. También se ha conservado la antipatía por las mujeres. «Disputa» representa de una manera gráfica y simplificada a dos mujeres; «infidelidad», a tres mujeres juntas... Es evidente que hay un signo que representa a la esposa, y otro, a la amante. «Esposa» es una mujer y una escoba; «amante», una mujer y una flauta. Desconozco la existencia de un signo que represente el ideal al que nos conducen todas las revistas europeas para mujeres: la fusión de la escoba y la flauta. Hay que agradecer al autor la riqueza de la información aportada y la claridad expositiva, pero debo lamentar el que haya de diario. Por ejemplo, me sería de gran interés saber cuánto tiempo lleva aprender a leer y a escribir en las escuelas chinas. ¿Cuánto tiempo puede transcurrir hasta que alcanzan a memorizar todos los símbolos que están en uso? ¿Cómo de eficiente es el idioma chino a la hora de tomar apuntes? Y, por último, ¿qué aspecto tiene una máquina de escribir china? Ahora mismo, me la imagino como un objeto del tamaño de una locomotora que es transportado de un sitio a otro por ochenta enérgicas oficinistas. En tal caso, el símbolo de la oficinista sería la combinación de una mujer y un dragón.

El alfabeto chino, M. J. Künstler, Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Naukowe, 1969.

JAULA DE CRISTAL

«El emperador lleva una vida excelente...». Que Dios nos guarde de tanta excelencia. «Justo al amanecer le sirven el café en la cama...». Es decir, que el sirviente del turno de mañana entra en el dormitorio para relevar a su compañero del turno de noche. Al emperador no se le puede quitar el ojo de encima ni por un segundo, y no puede estar desatendido o desguarnecido. El ritual que se seguía en la corte napoleónica no era ni la mitad de riguroso que, por ejemplo, el de los emperadores se lavase, se peinase o se abrochase los pantalones él mismo. El emperador ni siquiera se levantaba de la cama por su propio pie; lo levantaban. Más tarde, sin apenas dilación, caía de las manos de los ayudantes de cámara para acabar en los brazos de los secretarios y ayudantes de campo. Tras lograr llegar a ese lugar al que incluso los monarcas deben ir a pie, desfilaba ante los testigos de dicho acontecimiento, que se erguían firmes y prevenidos o se postraban en señal de reverencia. Cuando regresaba a su gabinete con el propósito de poder trabajar un poco con cierta tranquilidad, oía el jadeo del fiel Constant al otro lado de la puerta. Debí de gozar de una extraordinaria concentración, pues nada de ello le importunaba. Sus numerosos y un tanto sórdidos amoríos eran discretamente organizados por un tercero. Nunca podía quedarse completamente solo, desaparecer de la vista

o dejar de ser el centro de atención universal, aunque solo fuera durante unos días; siempre había alguien con el oído puesto tras la puerta, alguien a quien ni siquiera merecía la pena gritarle «vete al infierno», ya que, con ello, únicamente retrocedería un par de pasos. Una vida así se me antoja horrible. Quien opine que, pese a todo, ser Napoleón resultaba muy agradable, posee unas evidentes inclinaciones exhibicionistas. El divorcio entre Napoleón y Josefina, junto con todas las circunstancias que lo precedieron, tuvo lugar (no es necesario ni siquiera decirlo) ante los ojos de toda la corte. Josefina se desmayó en público, mientras yo, inquieto e irritado. Evidentemente, no podía haber ningún fotógrafo presente, pero bastó con Constant, quien más tarde se convertiría en el autor de estas memorias. Napoleón no es una de mis figuras históricas favoritas; no obstante, tras leer este libro, he sentido por él algo parecido a la compasión: ese tipo de piedad que se experimenta hacia el tigre que se encuentra encerrado en una jaula. Pero dudo mucho que sea esta una buena comparación. El tigre es arrojado a la jaula por la fuerza; en cambio, Napoleón entró muy gustosamente en ella. Supongo que sufrió mucho en su herido orgullo el que lo encerraran en la isla de Santa Helena, pero

dudo que llevase mal el modo de vida que le impusieron. Continuaba siendo el protagonista principal en su nuevo ambiente, continuaba bajo la atenta mirada... ¿del lacayo? ¿del guarda? ¿Qué diferencia hay después de todo?

Memorias del ayudante de cámara del emperador Napoleón, Louis Wairy Constant, traducción del francés de Tadeusz Ewert, introducción y notas de Jerzy Skowronek. Varsovia: «Czytelnik», 1972.

PASAR PÁGINA

¿Y por qué no dedicarle algunas palabras a ese

hojas? No deja de ser un libro, después de todo, y bastante gordo, ya que no puede tener menos de trescientas sesenta y cinco páginas. Llega a los quioscos en una edición que alcanza los tres millones trescientos mil ejemplares, por lo que se convierte en el mayor best-seller. Exige a sus editores una puntualidad absoluta, dado que su aparición en el mundo editorial no puede retrasarse un año o un año y medio. Requiere una perfección profesional de sus correctores, puesto que el más mínimo error podría remover la conciencia de los lectores. Da miedo solo de imaginar una semana con dos miércoles, o que el día de Sant Jordi usurpe la festividad de San José. El calendario no es como una obra científica a la que se le pueda añadir una fe de erratas. Tampoco es un volumen de poesía en el que los errores del corrector pasan como un capricho de la inspiración. Toda esta argumentación nos lleva a la conclusión de que tenemos entre manos una rareza editorial. Pero eso no es todo. El destino del calendario no es otro que su progresiva liquidación al ir arrancándole las hojas. Millones de libros nos sobrevivirán y, entre ellos, habrá muchos que serán ridículos, inactuales o estarán mal escritos. El calendario es el único libro que no se propone sobrevivir a nuestra muerte, no reclama sinecura sobre el estante de una biblioteca y su vida es, por norma, breve. En su modestia, ni siquiera sueña con ser concienzudamente leído hoja a hoja, y sus páginas solo incluyen el preciado texto por si acaso. Hay en él un determinado día, rimas, grandes frases, chistes (los típicos de los calendarios, por supuesto), informaciones estadísticas, adivinanzas, advertencias contra el tabaco y consejos varios para combatir a los insectos domésticos. Una extraordinaria maraña de materias y enormes disonancias: la más excelsa historia junto a la trivialidad del día a día; sentencias de filósofos rivalizando con pronósticos del tiempo rimados; biografías de héroes acariciando benévola y prácticamente los consejos de la tía Clementina... Los habrá que se escandalicen por ello; pero a nosotros, que vivimos en Cracovia (y, por tanto, en las proximidades de las tumbas reales), nos conmueve la ambigüedad del calendario. He llegado, incluso, a percibir en él algún tipo de semejanza secreta con las grandes novelas universales, como si el calendario fuese un pariente de la epopeya, un hijo ilegítimo suyo... Y cuando he tropezado con algún fragmento de un poema mío debajo de una fecha determinada (¡una próspera, espero!) he aceptado el hecho con melancólica humildad. En el reverso estaba la receta del pastel de queso vienés: medio quilo de queso, una cucharada de fécula de

patata, una taza de azúcar, seis cucharadas de mantequilla, cuatro huevos, condimentos aromáticos y pasas. Y, para finalizar, aprovecho esas pasas para desear un Feliz Año Nuevo a mis magnánimos lectores.

Calendario de pared para el año 1973, Varsovia: «Książka i

EXTRAVANCIA DEL CAMINANTE SOLITARIO

El turista de a pie es un individuo que parte de un punto A y llega a un punto B valiéndose únicamente de sus piernas, incluso aunque existan otros medios de comunicación entre esos puntos A y B. El turista de a pie llega a ese punto B mucho más tarde que cualquier otro que vaya en tren o en autobús; y al final del trayecto se encuentra también mucho más cansado, mugriento, famélico y orgulloso de sí mismo. Este tipo de turista es visto por la sociedad como una figura cómica o seria, extravagante o común, según si viaja solo

o en grupo. Mientras viaje en grupo, no hay ningún problema. La pertenencia a un colectivo consagra cada uno de sus pasos, y coloca sobre su cabeza la aureola de una necesidad superior. Caminan porque deben, pensamos nosotros cuando vemos un intrépido grupo de jóvenes exploradores o de estudiantes ataviados con mochilas. Caminan porque es sano, porque son jóvenes, porque gozan de vacaciones. Por el contrario, el turista solitario despierta extrañeza y desconfianza. El echar a andar hacia un lugar al que se puede llegar de otras maneras, o martirizarse a uno mismo haciendo el camino más largo con tal de evitar la tentación de hacer autostop en las vías convencionales, solo puede deberse a la más completa extravagancia. Por ello, el individuo entrado ya en años que proyecta pasar sus vacaciones andando por ahí solo, en pareja o, justificarse continuamente delante de la familia y los compañeros de trabajo. El argumento de que, simplemente, le gusta andar topa con el descrédito absoluto. Alguien me dijo no hace mucho que a cierto testarudo caminante solitario le tocó un coche. Pero ni por esas cambió. En su primer día de vacaciones, cerró el coche en el garaje y echó a andar desde Wrocław en dirección a Kołobrzeg. Hasta sus amigos más cercanos entendieron aquel día que algo en su cabeza no funcionaba demasiado bien. Al parecer, resulta muy sencillo escandalizar a la gente de hoy en día. A Salvador Dalí le cuesta el sudor de su frente conseguir el calificativo de excéntrico; sus extravagancias requieren una costosa escenificación y publicidad y, al final, acaban por no extrañar ya a nadie. A este señor de Wrocław, en cambio, le salió el numerito más barato y resultón. Por esta vía le mando mis más sinceros saludos. Pero dedicaré ahora algunas palabras al libro que tengo frente a mí. El título y la imagen de la portada aluden a un único individuo. Sin embargo, el texto demuestra que el autor se dirige a los turistas como a un colectivo, sea cual sea su medio de transporte: vengan en coche, caminando o en avión (para los que vienen en avión sigue siendo un raid...). La edición también se decanta por las masas, dado que la

tirada asciende a veinte mil ejemplares. El número de auténticos turistas solitarios

es probablemente mucho menor, una cantidad que va disminuyendo progresivamente. Me parece que solo será a partir de la próxima generación cuando caminar se convierta en algo vanguardista.

Vademecum del turista a pie, Stefan Sosnowski, Varsovia: «Sport i Turystyka», 1972.

EL REGRESO A LA NATURALEZA

Todavía quedan sobre la faz de la Tierra bosques vírgenes que el hombre civilizado únicamente conoce desde la altura de una ventana de avión, grandes masas de agua no contaminadas aún por los desechos de las fábricas y aire no emponzoñado por gases nocivos. En resumen, uno todavía puede encontrar esos paraísos primitivos por los que cualquier canción pop desfallece al son de las guitarras eléctricas. En esos paraísos, la gente vive conforme a los dictados de la Madre Naturaleza, es decir, en situación de igualdad con cocodrilos, serpientes, escorpiones y saltamontes, por no mencionar a todos los tipos posibles de protozoos, bacterias y virus. Muchas personas se preocupan de proteger el medio ambiente en las sociedades desarrolladas. Y hacen bien. Pero el término en sí mismo es poco honesto. Lo que realmente queremos pregado de elementos indeseables: una naturaleza meticulosamente desnaturalizada. En un medio ambiente totalmente real, la vida humana es breve y miserable. Superpoblación, hambre, enfermedad e ignorancia: solo son nombres diferentes para una misma miseria elemental. El periodismo de Lucjan Wolanowski se aproxima a este problema desde la perspectiva de la enfermedad. El libro fue comisionado por la Organización Mundial de la Salud, que pretendía que este periodista fuese el encargado de informar acerca de los problemas sanitarios y las prácticas médicas en el sudeste asiático. Wolanowski debe de ser el periodista polaco más vacunado de la historia, dado que siempre viaja a lugares muy distantes. Pero las vacunas no previenen todas las enfermedades. Y no hay ninguna vacuna que garantice la resistencia mental. Wolanowski, quien ha visitado hospitales, lugares en cuarentena a consecuencia de enfermedades infecciosas y áreas densamente pobladas en donde las epidemias siempre golpean airadamente, habrá sido testigo de escenas escalofriantes. Estoy segura de que para soportar todo eso y, al mismo tiempo, ser capaz de ocultar un estremecimiento de disgusto u horror, uno debe poseer un coraje moral excepcional. Recomiendo este libro a cualquiera que haya echado un vistazo a la portada y haya pensado: «Seguro que se recupera...». Y, con independencia de esto, recomiendo a cualquiera esta honesta narración sobre las cien maneras diferentes de sufrimiento humano que noso tamente... Porque la naturaleza, si se le deja, es diabólicamente inventiva.

Olas de calor y fiebres, Lucjan Wolanowski, Varsovia: Iskry, 1973.

LA CAZA

Ya no queda en Europa ningún gran animal salvaje que viva fuera del alcance de nuestra gracia y desgracia. Solo los más pequeños pueden escapar a nuestro control y vivir en ciertos lugares con total libertad. A las grandes especies puede parecerles que viven tal como desean; sin embargo, han sido sometidas en realidad a una cría dirigida a distancia. Si nos pusiéramos a ello con determinación, podríamos aniquilar hasta la última de las grandes especies en dos o tres años y, con la activa colaboración de nuestros burócratas, quizás lo conseguiríamos en unos cinco años. Naturalmente, nadie desea eso. Mientras leía el libro de Dzięgielewski, el cual se muestra completamente exhaustivo en todo lo que concierne al pasado, el presente y el futuro del ciervo, llegué a la conclusión de que este precioso animal continuará existiendo en Europa en tanto que haya cazadores. Estos no permitirán que desaparezca, puesto que todo aquel que ama la caza necesita algo que este libro desempeñando un papel doble: el de destructor y protector; ángel de la guarda y ángel exterminador a un mismo tiempo. En la mano derecha sostiene la escopeta y, con la otra, le lanza un beso al ciervo. Muy posiblemente, la palabra que con más frecuencia se utiliza en el libro, además de «ciervo» y «mogotes», es la de «caza». La caza mejora las razas, dado que elimina a los especímenes menos aptos. La caza vela por la justa proporción entre machos y hembras. La caza decide la colocación del animal para que pueda prosperar adecuadamente sin destruir excesivamente el entorno forestal o campestre que lo rodea. La caza mejora, incluso, la belleza del ciervo, imposibilitando la reproducción de aquellos ejemplares cuyos cuernos no crecen de la manera deseada. En una palabra, la caza obra de manera muy diversa a favor del ciervo; la única lástima es que ni siquiera lo saben.

El ciervo, Stanisław Dzięgielewski, Państwowe Wydawnictwo Rolnicze i Leśne, 2.^a edición, Varsovia, 1973.

A LA DERIVA

No es suficiente con que giremos junto a la Tierra alrededor de su eje; no basta con dar vueltas laboriosamente, año tras año, alrededor del Sol; ni siquiera es tocado, volemós a toda velocidad hacia quién sabe dónde. Además de esa extraña deriva, el suelo que pisamos se encuentra en constante movimiento. Solo hay que tener en cuenta que, dentro de trescientos millones de años (de aquí nada, en términos temporales), nuestra querida Europa se encontrará en el lugar que ahora ocupa Nueva Zelanda. Supongo que, por entonces, Nueva Zelanda ya habrá amistosamente abandonado su lugar. La visión de este viaje propicia que las dificultades del día a día me resulten más soportables. Hasta el momento, la teoría de la deriva continental solo ha sido parcialmente probada a ojos de los científicos. Pero también es cierto que las investigaciones y las observaciones realizadas son muy recientes. Todo empezó en el año 1912, cuando un meteorólogo alemán, Alfred Wegener, dejó atónito al mundo al afirmar que los continentes van a la deriva sobre la superficie del globo. Al principio solo había un único y enorme continente que se quebró hace doscientos millones de años, desperdigándose sus pedazos y dando origen al Atlántico. En favor de la teoría habla el que las desgarradas líneas costeras (tanto las de Europa occidental y África, como las de todo el litoral oriental americano) encajan claramente, del mismo modo que puede encontrarse una cierta continuidad geológica y una gran similitud en lo que respecta a la fauna del jurásico y su flora. Sin embargo, la afirmación «Teo tiene un perro» no tiene el menor significado para la ciencia. Hace falta demostrar lo siguiente: 1) que Teo es Teo, 2) que un perro es un cualquier niño llamado Teo, y 4) ¿cómo es posible que, precisamente, ese Teo haya llegado a ser el propietario de ese perro en concreto? ¿Deriva continental? Es posible, pero ¿cómo explicarla? Se han arrojado sobre ella muchas dudas, y algunos escépticos han llegado a un refinamiento tal, que incluso el perfecto encaje de las costas supone un argumento en contra de la teoría de Wegener. Porque, ¿cómo es posible que las desgarradas tierras del litoral hayan conservado durante tanto tiempo el contorno inicial?, se preguntan. En el entretanto, Wegener murió en los hielos de Groenlandia, la discusión amainó y el asunto se olvidó. Sin embargo, volvió a ponerse de actualidad con motivo de los descubrimientos que se realizaron en el campo de la radioactividad y el magnetismo terrestre. Con modernos métodos se calculó que Inglaterra e Irlanda se habían desplazado treinta grados al noreste desde el período triásico hasta la actualidad. Que la península escandinava se levantaba tercamente a razón de un metro cada cien años. Que la dirección del polo magnético terrestre cambia

siguiendo un ritmo fijo, y que en las profundidades de los océanos se conserva el registro geológico de todos estos cambios... Podemos esperar —dicen los autores del libro— aún otras revelaciones durante el transcurso de este siglo. La geología —sostienen— se encuentra en el umbral de un gran cambio, tal como le sucedió a la astronomía antes de la aparición de Copérnico y Galileo, a la biología anterior a Darwin o a la física anterior a la mecánica cuántica. La perspectiva que se abre ante no conocedora del principio que rige el movimiento de la corteza terrestre, no se le ocurra la manera de invadir un continente con otro.

La deriva continental, H. Takeuchi, S. Uyeda, H. Kanamori, traducción del inglés (ya que nadie se atrevía con el japonés) de Jędrzej Müller. Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Naukowe, 1973.

VERSIONES DE SATCHMO

El reconocimiento, la admiración y una fama en constante efervescencia acompañaron a Louis Armstrong a partir de los veinte años de edad. Su condición de súper estrella era totalmente merecida, aunque difícilmente soportable en el día a día. El moderno Orfeo no sería destrozado por las arpías. Su lugar sería tomado por los fans apelotonados a la entrada y salida de cada club, los periodistas y los fotógrafos, los buscadores de autógrafos, los mirones profesionales o amateurs, las huestes de «amigos y familiares» que le exigían ayuda financiera y favores, los chantajistas, los psicópatas y los conspiradores. Así que el encantador y afable Satchmo no tuvo más remedio que erigir un muro de secretarías y recurrir a los poderosos bíceps de un guardaespaldas para defenderse de su propia popularidad y poder trabajar en paz... Naturalmente, no es una situación agradable y provoca que el carácter del individuo se haga más agrio. Pero, claro, más tarde el mundo descubre en qué se ha convertido su ídolo y lo utiliza contra él. Sus antiguos amigos, esos que todavía recuerdan al ídolo de antaño, consideran esto del todo imperdonable. Y abiertamente reniegan de tristeza en público: se le han subido los humos a la cabeza, ha perdido el control, en fin, la historia de siempre. No puedo dejar de pensar que Armstrong escribió (o, mejor dicho, dictó) sus memorias con la mirada puesta en todas esas personas y el firme propósito de reblandecerlas y camelarlas. «¡Eh, vosotros!, escuchad — parece decir en la primera página— todos esos que vivís en Nueva Orleans, negros o blancos incluso, vivos o ya muertos, nunca perdí la cabeza, nunca me olvidé de vosotros: leed y disfrutad de estas buenas palabras que tengo guardadas para vosotros, aunque en el fondo sepáis que no son ciertas. Y para la mayoría de vosotros, músicos amigos míos a los que no siempre os fueron bien las cosas, no solamente recordaré vuestros nombres y apodos, sino que también pagaré un solemne tributo a vuestras dotes musicales, en ocasiones, superiores a las mías incluso, y diré que si algo sé, a buen seguro que lo aprendí de vosotros. Simplemente tuve suerte, aunque a veces esto también suponga un incordio para mí; así que humildemente de las memorias. Noble y conmovedor. Pero, ¿sincero? No seamos mezquinos. Buscar sinceridad en unas memorias carece de sentido. Mejor sería preguntarse qué versión de uno mismo y del mundo ha escogido el autor, dado que siempre hay posibilidad de elegir. Por lo que siempre se está a tiempo de tirar de pluma con tal de no tener una buena palabra con nadie.

Mi vida en Nueva Orleans, Louis Armstrong, traducción del inglés (muy buena) de

Stefan Zondek. Cracovia: Polskie Wydawnictwo Muzyczne, 1974.

EL CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN

El Hatha Yoga es un método de ejercicios motrices y respiratorios que nació en la India. Si se practica con regularidad (una hora diaria o un cuarto de hora como mínimo) produce, según dicen, resultados milagrosos, siempre y cuando seamos capaces de concentrarnos adecuadamente, es decir, de abstraernos del mundo exterior. El Hatha Yoga nos libera de estados de fatiga y tensiones nerviosas y, a largo plazo, colabora en el desarrollo pleno de la personalidad. Sin embargo, no sirve para todo el mundo, pese a lo que precipitadamente promete el título. Aquellas personas que se sienten agotadas, o son muy nerviosas, no tienen tiempo para hano les afecta el cansancio ni son nerviosas. Además, el Hatha Yoga no funciona con los escépticos, ya que es a ellos, precisamente, a quienes más les cuesta abstraerse del mundo. Para conseguirlo, es necesaria una cierta predisposición a creer y una pizca de entusiasmo a crédito. El escéptico que ha completado el ejercicio número veinticinco (el llamado Kukkutasana), que consiste en sentarse en el suelo con las piernas ligeramente abiertas, doblar la derecha, sujetarse el pie con las manos y colocarlo debajo de la ingle izquierda, mientras se inserta la mano derecha entre la pantorrilla y el muslo de la pierna doblada, no ha dejado en ningún momento de preguntarse de un modo intolerablemente laico y mundanal: «¿qué diantre estoy haciendo?». A continuación, debe agarrarse la pierna izquierda y acercársela con la ayuda de la mano que queda libre, y colocarse el pie debajo de la pierna derecha. Igual que ha hecho anteriormente, debe colocar la mano izquierda entre el muslo y la pantorrilla izquierdas, acercando el pie tanto como sea posible a la cadera. Junta las manos, que reposaban sobre el suelo, entre las piernas dobladas, une los pulgares e inclina la caja torácica hacia delante, inhalando; y levantándose, debe despegar el cuerpo del suelo de tal forma que únicamente las palmas de las manos descansen sobre él. Y, en esa posición, respirando con normalidad y todavía asido por las garras de la duda, se pregunta si realmente la personalidad saca algo bueno de ese nudo corporal. A continuación, se entera de que el Hatha Yoga es solo un esa perfección —según los sabios hindúes— solamente la conseguirá aquel que pierda su Yo individual en el Cosmos. Entonces, el escéptico se enfrenta a una pregunta: «¿tengo realmente algún interés en conseguir eso?». Quizás desee todo lo contrario: no perderse a sí mismo y vivir la vida con su humana individualidad y sus problemáticas consecuencias. Además, en lo tocante a perderse, siempre hay tiempo para eso tras la muerte. Justo en ese mismo instante, el escéptico decide deshacer el nudo del Kukkutasana. Confiemos en que sea capaz de hacerlo sin tener que llamar a Urgencias.

Hatha Yoga para todos los públicos, Halina Michalska, Varsovia: Państwowy Zakład Wydawnictw Lekarskich, 2.ª edición, 1974.

PROBLEMAS EN EL PARAÍSO

En el año 1937, Helena Valero, quien por entonces era una niña de doce años de edad, fue raptada en dramáticas circunstancias por los indios Yanoáma, que habitaban los bosques entre el Río Negro y el curso alto del Orinoco. Tras veinte años de cautiverio, consiguió volver a su civilización natal, y su historia (registrada por un etnógrafo italiano) se convirtió en un documento etnográfico y psicológico único. Hasta ese momento, vida de la tribu de los Yanoáma. Asimismo, los Yanoáma no deseaban tener contacto alguno con el hombre blanco. Aislados por la selva virgen, vivían en una realidad propia, «impermeable», perdidos en un tiempo al que las gentes civilizadas llamaban prehistórico. El único objeto que conocían de esa cultura extraña era el machete, un cuchillo que les servía para cortar la maleza. Aunque habían conseguido hacerse con él mediante intercambios esporádicos a orillas del río, no devino un utensilio para matar en las manos de los indios, ni en el maligno símbolo de una cultura «superior». Los Yanoáma ya se diezmaban entre ellos con la ayuda de sus armas convencionales: la vara y las flechas envenenadas. Y lo hacían tan eficazmente que la fertilidad de las mujeres no compensaba las pérdidas ocasionadas por la belicosidad de los hombres. ¿A qué se debían estas guerras entre tribus, guerras sin principio ni final? Pues bien, no se debían a necesidades elementales: las tribus no conocían el hambre y tenían tierras para cazar y materiales con que construir sus chozas en abundancia. Pero, aún así, morían; al menos, esa ha sido la impresión que me he llevado al leer este asombroso libro. La culpa parece tenerla alguna costumbre tan fuerte como para imponerse a todas las que se esfuerzan por conservar la vida de la comunidad. Desde la adolescencia, los hombres aspiran de manera ritual *epená*, un narcótico que se obtiene a partir de las plantas locales. Su humo estimula poderosamente la agresividad y, tras un uso prolongado, provoca graves trastornos mentales. Las dos, hermanos e hijos se juntan para inhalar *epená*, pasará algo malo, ya que siempre se encuentra algún motivo para pelearse después de un par de buenas aspiraciones. Para los hombres supone un gran honor convertirse en un *waiteri*. Un *waiteri* es aquel que consigue matar a un hombre que, a su vez, ha logrado matar a otros hombres anteriormente. De ese modo, la idea del caballero errante se extiende por toda la comunidad. Se sabe de la existencia de caballeros errantes en nuestra Edad Media, aunque estos eran siempre individuos que únicamente buscaban llenar con algo el tedio de entreguerras. En cambio, todo indio Yanoáma debía convertirse en un *waiteri*, circunstancia que ponía en tela de juicio el destino futuro de esas tribus. A primera vista puede parecer un pueblo sano y paradisíaco que apenas conocía la

enfermedad; aunque, si lo pensamos bien, muy pocos tenían el privilegio de llegar a enfermar. ¿Se trata, quizás, de algún tipo de degeneración psíquica? ¿Todos los pueblos cazadores y recolectores primitivos se guiaban por el mismo tipo de reglas? Si es así, ¿cómo han conseguido sobrevivir? ¿Qué hace que esas leyes comunes evolucionen? Son preguntas ingenuas, pero, ante Su Majestad la Antropología, preferiría no aparentar que sé lo que no sé.

Yanoáma: el relato de una mujer raptada por los indios.

Ettore Biocca, traducción del italiano de Barbara Sieroszewski. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1974. Ejemplar prestado, ya que, como consecuencia de su limita

ZUZIA

Las aves domésticas se distinguen de las de corral en que las guardamos en jaulas exclusivamente para satisfacer el placer estético. El nuestro, claro. Del placer que sienten las aves condenadas a ver a sus dueños, no sé nada. El libro describe ochenta y ocho tipos de aves diferentes que, mal que bien, hacen soportables sus vidas sobre la varilla de alambre. Cada descripción viene ilustrada con una imagen en color del macho. Las hembras, pese a tener un aspecto muy diferente al de los machos en algunas especies, han sido omitidas.

Este libro tan bellamente editado estimula la cría de aves, pero si alguien decide dar finalmente ese paso, animado por la lectura del libro, deberá fiarse de la palabra de honor del vendedor si su deseo es el de comprar una hembra. No hace mucho, escribí sobre un álbum, muy parecido a este, dedicado a las mariposas. En él, de manera muy similar, había una actitud discriminatoria hacia las orugas. No diré que se trata de un completo sinsentido, pero se le aproxima. Pero volvamos a las aves. De entre todas ellas, las aves que imitan la voz humana constituyen uno de los grupos más impresionantes. Por desgracia, nunca he tenido la oportunidad de oír a un estornino «parlante», y mucho menos a un papagayo. Al único papagayo con el que entablé una cierta amistad, siendo muy niña, fui incaanimarlo para que repitiese expresiones de cortesía, tales como «buenos días», «buenas noches», «buen provecho» o «gracias». Sin embargo, al mismo tiempo, los hombres se pusieron manos a la obra con el propósito de que Zuzia (pues así se llamaba) repitiese expresiones mucho menos apropiadas para el saloncito en donde se encontraba su jaula. El pobre animal, atrapado justo en el medio de dos sistemas educativos antagónicos, se bloqueó cabezonamente y no concedió ni una sola palabra hasta el final de su, por otra parte, corta vida. En cambio, sí reaccionaba al reloj. Se ponía hecha una furia cuando el reloj comenzaba a dar las horas, agitaba sus alas multicolores y emitía un chillido terrible, estridente y gutural. Un chillido que me aterrorizaba y que, incluso hoy, oigo con claridad. Entonces tenía siete u ocho años y, a esa edad, aún no se piensa en el paso del tiempo. Pasaba una hora y empezaba otra, ¿y qué? Pero me parece que a Zuzia era algo que no le gustaba demasiado. Gritaba como si quisiera ahuyentar algo imposible de ahuyentar, o, al menos, protestar contra algo que, pese a todo, no escucharía sus protestas. «¡Qué pequeño es aquello contra lo que luchamos, pero, lo que contra nosotros lucha, qué grande es!», escribió Rilke. Pero leí a Rilke mucho después. Antes tuve a Zuzia, a la que simplemente le encolerizaba el sonido del reloj.

*Aves domésticas, J. Feliks, traducción del checo de Barbara Bzowska-Zych,
ilustraciones de Dagmar ĀCerna. Varsovia:*

LILIPUT PERDIDA

El tema principal de este libro es el análisis de la interdependencia que existe entre el tamaño del cuerpo y su función vital. Cuanto más pequeños son los animales, más rápido es su metabolismo, y lo que de ello resulta, más rápido es su ritmo de respiración y pulsaciones, y mayores su voracidad y su capacidad reproductiva. En el caso de que aparezcan excepciones a esa norma, el autor trata de explicar sus causas secundarias con el mismo grado de rigurosidad que se utiliza en la propia regla. Me atrevo a decir que esta obra no decepcionará ni a los zoólogos más eminentes ni a todas aquellas personas profanas que se sientan atraídas por el conocimiento de las ciencias naturales. Sin embargo, sufrirán mucho en nombre de ese conocimiento. Yo misma, por ejemplo, he estado hasta hoy convencida de que el carácter fantástico de los liliputienses de Swift radica principalmente en que no hay, y no hay porque no existen. Sin embargo, ahora debo resignarme a la idea de que no existen porque su existencia resulta absolutamente imposible. Es una diferencia sustancial y un golpe mortal a la idea misma de los duendes. El autor va, poco a poco, dando forma a este ataque. Primeramente, afirma que los liliputienses sobrealimentaron innecesariamente a Gulliver. Pensaron que, como era 1728 veces mayor que un liliputiense adulto, debía de comer 1728 veces más que uno de lente a ciento cuarenta y cuatro raciones alimenticias liliputienses. Por otra parte, los mismos liliputienses deberían comer mucho más de lo que aparece en el relato de Swift. No basta con tres comidas diarias: hacen falta treinta y seis, lo que equivaldría a una cuarta parte de su peso total. De lo contrario, morirían rápidamente de inanición (de hecho, Podziomek, el glotón personaje del cuento de Maria Konopnicka, resulta ser un duende bastante más creíble). La necesidad de obtener una cantidad tan grande de alimento excluye todo atisbo de vida sedentaria, el desarrollo de costumbres refinadas y el conocimiento; pone en entredicho la existencia de cocineros, contables, jardineros y arquitectos; e imposibilita cualquier tipo de cultura. El ser humano ha sido capaz de desarrollar una cultura gracias a que es un organismo relativamente grande, tiene un metabolismo más lento y, a consecuencia de ello, dispone de mucho tiempo libre, sin el cual la cultura ni siquiera habría podido nacer. Por tanto, el cruel autor niega a los liliputienses el privilegio de llamarse un reino civilizado. Y no le basta con ello, también les niega el derecho a moverse como lo hacen los humanos. La peripecia de Gulliver entre los gigantes no sale mucho mejor parada. Por muchos motivos, unos corpazos como esos solo podrían vivir en el agua, donde se comportarían

de un modo adecuado conforme a las exigencias del medio líquido. Por decirlo de un modo claro, uno solamente puede ser Gulliver rodeado de Gulliveres... Para consuelo mío, debo añadir que solo dentro de los límites de mi especie (¡esos que son tan estrechos!) puede el autor hacer un esfuerzo por leer a Swift y su extraordinario relato.

Gigantes y enanos del mundo animal, Everhard Johannes Slijper, traducción de una traducción al alemán de Stefania Jarzabek y Mieczysław Kowalski. Varsovia: «Wiedza Powszechna», 1975.

DIVAS

En el siglo XVI aún se pensaba que el que una mujer interpretase un papel femenino en un teatro respetable era algo escandaloso. Por el contrario, los hombres disfrazados de mujeres (valga como ejemplo el dulce Desdémona, enredado en unas largas enaguas junto a Otello) era algo normal. La ópera, que era por entonces una nueva forma musical originaria de ese siglo, respetaba igualmente esa dudosa idea sobre la decencia. El pastor Dafnis declaraba su amor a alguien que no era del sexo opuesto, a lo que la pastora Cloe respondía con su apasionada voz de tiple. Pero en el año Florencia, una mujer interpretó el papel principal. Este escándalo solamente podía suceder lejos de la Roma papal, donde aún pasaría mucho tiempo antes de poder ver en escena a una mujer. Con el transcurso de los años, aquella prohibición romana se tornó cada vez más problemática, dado que el número de óperas aumentaba y la demanda de chicos que cantasen bien no dejaba de crecer, mientras que la oferta no era muy grande y sobre ella siempre pendía la inevitable amenaza del cambio en la voz. Así que se empezó a castrar a los muchachos. ¿Qué no se haría con tal de mantener las buenas costumbres...? A partir de entonces, el papel de las gráciles ninfas, diosas y pastorcillas, lo desempeñaban inválidos obesos, más espigados que el resto, pero que poseían unas voces sobrenaturalmente bellas. Comenzaron a ser solicitados por todas las salas de ópera europeas, incluso por aquellas en las que las mujeres ya habían sido, en mayor o menor medida, aceptadas. Los castrados se convirtieron en una amenazadora competencia para el sexo débil, y como consecuencia de ello, las cantantes se veían obligadas con frecuencia a conformarse con el papel del sentimental galán. Esta situación acabó deviniendo en una feria. En Londres, aparecieron en una representación tantas cantantes con pantalones como castrados con crinolinas. Quizás resultase maravilloso para el oído; pero, por lo que a la vista atañe, tuvo que ser un verdadero espanto. Cuando, finalmente, esta salvaje industria de fabricar lisiados se acabó, a las mujeres les llegó su de todos los papeles femeninos que desempeñaban los castrados, ocuparon también los masculinos. La estructura actual es muy similar a la inicial, solo que a la inversa: a la durmiente (ya operística) Desdémona se le acerca ahora silenciosamente una Otello con el mostacho pegado. Chopin fue testigo de una representación como esta en París. Dado que Otello era muy menuda y Desdémona, una buena moza, Chopin tembló al pensar que el estrangulamiento bien podía haber sido al revés. Siempre he sentido admiración hacia él porque no se dejó convencer por Mickiewicz para que escribiera óperas. Probablemente tenía otros motivos para serle fiel al piano, pero quién sabe si en ello

tuvo también algo que ver ese inmenso sentido para lo cómico que tenía. Supo ver de antemano todas las posibles monstruosidades que se harían con el reparto, las cuales sería incapaz de impedir. Y, antes de que ocurriera, se vio a sí mismo, desdichado autor, encogido en el rincón más oscuro de su palco.

Ruiseñores de terciopelo y seda: la vida de las grandes prima donnas, Walter Haas, traducción del alemán de Juliusz Kydryński, Cracovia: Polskie Wydawnictwo Muzyczne, 1975.

LA VIDA PSÍQUICA DE LAS MASCOTAS

En este libro de enfermedades caninas encontramos artículos sobre casi todas las afecciones humanas, desde la anemia hasta la ictericia. Los perros sufren y mueren de lo mismo que las personas. Incluso en esto se esfuerzan por acompañarnos. Naturalmente, sufren de un modo mucho más discreto: no nos hablan de su malestar, no mueren como consecuencia de una hipocondría insoportable, ni tampoco acortan sus vidas fumando cigarrillos o bebiendo vodka. Esto no significa que su salud sea estadísticamente mejor que la humana, ya que, además de las enfermedades que comparten con nosotros, hay otras que las sufren únicamente ellos. El libro, no sin motivo, tiene más de cuatrocientas páginas y da la impresión de tratarse de una obra exhaustiva. Sin embargo, no lo es. El autor pasa por alto las enfermedades más comunes entre los perros, es decir, todos los tipos de neurosis y psicosis. La medicina veterinaria antigua ni se molestaba en estudiarlas, pero, hoy en día, la vida psíquica de los animales domésticos se ha convertido en un campo de investigación muy interesante. Lástima que no podamos leer nada sobre ello en esta obra. Probablemente nos enteraríamos de que a nuestras mascotas no les resulta nada fácil vivir con nosotros. Durante toda su vida tratan de comprendernos, de adaptarse a unas normas de comportamiento que les son impuestas, de captar a conciencia. Esto supone un esfuerzo inmenso, una tensión constante. Cada vez que salimos de casa, el perro se desespera, pues cree que nos marchamos para siempre. Cada vez que volvemos es para el perro una alegría que linda con la conmoción: como si un milagro nos hubiese salvado. Estas bienvenidas y despedidas nos conmueven, pero deberían asustarnos también. Cuando nos marchamos durante algunas semanas, no podemos de ningún modo comunicar a nuestro perro qué día volveremos, como tampoco podemos consolarlo con una postal del viaje o una llamada telefónica. El perro está condenado a una exasperante y eterna espera. Y no todo se acaba aquí: hay un centenar de situaciones diferentes en las que el perro pierde ese equilibrio que sirve de constante balanza entre las exigencias de su propia naturaleza y un mundo humano que le es extraño. Al final, tarde o temprano, comienza a corretear detrás de su propia cola, circunstancia que, al contrario de lo que nos han dicho, no es un juego divertido, sino una señal de que nuestro pupilo está perdiendo contacto con la realidad. En los humanos, dado que no tenemos cola, esa etapa de la enfermedad pasa inadvertida.

Cuando el perro enferma, Peter Teichmann, traducción del alemán de Władysław Kermen. Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Rolnicze i Leśne, 1974.

EL ENCLENQUE

En su último capítulo, el libro *Cómo potenciar nuestra fuerza y agilidad* nos previene contra los ejercicios que conducen a la obtención de unos músculos excesivamente bulbosos, pero no sé si se trata de un consejo sincero, dado que todas las ilustraciones de la obra representan a culturistas. Pese a las apariencias, no soy en absoluto una enemiga de los culturistas. No tengo nada contra los músculos lisos

o estriados. Seguramente, Bruno Miecugow es mucho más cruel que yo cuando afirma que los culturistas son, justamente, ese eslabón perdido que buscaban los antropólogos con sus palas en innumerables excavaciones. Dicho sea de paso, no creo que los culturistas sean ese eslabón tan buscado. Lo que les hace extraordinarios es justamente que nacen como personas corrientes y alcanzan esa exuberancia solo a través de un camino de terribles esfuerzos y privaciones. Por ejemplo, Max Sick, quien más tarde se convertiría en uno de los mejores culturistas, era un muchacho enclenque en la escuela, víctima de aquellos compañeros que eran más fuertes que él. ¿Y qué pasa con Sandow? A Sandow le dio calabazas una muchacha que, además, le dijo de golpe y porrazo: «Tus brazos y tu hundida caja torácica me parecen repugnantes...». Sospecho que en muchas de las biografías de otros tantos culturistas podríamos encontarmujer. El repudiado Sandow se entregó en cuerpo y alma a su caja torácica y a sus extremidades. Tras algunos años de entrenamiento con pesas consiguió un cuerpo escultural. ¿Qué pasó con aquella chica? La historia no tiene respuesta para esa pregunta. No sabemos si se lanzó o no arrepentida a los bíceps de Sandow. Por cuanto sé sobre la vida y su propensión a finales burlones, las cosas siempre salen al revés. La muchacha, poco después, se casó con un delgaducho normal y corriente, del cual se enamoró, pues ya se sabe: el amor es ciego. Y, mientras Sandow se ejercitaba en el suelo sin cesar, levantando la pierna derecha o la izquierda y extendiendo alternativamente sus brazos en horizontal, la muy ingrata daba a luz a su alfeñique tercer hijo, encantada de que se pareciese tanto a su padre. Después de todo, meditando sobre el destino de Sandow, he llegado a sentir un sincero afecto por él. Su insensata tenacidad, esa con la que desarrolló todos sus músculos (entre otros, el deltoides y el glúteo, el serrato mayor y el pectoral mayor, el abdominal oblicuo y el músculo tibial anterior), nunca le ha causado el menor daño a nadie, y eso ya es mucho en este poco amable mundo.

Cómo potenciar nuestra fuerza y agilidad, Stanisław Zakrzewski, Varsovia: «Sport i Turystyka», 2.ª edición, 1976.

DO IT YOURSELF

«La moda de empapelar la vivienda particular —estoy citando— no ha pasado de largo por lo que a nuestro país se refiere y, desde hace un par de años, despierta cada vez más interés entre los aficionados a los pequeños trabajos domésticos y los propietarios de los domicilios. Hoy le otorgamos a esta afición el apelativo de “hazlo tú mismo”...». Muy bien. De acuerdo, pero a este apelativo le han arrancado la mitad. Si estuviese completo diría algo así: hazlo tú mismo, porque no puedes contar con los especialistas. La variante polaca de la palabra *hobby* no significa hacer algo por voluntad propia, sino por necesidad. Tener una afición como esa no es en absoluto un *hobby* y demuestra que no tiene ningún sentido importar a nuestro idioma palabras extranjeras que carecen de significado para nosotros. Pero si alguien decide atreverse con el papel pintado, será mejor que lea con atención esta guía y piense qué le espera. Antes de empezar, surge el problema de las herramientas que se necesitan. Normalmente, solemos tener dos o tres en casa; las restantes, las más específicas, debemos comprarlas o pedir las prestadas. Nuestro trasiego por las tiendas nos llevará fácilmente (o, mejor dicho, no tan fácilmente) dos semanas como mínimo, contando que nos pondremos a ello después del trabajo. Nos veremos obligados a visitar algunas tiendas varias veces, ya que, aunque quizás guiándonos por las instrucciones del libro, tendremos que pasarnos también por una tienda de pinturas, donde, según dicen, prestan unas determinadas herramientas bajo fianza. Pero en realidad no lo hacen. Dedicamos algunas tardes a visitar a los conocidos, porque, quién sabe, quizás tengan alguna de las herramientas que necesitamos. Plantarse así por las buenas no suele ser muy apropiado; es preciso llevarles algo de chocolate a los niños y preguntar a los padres por su salud y su estado. A veces nos toparemos accidentalmente con el santo de alguien o cosas por el estilo, y volveremos a casa a las cuatro de la madrugada sin ni siquiera haber podido preguntar por la espátula o el rodillo para empapelar. En otras ocasiones solo encontraremos en casa a la abuela sorda, quien no tendrá ni idea de eso por lo que le preguntamos. Una cosa está clara, en ambos casos es necesario repetir la visita. Añadamos otra semana más. Si en el transcurso de otra semana aún no hemos completado el kit de utensilios, será necesario hacer algunos viajes de corta y larga distancia. No hay más remedio. Otra semana más. Solo cuando tengamos todas las herramientas necesarias podremos pensar en comprar todo tipo de colas, yeso y, finalmente, el papel de empapelar. Pongámosle, pues, otra semana más. Solo entonces podemos ponernos manos a la obra con los trabajos preliminares: apartar los muebles, cubrir el suelo, rascar y pulir las paredes,

así como preparar todas las mezclas. Otra semana más, como mínimo, de desordenado método de colocación del papel de empapelar, únicamente diremos que es muy complicado y dará grandes quebraderos de cabeza a cualquiera que no tenga un poco de práctica. A buen seguro que el papel de la segunda habitación quedará un poco mejor pegado que el de la primera, claro está, en el caso de que tengamos una segunda habitación que empapelar. En resumidas cuentas: todo este trajín nos comportará alrededor de dos meses de trabajo. Durante este tiempo, el resto de nuestras ocupaciones corrientes pasarán a un segundo plano y transcurrirá aún otro mes antes de que recuperemos el tiempo perdido, y, entregados al «hazlo tú mismo», arreglemos el cristal de la ventana que rompimos al empapelar. Solo hay una cosa que no podemos recuperar: ese inapreciable pedazo de vida perdido. Hemos conseguido empapelar la casa, cómo no, pero estamos cansados, agotados, irritados y atontados. Y, desde un punto de vista cultural, cívico y filosófico, nos sentimos abandonados. Y así puede pasar toda la vida. Y lo hace. Lo hace.

Empapelando la casa, Jan Wojenski, Varsovia: «Watra», 1976.

«CONTINUARÁ...»

En la segunda mitad del siglo XVIII, la novela de

género literario de moda en Inglaterra. La gente las devoraba por los mismos motivos por los que hoy nos encanta leer novelas policíacas. La acción tenía que transcurrir velozmente y un terrible peligro debía aguardar a los protagonistas detrás de cada esquina. En los paisajes de esas novelas no podían faltar castillos semiderruidos, galerías subterráneas, cavernas rocosas y bosques espesos en donde moraban los bandidos. Sus miradas debían ser terribles y sus ropajes, inmundos. De la misma manera, tampoco podían faltar condes criminales, penitentes misteriosos, vengadores encapuchados y expósitos. Afortunadamente, estos niños abandonados tenían algún lunar muy especial en el omóplato o, al menos, un medallón gracias al cual, en un determinado momento previsto por el autor, recuperaban su verdadero apellido y su fortuna. También eran muy apreciados los fantasmas, los esqueletos, los sueños ominosos y los puñales, sobre los que la sangre, pese al paso del tiempo, aún parecía fresca. En *El italiano o el confesionario de los penitentes negros* convergen prácticamente todos los elementos antes mencionados. Por todo ello, la novela es un digno exponente de su género. Sin embargo, dudo mucho que ponga la piel de gallina al lector. Con todo, a mí me conmovió enormemente. Siendo una niña (tendría ocho o nueve años), me topé con un libro muy similar a este, el cual leí colmada de entusiasmo. Sé con certeza que no era este libro (dado que la versión polaca solo ha aquel ejemplar: tenía justo el aspecto que debe tener un libro que ha pasado por las manos de varias generaciones. Sin portada ni cubierta, tenía las páginas roídas por los bordes y cientos de huellas dactilares amarillentas. Dentro había una violeta reseca y una mosca aplastada muchos años atrás, algunos cálculos realizados en los márgenes y unos garabatos hechos con un lapicero de color por algún niño que no conozco. Aún hoy recuerdo la desesperación con la que contaba el menguante número de páginas que restaban. Finalmente llegó aquel cruel instante en el que leí la palabra «fin». Bajo aquel rótulo jadeaba un vacío que traté a toda costa de llenar con algo. Pero, ¿qué podía hacer? Fue entonces cuando decidí escribir mi propia novela. Me puse a ello con todas mis fuerzas, le saqué punta a un lápiz y abrí un cuaderno en blanco. No tuve que pensar mucho sobre el nombre de la protagonista: ya lo tenía decidido. Recordaba haber visto en una revista una imagen que llevaba por título «Idilio en el jardín». Aparecía una pareja de enamorados con un rosal de fondo y, por algún motivo, pensé que Idilio era el nombre de la muchacha. La primera frase de la novela decía así: «Desde que

despuntaba el alba, Idilio contemplaba con sus ojos pardos el horizonte desde donde había de llegar el cartero con noticias de su prometido...». Justo después comenzaba la acción. Alguien se acercaba a Idilio por detrás y, pesadamente, posaba su terrible mano sobre el hombro de ella. Aquí, desgraciada confusas. Por lo tanto, ya nunca sabré qué pasó después.

El italiano o el confesionario de los penitentes negros, Ann Radcliffe, traducción de Maria Przymanowska, epílogo de Zofia Sinko, ilustraciones de Barbara Ziembicka-Soltysik. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 1977.

CÓMO NO SER NOBLE

Esta obra se centra, sobre todo, en la primera mitad del siglo XVII. En la segunda no hubo demasiado tiempo para la vida cotidiana en todo su esplendor, ya que, una y otra vez, la historia se empeñaba en hacerle perder el ritmo. En el libro, los autores no se detienen en hechos históricos ni analizan la responsabilidad de la nobleza polaca en el devenir de los acontecimientos. En cambio, sí se preocupan de describir y analizar las residencias señoriales, las relaciones familiares, su modo de vida, sus ganancias, sus cargos y funciones, su educación y mentalidad. Da la impresión de que no todo lo que concerniera a la clase noble fuera irreversible e irrevocablemente negativo. Huelga decir que ser noble (y no solamente en Polonia) era un asunto feo. La nobleza tenía, más o menos, las mismas aspiraciones en todas partes, las mismas perspectivas, los cos perdían sus herraduras doradas; no solo ellos rivalizaban entre sí en magnificencia palaciega, fastuosas recepciones y pompas funerarias. Los festines de los Borbón-Condé eran tan desenfrenados como los de los Radziwill. Por lo tanto, en apariencia nuestros nobles no se diferenciaban en nada del resto. Pero, llegados a este punto, merece la pena preguntarse si para todos y en todas partes se daba la misma prodigalidad. Pues bien, desgraciadamente no era así, y es partir de ese instante cuando el argumento de la similitud comienza a bifurcarse. Leí en algún lugar sobre el festín que organizó el senador de Génova en honor a Carlos VI del Sacro Imperio Romano Germánico. Las valiosas vajillas en las que el emperador tuvo a bien comer y beber fueron arrojadas al mar al son de las trompetas. Un gesto eminentemente noble, pero lo que vino a continuación ya no lo fue tanto. Se extendieron sobre el mar redes invisibles con las que consiguieron, al día siguiente, recuperar todas las riquezas de las profundidades del mar. Nosotros no hicimos uso de tales redes, ya sea en sentido literal o figurado. Nuestros ademanes eran demasiado serios. Y aún hay una segunda diferencia mucho más grave. Estoy convencida de que la mayoría de las vajillas del festín genovés, al igual que el mobiliario, los ropajes, las esculturas, los tapices y los instrumentos musicales, eran casi todos, por así decirlo, obra de artistas y artesanos nacionales. Y aunque estas personas no siempre eran recompensadas como era debido, su existencia sí era muy apreciada y apo timular y desarrollar la producción nacional, ya que se traía de fuera todo lo que se podía traer. Si hubiera sido técnicamente posible, habrían importado palacios prefabricados desde los países más lejanos. Es muy posible que la visión de un palacio flotando en la lejanía haya aparecido en los sueños de muchos nobles. Deslizándose, flotando sin hacer ruido a través de montañas, ríos y campos,

derribando bosques colindantes, aplastando aldeas y pueblos hambrientos por el camino, acercándose y haciéndose más grande a cada instante, nuevo y prefabricado, con sus vidrieras reluciendo agradablemente bajo el sol. Un palacio con cien habitaciones, y en cada habitación, alfombras persas, tapices flamencos y pinturas italianas; y sobre cada mesa, las copas de cristal de Venecia dando saltitos...

La vida cotidiana de la nobleza polaca en el siglo XVII,

Władisław Czapliński y Józef Długosz, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1976.

PARA CADA OCASIÓN

«Arte floral»... Es una expresión aún joven y frágil a la que se le han impuesto numerosas obligaciones. No solo haré mención aquí al arte floral propiamente dicho, es decir, a la técnica de componer ramilletes de trenzado de guirnaldas, el denominado arte del coronamiento, el cual es un término destinado a enriquecer nuestros recursos onomásticos. Dentro de esta ciencia podrían incluirse también los términos de *florerista*, es decir, aquel que elige el tiesto apropiado para cada caso, o la *macetería*, el cultivo de plantas dentro de macetas. Pero eso no es todo. Los autores enriquecen la obra con explicaciones que se enmarcan dentro del campo de la geometría, la óptica, la composición, la diplomacia y la ideología. No es de extrañar que haya un número tan elevado de autores: uno solo nunca lo hubiese logrado. Ha sido traducido en su totalidad sin la más mínima abreviación, junto con un extenso capítulo sobre la organización del comercio de las flores en la República Democrática Alemana, con precios detallados, diagramas y tablas, pese a que la mayoría de los datos fueron recogidos, más o menos, hace diez años y claramente no guardan relación con la actualidad. A este capítulo le debo en realidad la ilusión, aunque agradable, impresión de que en Polonia no hay escasez de papel. Nada perjudicaría al libro si este se limitase únicamente al saber profesional, el cual, debe reconocerse, es muy abundante. Naturalmente, no estoy en contra del benigno exotismo que mana de otras tradiciones y gustos. No sin divertimento leí, por ejemplo, acerca de «la corona para los artistas». Pone de manifiesto que nuestros vecinos occidentales aún conservan la encantadora costumbre de enguirnaldar a personas inspiradas. «En esta ocasión —estoy leyendo con hojas de laurel verdes o amarillas, sin necesidad de añadir ningún otro adorno». Sin embargo, las guirnaldas para los deportistas son mucho más conmovedoras, dado que «las hojas de encina adheridas a los aros producen una sensación más agradable que la de la guirnalda romana». De la misma manera, me conmovió enormemente el manguito matrimonial floreado, una idea muy práctica, dado que la mayoría de las bodas se celebran en invierno. Por norma general, los autores ponen especial énfasis en el papel representativo de las flores en la vida personal, profesional o política. Con ese objetivo, los autores promueven las flores *nobles*, es decir, las cultivadas. El vulgo de las praderas no tiene para ellos ningún valor ni encanto. Los ramilletes de flores campestres, en su opinión, solo pueden satisfacer a los niños «poco exigentes». Y para colmo, en la portada puede verse un ramillete confeccionado según el estilo campestre, circunstancia que, o bien pretende polemizar con los gustos de los autores, cosas que dudo, o bien se trata de la típica metedura de pata del editor.

Creo que me decantaré por esta última.

Arte floral, S. David, K. Deutshmann, M. Freitag, A. Hofman,

J. Kamp, H. Linke, M. Lobst, E. Miessner, traducción del alemán de Aleksandr y Marcel Wyrwiński. Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Rolnicze i Leśne, 1978.

ENREDOS FAMILIARES

«Cleopatra» es un nombre griego, hereditario de la dinastía greco-macedonia de los ptolemaicos, la cual reinó en Egipto tras la desintegración del imperio de Alejandro Magno. Hubo siete cleopatras en esa dinastía, pero solo una, la séptima y última de ese linaje, consiguió forjarse una deslumbrante carrera en un futuro para ella desconocido. Sus predecesoras cayeron en el olvido. Podría llegarse a pensar que todas ellas tuvieron una vida tranquila y aburrida junto a sus reales esposos, hermanos e hijos. Pero nada de eso. Una existencia aburrida y tranquila era un lujo que ninguna de estas señoras quería ni podía siquiera permitirse. Eran tiempos convulsos, los vientos soplaban con fuerza y violencia desde todas direcciones, y los tronos vacilaban. Y a todo ello deben añadirse esas relaciones familiares tan complicadas de entender hoy en día... Los ptolemaicos adoptaron la tradición de los faraones, quienes, imitando a los divinos hermanos Isis y Osiris, se casaban con sus propias hermanas. No eran meras uniones de tipo formal, sino todo lo contrario: su objetivo era conseguir una descendencia común. Asimismo, esa descendencia debía contraer matrimonio mutuamente para engendrar a la nueva generación. De esa manera, la madre se convertía simultáneamente en la tía de sus hijos, y el padre, en su tío. Obviamente, esto significa que el hijo se convertía en ocurría con la madre, mientras que desde el punto de vista de los hijos, estos eran hermanos y primos al mismo tiempo. Este enredo quedaba en cierta manera compensado por el escaso número de antepasados, ya que, aunque contaban con dos progenitores como todos nosotros, únicamente tenían dos abuelos en lugar de cuatro, dos bisabuelos en lugar de ocho, y así sucesivamente... Aunque siempre podía acontecer de repente alguna sorpresa, como sucedió con Cleopatra VII, la más célebre de todas. Tenía abuelo y abuela, bisabuelo y bisabuela, pero, de golpe, tenía cuatro tatarabuelos. ¿Acaso se había inmiscuido sangre ajena en la línea sanguínea familiar cien años antes? No. No era el caso. Siempre habían pertenecido al mismo linaje, solo que uno de los cruces no había sido programado. Ocurrió en tiempos de Cleopatra II, quien se casó en primer lugar con su hermano mayor, y cuando este murió, con el pequeño. Pero el hermano pequeño no tuvo suficiente con los encantos de su enviudada hermana y cuñada. Sin esperar a su muerte, se casó también con la hija del primer matrimonio de ella, es decir, con su propia sobrina y, no lo olvidemos, su hijastra. Esta jovencita se convirtió automáticamente en la cuñada de su propia madre (como esposa de su hermano) y los numerosos hijos engendrados junto a su tío y padrastro (como hermano y esposo de su madre) ganaron en la persona de su padre a un tío abuelo (como hermano del padre de la madre), por no decir que eran

al mismo tiempo los nietos y los sobrinos de esto (para eso ya está la tabla genealógica que hay en el libro); es suficiente con decir que un pequeño escándalo familiar dobló el número de tatarabuelos de Cleopatra VII. Pero ni siquiera así resulta sencillo, ya que los tatarabuelos de Cleopatra lo eran tanto por parte paterna como materna. ¿Pero hasta qué punto tiene aquí importancia la división en una línea masculina y otra femenina? Solo en tanto que nos aporta la lógica, aunque privada de rabiosa actualidad, conclusión de que el incesto, aunque aparentemente sencillo, es una perversión endiabladamente complicada.

Siete cleopatras, Anna Świderkówna (nuestra célebre experta en el período helenístico), Varsovia: «Wiedza Powszechna», 1978.

SOBRE TUS PIES

¿Cien minutos para la belleza propia? ¿Cada día? Ese lujo, mi querida siempre indecisa, o tú, trabajadora profesional, o tú, mujer casada y con hijos, no siempre te lo puedes permitir. Y aunque pudieras, te convencerías justo después de hojear el libro de que cien minutos no son suficientes. Hacen falta veinticuatro horas diarias. La imagen de tu propio aspecto no debe abandonarte ni siquiera cuando estés pensando en prestar atención a cómo caminas; cuando estás sentada, a cómo estás sentada; y cuando estás tumbada, a de qué manera estás tumbada. Incluso cuando estás de pie haciendo cola, querida, debes hacerlo por tu salud y belleza. Para conseguirlo, y cito: «Junta los talones, y separa los dedos del pie hasta una anchura equivalente a la de tu puño, y estira la cabeza hacia arriba separándola de los hombros, y continúa así hasta que llegues al mostrador, cargues la mercancía en la bolsa y te marches». Pero, atención, sigo citando: «Salir de la cola también puede servir como ejercicio si se adopta la postura correcta. Camina orgullosamente con la cabeza alta, abombando el tórax, y que cada paso comience con la cadera y no con la rodilla...». No te alegres aún pensando que, una vez llegues a casa, podrás librarte de la postura de la cola y adoptar otra más descansada. Debes mantener el abombamiento del pecho y sobre la cabeza orgullosamente alzada recaerán algunos deberes adicionales, y cito: «Cuando tengas que llevar algo de la habitación a la cocina o de una habitación a otra, colócalo en la parte superior de la cabeza y sujétalo con la mano derecha e izquierda alternativamente...». Cuando no lles nada, pon las manos en la espalda y da cuatro pasos de manera normal, cuatro de puntillas y cuatro sobre los talones, y mantén esa alternancia hasta que no puedas más. Es también aconsejable que, «siempre que tengas un momento», ejercites los músculos del cuello con el silencioso, aunque expresivo, movimiento de abrir la boca, como si pliques todo esto a tu inquieto marido con una amable sonrisa sobre tu rostro cubierto de fresa o requesón, decirle que haces todo eso para él, para que siempre tenga una esposa atractiva y con aspecto juvenil. Deberías estar en la cama no más tarde de las diez de la noche, durmiendo boca arriba con las manos paralelas al cuerpo. Tu marido tratará inicialmente de alejarte de esa pose digna de un sarcófago, tan provechosa para los músculos, los tendones y el esqueleto. Un par de semanas después te dejará en paz y algunos meses después se marchará de casa, circunstancia gracias a la cual ganarás en espacio habitable y podrás enriquecer tu gimnasia diaria con carreras y saltos de longitud. Y, ¿sabes con quién vive ahora ese marido tuyo? ¡Nunca se te habría pasado por la cabeza!... Con Bozena, esa que comienza cada paso con la rodilla, hace cola de pie con la cabeza gacha y que, en

general (¡imagínatelo!), aparenta justo su edad...

Cien minutos para la belleza, Zofia Wedrowska, Varsovia: «Sport i Turystyka», 4^a edición, 1978.

LA INFANCIA Y ANTES

Un tema como el de la infancia de los animales requiere, cuanto menos, siete tomos de cuatrocientos páparecido aparezca en las librerías por el momento, he acogido con simpatía el librito de Maria S. Sołtyńska. La autora ha hecho todo lo posible para que las apenas noventa páginas de la obra contengan la información más general y específica de un período vital tan extraño como es el de la infancia, ya sea la del cachorro, el gatito, el polluelo, el potro o la larva. Me apetece meditar un poco sobre la excepcionalidad de la infancia. Y más precisamente aún, sobre aquello que resulta más excepcional dentro de esa excepcionalidad. Probablemente, lo más extraño de todo es que la infancia es una invención relativamente tardía en la naturaleza. Durante centenares de millones de años, la vida utilizó toda su energía en los seres unicelulares, los cuales se reproducían por medio de la división. A esta no se la puede denominar alumbramiento, dado que siempre es la misma célula, solo que, de repente, se convierte en dos ejemplares mellizos. Se hace difícil decir que esos gemelos sean sus hijos, dado que uno mismo no puede ser su propio hijo ni transformarse por completo en su descendiente. Al dividirse, la célula «inicial» simplemente desaparece, pero ni por asomo se parece a eso, mucho más complicado, que los animales conocen como muerte. Para confirmar una muerte, como en cualquier investigación criminal decente, hace falta un cadáver. En vista de eso, ¿dónde diablos está aquí el cadáver? Esto me trae a la memoria a un viejo conocido del colegio, el protozoo paramecio. Antes lo consideraba un pesado y no entendía por reproducirse no me impresionó lo más mínimo. Nunca dejaba de dividirse. Para mí era una cuestión mucho más interesante e inescrutable saber si conseguiría colarme con mi amiga Małgosia S. en el prohibido *Drama de las aficiones y las obligaciones* que, por entonces, se representaba en el cine «Alegría». El paramecio solamente reclamó su merecido lugar en mi imaginación mucho tiempo después. ¡Qué ideas tenía inicialmente la naturaleza! Había creado algo que vivía, pero que no nacía como es debido ni moría obligatoriamente. Y que, incluso en el caso de que muriera, esa muerte venía desde fuera, como si se tratase de un trágico accidente que no había sido irrevocablemente programado para convertirse en una necesidad interna de ese organismo. Como si solo realizase un trabajo encargado ocasionalmente que más tarde se convertiría en un trabajo fijo. Podría decirse que el paramecio y los microorganismos que se le parecen acarician con las yemas de los dedos la inmortalidad. Por razones que solo ella conoce, la evolución de los seres vivos comenzó a alejarse de su idea primigenia y pasó a producir seres mortales, para los cuales la vida se dividía en claras y distintas fases que siempre seguían un

mismo orden: nacimiento, infancia, madurez, vejez y muerte. Por qué sucedió así y no de otra manera, lo desconozco, y todos esos que lo saben, en realidad no lo saben tampoco.

La infancia de los animales, Maria S. Sołtyńska, Varsovia:

VIEJOS AMIGOS

Samuel Pepys comenzó a ser un buen amigo mío en 1954, es decir, a partir de la segunda edición. Desde entonces he leído esta excelente obra en dos volúmenes en varias ocasiones, entre otras cosas, porque me parece magnífico que el autor la escribiese para sí mismo sin preocuparse de si era excelente o no. Tampoco previó que sus anotaciones diarias, escritas en un estilo libre alejado de cualquier figura estilística concebida, serían traducidas en algún momento a otros idiomas. Incluido el polaco, y ¡menuda traducción!, señor Pepys, ¡menuda traducción! Hay buenas traducciones, muy buenas y excelentes, aunque siempre siguen siendo eso, traducciones. Pero la pluma de D. abrowska ha conseguido ese raro milagro por el cual la traducción deja de ser una traducción y se convierte (¿cómo decirlo?, ¿cómo expresarlo?) simplemente en un segundo original. Con motivo de la cuarta edición del Diario, he comenzado a hojearlo de nuevo. Y algo muy extraño ha ocurrido: por un momento he llegado a dudar si Pepys es realmente un viejo amigo mío. Y si, en general, es verdad eso de que existen amigos a los que conocemos tan bien que podemos comprender por qué razón dicen eso o aquello. Un ejemplo de ello es un pequeño suceso de 1669. Con el propósito de celebrar su cumpleaños, Pepys se dirigió con su familia a la Abadía de Westminster para visitar las tumbas samado de la reina Catalina, esposa de Enrique V. Pepys la sostuvo en sus brazos y la besó en los labios. No fue por necrofilia, ¡válgame Dios!, sino por la pura, aunque poco exigente, alegría de vivir. «Por primera vez en la vida —dice a este respecto— besé a una reina...». ¡Por primera vez! ¡A eso se le llama optimismo! Para empezar, una reina difunta no está mal, pero ¿no sería mejor encontrar una que estuviera viva para la próxima vez? El comentario de Pepys siempre me ha hecho reír y continúa haciéndolo. Sin embargo, hasta ayer estaba convencida de que el suyo era un humor carente de cualquier intención. Hoy ya no lo creo. Podría tratarse también de un chiste consciente después de todo: quizás se está burlando de sí mismo y de su supuesto éxito entre las altas esferas. Constituye una diferencia sustancial si nos estamos riendo del autor o con él, a sus espaldas o en su cara, con o contra su voluntad. El ejemplo que he escogido para ilustrar mis propias dudas es, quizás, insignificante; pero la cuestión en sí no lo es en absoluto. ¿Cómo debemos leer los textos antiguos para no exhibir una condescendiente sonrisa de superioridad allí donde, quizás, la situación no lo merece? Máxime cuando el autor no es un reputado bromista y, solamente de cuando en cuando, pretende gastar una broma. En ese caso, la mayor parte de su ingenio será incomprendido o aceptado sin ni siquiera pensar que algo puede habersele escapado sin querer al autor. En general,

el paso de los siglos muy rara vez crea las condiciones acústicas idóneas para que las víctimas de la consecuencia de palabras sueltas, frases, fragmentos o, incluso, obras enteras. Margarita Riem-schneider, la famosa experta en culturas antiguas, sostiene por ejemplo que el relato bíblico de Jonás era inicialmente una leyenda popular cómica, algo que hacía reír. Más tarde, alguien la redescubrió, la entendió mal, le concedió un trasfondo de seriedad y así fue como se quedó. ¿Y qué pasa con Homero?, dice la misma experta, da miedo solo de mirarlo. ¿Cuántos chistes, cuántas pullas y guiños habrán sido convertidos en grandilocuentes y elevadas frases? Parece ser que el orden natural del mundo es el de ir perdiendo la vista y el oído para aquello que ya se fue. Pero eso no quiere decir que tengamos que resignarnos.

Diario, Samuel Pepys. Primer y segundo tomo. Traducción del inglés, selección, notas y los dos prefacios de Maria Dabrowska. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 4ª edición, 1978.

EL MITO DE LA POESÍA

Miodrag Pavlović pertenece a la generación intermedia de poetas serbios y es considerado como uno de sus grandes autores. Sin embargo, hasta donde sé, su poesía todavía no ha sido traducida al polaco. Por reflexiones sobre la poesía sin tener acceso a la suya propia. No es una tarea sencilla, y resulta mucho más complicado que si fuese al revés: es decir, primero los poemas y luego cualquier otra cosa que los acompañe. No es fácil adivinar la forma del mobiliario si solo podemos contemplar los bultos y las virutas que hay en el taller del carpintero. En cualquier caso, personalmente soy bastante reacia a reflexiones poéticas de este calibre. Rara vez encuentro algo que me resulte convincente. Además, hay algo irritante en la manera en que algunos poetas escriben sobre la poesía. Escriben como si esta albergase aún secretos absolutamente inalcanzables para los otros géneros. Los poetas siempre se han mostrado proclives a tratar la poesía como si esta fuese el alfa y el omega de la literatura, y ciertamente ha habido períodos en que se ha tratado de confirmar esta convicción. Pero eso ya está pasado de moda. La poesía sigue viva y, ciertamente, no es un género menor. Sin embargo, me parece poco prudente concederle esa incontestable superioridad a la hora de percibir y sentir en comparación con la prosa literaria o el teatro. Durante mucho tiempo, muchos se las han arreglado bien para ir montados a lomos de ese Pega-so, sin importar demasiado quién iba agarrado de sus crines y quién de su cola... La poesía, esto; la poesía, aquello... En muchas ocasiones, la palabra «poesía» podría ser sustituida por «prosa» y funcionaría igual de bien. Puse en práctica esta técnica mientras leía las reflexiones de Pavlović. Es posible que al autor no le pasase. Así, por ejemplo, en el capítulo dedicado al mito y la poesía, no dejé de pensar en todo lo que el autor había omitido. Obras como *José y sus hermanos* de Thomas Mann o el *Ulises* de Joyce que, de algún modo, constituían una continuación de las leyendas antiguas. U obras que creaban nuevos y poderosos mitos como *El proceso* de Kafka o *Esperando a Godot* de Samuel Beckett. El breve ensayo titulado «Un esbozo sobre la historia de la literatura del futuro» merece aquí toda nuestra atención. Es un capítulo brillante, lleno de ingenio, aunque se convierte en poco más que una broma cuando reflexionamos sobre él seriamente. Sin embargo, me produjo una sensación de alivio después de leerlo, porque finalmente se trataba a la literatura como a un conjunto, siendo la poesía solo un pedazo de él, ni más ni menos importante que el resto. Y ese es justamente su tamaño.

Mito y poesía, Miodrag Pavlović, traducción del serbio de Joanna Salamon y Danuta

Cirlic-Straszyńska. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 1979.

EN ALABANZA A LOS PÁJAROS

Me gustan los pájaros porque vuelan y no vuelan. Porque se zambullen en las aguas y en las nubes. Porpermeable que tienen bajo las plumas. Por esas garras que han desaparecido de las alas pero que se han conservado en las patas, salvo en esas en forma de remo, dignas también de todo nuestro respeto. Me gustan los pájaros por sus patas de palillo, y por las torcidas también, cubiertas en ocasiones por escamas púrpuras, amarillas o azules. Por su andar elegante y majestuoso, y por su cojera, que siempre da la impresión de que la tierra que hay bajo sus pies se balancee. Por esos ojillos desorbitados que nos ven a su manera. Por los picos puntiagudos, con forma de tijeras, curvos, aplastados, largos o cortos. Por las pecheras emplumadas, los penachos, las crestas, los collarines, los volantes, las almillas, los pantalones, los abanicos y los ribetes. Yo misma valoro en gran medida no solo la grisura en el pelaje del ave, la cual nunca resulta monótona, sino también el abigarramiento, el cual durante la época del cielo siempre se las arregla para ofrecernos algún efecto adicional. Me gustan los pájaros por sus nidos, sus huevos y las bocas reptilianas abiertas de par en par de los polluelos. Y, finalmente, por esas voces chirriantes y melodiosas que gorjean, trinan y gorgotean. El autor de este atlas sobre los pájaros le ha dedicado una atención muy especial a todas esas voces. Por ejemplo, el «pst pst tik tik» es la voz de reclamo del papamoscas gris, mientras que el «bit bit cyt crr» corresponde al papamoscas negro, una diferencia sustancial que impide la confusión amorosa entre estas dos familias tan cercanas. Como es de suponer, todo intento por reproducir el sonido humano es claramente impreciso, y sería todo mucho más fácil si el atlas incluyese algunos discos. Pero Jan Sokołowski sabía muy bien qué hacía: dada la ya conocida presteza de nuestra industria musical, un atlas como este con grabaciones aparecería dentro de setenta años. Por ello, su laboriosa aunque imperfecta transcripción merece nuestro reconocimiento; si bien, debe añadirse también que su trabajo es fruto de varios siglos de tradición literaria. Y dado que hablamos de literatura, debo decir que también me gustan los pájaros porque han revoloteado durante siglos dentro de la poesía polaca. Desgraciadamente, no todos ellos. El protagonista y el predilecto de la poesía es el ruiseñor. El águila, el cuervo, el búho, la golondrina, la cigüeña, la paloma, la gaviota, el cisne, la grulla, la alondra y el cuclillo también pertenecen a esa casta privilegiada. También encontramos a la garza, el tordo, el camachuelo, el aguzanieves, el pinzón, el mirlo y muchos otros, aunque más esporádicamente. Hay pájaros cuya existencia la poesía calla, simplemente porque sus nombres son tan desparpajados que arruinarían el ambiente lírico. Nunca me he encontrado con el

verderón, el triguero, el trillador marrón o, incluso, con el bigotudo. El desafortunado chotacabras no es para nada más feo que la golondrina, pero no ha conseguido hacer carrera poética. Solo podemos albergar la esperanza de que, en el futuro, algún poeta se apiade finalmente de él o de algún porrón osculado. Al menos, este no es el peor de los futuros, ya que los condenados por tener un nombre ambiguo. El alcaraván, el colirrojo o el gorrión sólo añadirían confusión al paisaje poético. ¿Y qué pasa con la cogujada o *Galerita cristata*? En otra época prestó su nombre a las jóvenes doncellas y lo echó todo a perder. Un poeta que escribiese «A mi tranquila choza llegó volando una galerita», sería hoy considerado como un donjuán fanfarrón. ¿Y qué tal sería el pato havelda? «Un vez me senté en la empalizada y me rozó, al vuelo, una havelda...». No, no puede ser. ¿Y qué tal el pájaro combatiente? «No vagues junto al Narew, vida mía, para que los combatientes no se asusten al verte...». ¿Qué clase de bardo se arriesgaría por algo así? El que esos parias voladores se sientan dolorosamente afectados por su ausencia en nuestra poesía es un asunto aparte. Siempre pueden resarcirse incorporándose a la poesía de algún país extranjero en donde su nombre no pueda asociarse con ninguna otra cosa.

Los pájaros de Polonia, Jan Sokołowski. Con ilustraciones a color de Władysław Siwka. Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne, 1979.

LA MUERTE COMO ESPECTÁCULO

Las luchas de gladiadores a la antigua usanza (un sacrificio que consistía en un duelo a muerte incluido dentro del programa de actos de una celebración fúnebre) tienen en realidad su origen en Etruria, aunque a tenor de la fuerza, la ingeniosidad organizativa y el papel social que adquirieron más tarde, podemos, sin miedo a equivocarnos, tildarlas de espectáculo típicamente romano. Y eran tan romanas que, cuando el imperio cayó, también ellas desaparecieron. El libro de Grant, que describe la historia y las reglas conforme a las cuales se desarrollaban estas sangrientas matanzas, podría decirse que concluye con un final feliz: Roma cayó, los juegos se acabaron, y, por tanto, ya no queda ningún romano con quien pudiéramos seguir enfadados. Sin embargo, propongo echar un vistazo a todo este asunto con más detenimiento. Las luchas de gladiadores, en su fundamento esencial, no eran más que una forma de ejecución pública. Y de esas, la humanidad ha creado muchas, antes y después. Mejor sería que nos pusiéramos furiosos con la humanidad en conjunto, desde su nacimiento hasta nuestro querido siglo XX. Ni siquiera la refinada fusión del sistema penitenciario y la industria del entretenimiento es un invento original de los romanos. Ya en las formas más primitivas de ejecución, cuando un enemigo era capturado o un criminal asesinado *in situ* y después devorado, existían signos evidentes de haber ceremoniosas manifestaciones de triunfo, con la gente dando brincos de alegría, aplaudiendo y vociferando melodiosamente. Más tarde, cuando se hizo visible un cierto progreso en la relación con el condenado (¡lástima que usted no vea la mueca que hago al escribir esta palabra!), progreso que radicaba en que a algunos no los mataban al instante, los guardaban para más tarde como ofrenda a los dioses durante alguna fiesta de mayor importancia. El carácter festivo de estas ejecuciones con retraso no menguó en absoluto, muy al contrario, aumentó. Había tiempo para los esmerados preparativos de los espectáculos. En ellos participaban grupos de bailarines bien instruidos, cantantes y músicos; el recinto se preparaba y decoraba convenientemente, y todos, incluso los sacrificados, vestían sus mejores galas. Los vendedores daban vueltas entre la muchedumbre con canastos llenos de frutas y pasteles, y los bebés gimoteaban en los brazos de las absortas madres, mientras que los niños ya crecidos abarrotaban las ramas de los árboles de los alrededores. Esto ya ocurría así cuando las cabras aún pacían en las colinas de Roma, y de un modo parecido, cuando las ruinas del Coliseo se convirtieron en el hogar de los gatos salvajes. Se pueden escribir multitud de libros sobre la ejecución entendida como una fiesta en la que la asistencia está asegurada. Recordemos que mientras se

ahorcaba, descuartizaba o quemaba a un condenado en las plazas públicas, una multitud de cabezas se agolpaba en las ventanas abiertas de par en par, los balcones se derrumbaban debido al peso de los testigos voluntarios. Solo hay otra cosa que me gustaría reprochar a los romanos: el que una literatura tan magnífica como la suya prestase tan poca atención, y de un modo tan vergonzoso, al aspecto moral de los juegos. Que este pueblo tan patriarcal no viese nada impropio en que, entre los prisioneros lanzados a la arena, de cuando en cuando, un hijo se viese obligado a luchar contra su propio padre, o un hermano contra otro hermano. Que esta sociedad, tan orgullosa de su legislación, pudiese digerir sin inquietarse que un asesino cualquiera pudiese salvar su vida, o al menos alargarla un poco, cometiendo un nuevo asesinato. Únicamente Séneca escribió sobre los juegos con horror y repugnancia. Y Tertuliano, y Agustín, pero estos ya eran cristianos. Los demás críticos venían de la literatura griega y, dicho sea de paso, tampoco eran tantos. Naturalmente, somos libres de pensar que hubo más textos y que, simplemente, no nos han llegado. Quién sabe.

Gladiadores, Michael Grant, traducción del inglés de Tadeusz Rybowski, prólogo de Andrzej Ładomirski. Wrocław: «Ossolineum», 1980.

LO QUE QUEDA ATRÁS

Esta extensa obra está principalmente destinada a

dores que se ocupan de cuestiones afines. En cualquier caso, no está destinada a poetas. Los poetas no suelen sacar mucho provecho de lecturas como esta. Quiero decir que algo sacan, pero no eso que el sabio autor había proyectado. Todo lo que diré a partir de este instante no será, así pues, una valoración de la obra anteriormente mencionada, sino una explicación de por qué soy incapaz de valorarla. El poeta, con independencia del grado de educación, edad, sexo y aficiones, es y siempre será en lo más ignoto de su propia naturaleza un heredero espiritual de las comunidades primitivas. La interpretación científica del mundo no le produce una gran impresión. Es un animista y un fetichista que cree en los poderes secretos que dormitan en todas las cosas, y está convencido de que, con la diestra ayuda de las buenas palabras, es capaz de despertarlos. El poeta puede llegar incluso a tener siete brillantes títulos, pero en el momento en el que se sienta para escribir un poema, el uniforme del racionalismo comienza a punzarle bajo las axilas. Se menea y jadea, desabrocha un botón, y luego otro, hasta que, finalmente, sale por completo de su trajecito, revelándose ante todos como un salvaje desnudo que lleva un anillo en la nariz. Eso es, un salvaje, porque, ¿de qué otra manera llamarías a un individuo que habla en verso a los muertos y a los no natos, a los árboles, a los pájaros, e incluso a la lámpara y a los pies de la mesa sin considerarlo un completo idiota? ¿Qué puede extraer un poeta de las ciencias naturales?

un caballo es un caballo y que una gallina es una gallina, y que sus reacciones psíquicas no pueden ser explicadas por medio de una analogía con la psique humana. Dado que aún no han conseguido inventar los términos apropiados para subrayar convenientemente esa diferencia, utilizan las comillas. Y así, pues, el animal no piensa, solo «piensa», no decide, solo «decide», etc. El poeta es un ser tan retrógrado que no entiende nada de esto. Mostradme uno solo que, al escribir sobre su propio perro, emplee esas comillas preventivas. El perro del poeta es inteligente, e «inteligentes» son aquellos que no comparten esa opinión. Pero volvamos al asunto de la historia después de esta, un tanto larga, introducción. El retraso del poeta en este campo es igualmente comprometedor. El pasado sigue siendo para él un cuento de guerras e individuos concretos. En cambio, para los historiadores actuales, en particular para esos que se ocupan de construir grandes síntesis, las guerras y los individuos tienen un significado, como mínimo, secundario. Para ellos,

el verdadero motor de la historia son los medios de producción, las condiciones de la propiedad y el clima. Los acontecimientos esporádicos no desempeñan un papel decisivo en el proceso histórico. Pueden incluso llegar a omitirlos, o presentarlos de tal manera que no desvíen la atención del lector de los asuntos realmente importantes. En estos casos, hay frases especialmente diseñadas que les ayudan a cumplir ese cometido de dar lustre: «la obtención de la supremacía», «la pérdida de tistas», o «el repentino frenazo en el desarrollo»... De ninguna de esas palabras chorrea sangre o escapan las chispas de los incendios. Han dejado de ser ataques a traición, matanzas, violaciones, emboscadas o persecuciones; ahora solo son un país X «que se encuentra al alcance de los invasores extranjeros» o, mejor, «de unos forasteros», o aún mejor, «al alcance de una cultura Y». El idioma de los historiadores anhela la abstracción y, en gran medida, la ha alcanzado. Cuando habla de «los movimientos migratorios», una necesita verdaderamente de un don para adivinar si se refiere a un tranquilo asentamiento en unos nuevos territorios o a la huida desesperada de alguna tribu provocada por el empuje de otra. Por desgracia, el poeta sigue pensando en imágenes. Al leer que, por ejemplo, los planes económicos «entraron en pugna con los intereses de los vecinos», inmediatamente ve cabezas cortadas amontonadas dentro de canastos de mimbrés. Además, el instinto común a todos los seres primitivos le susurra que esos canastos fueron confeccionados por unos esclavos ciegos que fueron capturados y privados de la vista durante un «conflicto» anterior. Es evidente que cuanto más alejadas en el tiempo están las materias a debate, tanto más fácil resulta para los historiadores alcanzar ese estilo inmaculado y estéril. El historiador pasa tranquilamente las hojas de *Gilgamesh*, la más antigua epopeya de la humanidad e, inmediatamente, encuentra en ella eso que necesita, es decir, «uno de los testimonios más tempranos de la es incapaz de deleitarse con el poema por ese motivo. La epopeya de *Gilgamesh* podría perfectamente no existir para él si únicamente contuviese esa información. Pero existe porque su personaje principal llora la muerte de un amigo. Un simple individuo eleva su lamento sobre el desdichado sino de otro simple individuo. Para el poeta, este es un hecho histórico de una importancia tal que ni siquiera debería pasar inadvertido en los volúmenes de historia más sucintos. Pero, como digo, el poeta no aguanta el paso y se queda atrás. En su defensa solamente puede decirse que siempre hace falta que alguien se quede atrás. Aunque solo sea para ir recogiendo todo aquello que ha sido pisoteado y olvidado por el desfile triunfal de las leyes objetivas.

La historia de Oriente Próximo en la antigüedad, Julia Zabłocka, Wrocław: «Ossolineum», 1982.

CATALINA LA NO-TAN-GRANDE

Este historiador francés se ha propuesto un duro trabajo. Ha decidido sacarle brillo al retrato de la endemoniada Catalina de Médici, alguien que se ganó a pulso el que sus contemporáneos la considerasen como salida del mismo averno. Esta opinión era comos. Los primeros lo proclamaban a voces; los segundos, susurrando; o viceversa, dependiendo de qué bando se sintiese engañado por la reina. Al final, se terminó por echarle la culpa de todas las plagas que asolaban Francia. Naturalmente, esto era una exageración. Solo en algunas ocasiones puede señalarse con el dedo a Catalina como la culpable. No son suficientes para considerarla la bestia del Apocalipsis, aunque sí son demasiadas para cualquiera que quiera convertir a esta irresponsable dama en su figura histórica favorita. Pero, al parecer, ese es el propósito del autor. Le atribuye virtudes que, de alguna manera, nunca, durante sus treinta años de gobierno, salieron a la luz. La llama «la Montaigne italiana» (¡Dios Santo!) o «la artista que entregó su talento creativo al servicio de la política». Las ocho guerras civiles que no pudo, no supo o no quiso evitar, no hablan demasiado bien de su maestría. Es necesario recordar que no solo Francia lidiaba en aquel tiempo con el problema de las religiones en guerra. Todos los monarcas europeos se vieron obligados a hacer frente a ese duro hueso de roer. Prácticamente en ningún sitio se solucionó sin violencia, disturbios u hogueras. Pero es un hecho que fue Francia el lugar en donde más sangriento y atroz resultó este conflicto, circunstancia que nos hace dudar de que Catalina fuera precisamente la persona indicada para el sitio adecuado. Solo tras su muerte, los dos bandos enfrentados consiguieron llegar a un acuerdo, pero fue gracias a los esfuerzos de otro monarca. Así que todos habla de la señora Médici no me convencen. A cada uno de ellos se le podría poner un interrogante. «La espléndida reina madre» (¿esa ante la cual sus hijos se encogían de terror y que fue incapaz de reprimir la hostilidad, para nada fraternal, que sentían los unos por los otros?). Una soberana «con una intuición política infalible» (¿esa misma que instigó la Matanza de San Bartolomé demostrando ser incapaz de prever sus consecuencias, no solo de largo alcance, sino inmediatas?). «Una experta en cuestiones diplomáticas y políticas» (¿alguien a quien más tarde, bajo la presión de los acontecimientos, el mismo autor se ve obligado a clasificar como «una mujer incomprendida»?). El punto fuerte en la defensa de la desdichada Catalina es que consiguió salvar el trono francés, circunstancia que fue de gran importancia para el país. Verdad solo a medias. Los hugonotes eran también monárquicos y estaban dispuestos a defender el trono. Las ideas republicanas solo comenzaron a extenderse entre ellos después de la Matanza

de San Bartolomé. En el trono que Catalina había salvado apareció la carcoma, un pequeño escarabajo que, poquito a poco, se puso manos a la obra.

Catalina de Médici, Jean Heritier, traducción del francés de Maria Skibniewski. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1981.

EL INFIERNO DEL CORTESANO

Todo memorialista deja en su obra, de mejor o peor manera, dibujos de las personas que conoció y dos autorretratos. El primero, pintado deliberadamente; el segundo, sin planear, involuntario. Una cosa está clara: el primero siempre es más provechoso que el segundo, pero el segundo es más fidedigno que el primero. Cuanto mejor es el escritor, más digna de atención es esta diferencia... El duque Saint-Simon no era un ángel de la justicia en la corte de Versalles, aunque presumía de serlo y se las daba de ello. Era incapaz de perdonar las debilidades, los vicios, los errores o la iniquidad de ninguno de sus contemporáneos; sin embargo, él mismo permite que le veamos en situaciones en las que inequívocamente conspira, maquina, se pavonea y arrastra, da puñaladas por la espalda y pone la zancadilla, se mete en grescas por cualquier bagatela e infunde terror en las gentes menos despabiladas. Sin embargo, antes preferiría ser abogada que fiscal. Después de todo, no era más que el producto de una corte en la que no sabía cómo explotar la energía y el talento que reverberaban en su interior. Como es sabido, Luis XIV atrajo a sus sediciosos nobles hasta una jaula dorada. Gobernó solo con la ayuda de unos burócratas burgueses, mientras iba creando cargos ficticios, títulos e innumerables privilegios para la nobleza que nada tenían que ver con el oficio de gobernar y una maniobra genial a corto plazo, pero a la larga resultó ser fatal y muy nociva para su querida monarquía. La desempleada nobleza comenzó a partir de ese momento a destacar por el sinsentido de su vacía existencia. Saint-Simon se dio cuenta de las ominosas consecuencias de esta farsa, pero fue incapaz de evitar el convertirse en parte de ella. Acabó haciendo lo que el resto, justamente eso que le hacía reír y le irritaba: gritaba y se quedaba quieto, soltaba una risotada y se quedaba callado. En cierta ocasión copié una de las reflexiones de La Bruyère: «La corte no da satisfacciones e impide que las encontremos en cualquier otro sitio...». Perfectamente podría ser el epígrafe de estas memorias. Y puede que debiéramos contemplar este cómico drama desde una perspectiva diferente. Quizás determinados caracteres requieran necesariamente de la vida en la corte. Quizás Luis XIV fuera simplemente un bienhechor para todos esos frustrados, alguien que les estaba dando la oportunidad de desahogar sus penas en el horror de las falsas ambiciones y las torturas del protocolo. Siempre hay personas que solo se sienten felices cuando son infelices. O es posible que no sea ninguna de ellas. Dejemos tranquilo a Luis XIV; después de todo, no fue él quien inventó el modo de vida de la corte, sino que únicamente le dio un aspecto original. Las cortes existieron antes y después de él; sigue habiendo y habrá en el futuro. No confinemos tampoco a

Saint-Simon, el espléndido escritor, a una única época, pues su estudio comprende todos los pe y costumbres. Personalmente, no creo que haya ningún infierno más allá de esta vida. En cambio, sí creo que hay una gran variedad de infiernos que las personas crean para sí mismos o para otros. Y es necesario que todos esos infiernos estén clasificados según el modelo científico. El descrito por Saint-Simon pertenece a la familia de los infiernos voluntarios y a la subfamilia de los infiernos *self-service*. Está lleno de voluntarios y cada uno se encarga de echar más leña a su propio fuego.

Memorias, Saint-Simon, traducción del francés de Aleksander y Maria Boche´nski, y prólogo de A. Boche´nski. Varsovia: Pa´nstwowoy Instytut Wydawniczy, 2.ª edición, 1984.

EL ARTE DE LA DESTRUCCIÓN

Esta es una de esas publicaciones que relatan la historia de pueblos y culturas de la antigüedad basándose en restos arqueológicos. Obviamente, no tengo nada en contra de que constantemente aparezca algo nuevo o que se añada más precisión a este cada vez más vulgarizador campo. Sin embargo, cada vez pienso más a menudo en ese libro que aún nadie ha escrito ni publicado, al menos que yo sepa. Todos los arqueólogos e historiadores que hasta ahora he conocido han despa«La ciudad fue conquistada en tal año, y destruida en tal año». Exactamente: destruida, ¿pero cómo? Gracias a minúsculos indicios hemos sido capaces de deducir, cada vez con más exactitud, el aspecto de los templos, la planificación de los palacios y la disposición de las murallas. Sabemos cada vez más sobre los sucesivos habitantes de esas en un tiempo espléndidas ciudades que, más tarde, fueron olvidadas por los siglos. Sabemos cada vez mejor cómo las construyeron, de dónde procedían los materiales y cuánto tiempo pudo durar su edificación. En cambio, nadie sabe cómo todas estas ciudades fueron reducidas a escombros. Evidentemente, los muros no se hacen trizas de un simple soplido. Hacen falta más cosas: se requiere un cierto esfuerzo físico, una técnica y herramientas. Es necesario un cierto tiempo durante el cual uno pueda reflexionar un centenar de veces sobre si destruir algo o desistir de ello (cosa que muy raramente sucede). Y, finalmente, se necesita un determinado número de individuos bien organizados a los que incitar u obligar a hacerlo. Naturalmente, siempre hay ciertas acciones preliminares que suceden de un modo espontáneo. El enemigo penetra en la ciudad y saquea todo lo que puede. Lo que no puede, lo destruye, lo destroza, lo rompe y lo pisotea. Por norma general, con toda esa confusión, se provoca un incendio en algún sitio y no queda más remedio que dejar que el resto del botín sea pasto de las llamas. Junto con los cadáveres de los ciudadanos, ni que decir tiene. Sin embargo, este tipo de incendios accidentales no siempre arqueológicas como las realizadas en las ruinas de la ciudad de Mari, por ejemplo, se han encontrado restos de combustibles colocados premeditadamente en lugares estratégicos. Si el descomunal incendio no ha conseguido derrumbar los muros, es indudable que hay que emplear otros métodos como derribar las murallas con arietes, tirando de ellos con cuerdas, o sabe Dios con qué otra cosa. Ni siquiera la antigua Jericó cayó solo con el sonido de las trompetas. Hoy se piensa que el sonido de las trompetas solo sirvió para amortiguar el ruido de la socava. Aunque queramos conferir un papel decisivo a las trompetas en la conquista de la ciudad, hace falta otro tipo de acciones complementarias para destruirla. ¿Pero cuáles? Por ejemplo, para alcanzar el centro de la ciudad capturada de Síbari se

desvió el curso de un río. Pero el caso de Cartago es el más interesante de todos. Fue destruida con tanto esmero que el suelo en donde se hallaba pudo servir como campo de cultivo. Prácticamente nada se dejó para la devastadora acción del tiempo y la naturaleza. Todo se hizo y se ejecutó a conciencia. En su destrucción debieron tomar parte equipos de trabajo experimentados y disciplinados dirigidos por los especialistas más cualificados. Si atenemos al trabajo realizado, al trabajo en sí mismo, y omitimos para qué se realizó, debemos reconocer que fue excelente. Parece ser que el trabajo bruto, el esfuerzo sobrehumano, el sudor en la frente, las noches en vela, la eficiencia y la perfección no son merecedores de la admiración universal. Creo que esa precisamente gustaría leer. Tengo incluso un título para él: *Homo destructor*. Este término podría elevarse y codearse en las alturas con otros ya reconocidos a nivel mundial, como *homo sapiens*, *homo ludens* u *homo faber*. Un libro con ese título sería bien gordo.

Los misterios de los templos y los palacios, Bernhard Jacobi, traducción del alemán de Leonia Gradstein. Varsovia: Wydawnictwa Artystyczne i Filmowe, 1983.

SOLEDAD CÓSMICA

La vida es caprichosa y exige una combinación de condiciones muy especial; un ejemplo de ello es que no hemos hallado esa composición en ningún otro lugar que no sea nuestro planeta. Esto no excluye que, entre todos los billones y billones de estrellas, no haya sucedido algo similar. Por supuesto, todo puede ser y no es extraño que Olgierd Wołczek, un conocido divulgador del saber en el campo de la astronomía y la astronáutica que ha fallecido recientemente, dedique precisamente su libro a la investigación de este asunto. Este tipo de libros despierta en mí sentimientos contradictorios. Porque, aunque la cuestión de la existencia de vida fuera de la Tierra me interesa realmente, preferiría, sin embargo, que su discusión no fuese zanjada, me alegra más que me disgusta el hecho de que, casi con toda probabilidad, no exista vida en ningún otro planeta de nuestro Sistema Solar. Me gusta ser un capricho de la naturaleza sobre este excepcional y único planeta Tierra. Por otro lado, no espero la llegada de ningún extraterrestre y solo creeré en ellos cuando me den un codazo en el costado. Además, ni siquiera sé qué debería esperar de ellos. Quizás solo vengan para hacer una visita a las mariposas azules o a los tisanópteros de la fruta. La convicción de que podrían ayudarnos en todo solo con proponérselo, me parece terriblemente vana. A principios de siglo se pusieron de moda las mesitas giratorias con las que se podía invocar el espíritu de Copérnico con el propósito de enterarse de quién había robado tu anillo favorito, o el espíritu de Sabina, una niña de tres años que anunciaba con precisión dónde y cuándo estallaría la próxima guerra europea. Como se suponía que los espíritus debían saberlo todo, servían para cualquier cosa. Pero... ¿por qué tengo que escribir sobre si creo o no en los extraterrestres? Parece incluso una falta de tacto para con un libro que se sustenta en hechos científicos y que únicamente extrae conclusiones prudentes a partir de ellos. Quizás sea porque opino que creer en la existencia de los extraterrestres también tiene un lado serio: el miedo a la soledad cósmica. No trato de burlarme de ello, sino solo de plantear algunas preguntas. ¿Sería realmente tan terrible esa soledad? ¿Tan insoportable? ¿Tan «fatal y repugnante» como subraya el mismo autor en un mopenosa desesperación enterarnos de que no existe vida más allá de la Tierra? Ya sé, ya sé que ningún científico anunciará esa noticia ni hoy ni mañana, dado que no hay datos suficientes para ello ni manera alguna de descubrirlo en un futuro imaginable. Pero tratemos de reflexionar sobre esa sensacional noticia. ¿Realmente sería la peor noticia imaginable? ¿No podría, por el contrario, fortalecernos, reforzarnos, enseñarnos el respeto mutuo, hacernos pensar un poco en una forma de vida más humana? ¿Diríamos tantas estupideces y

mentiríamos a sabiendas de que resuenan en todo el Cosmos? ¿Podría esta simple y extraña vida adquirir finalmente su valor, el que merece, el valor de un fenómeno, de una revelación, el valor de algo sin parangón a escala universal? Todos los directores de escena saben que la pequeña figura de un actor sobre el fondo de cortinas negras de un escenario vacío y enorme deviene monumental a cada palabra o gesto... Y, después de todo, ¿acaso esa soledad que tanto tememos sería realmente como estar solo? ¿Junto a todas esas otras personas, animales y plantas? ¿Podemos llamar soledad a algo tan variado y complejo? Añadiré algo más aún: la idea de la soledad biológica de la Tierra en el Cosmos se les ha ocurrido también a algunos astrofísicos contemporáneos. No a muchos, a decir verdad, pero sí a unos cuantos. Y si se equivocan, ¡qué interesante!, ¿verdad?

El ser humano y otros habitantes del cosmos, Olgierd Wołczek, Wrocław: «Ossolineum», 1983.

EL MILAGRO DE LOS ENSAYOS

Ya no recuerdo las sensaciones que me produjo leer por primera vez a Montaigne. En cualquier caso, la admiración no se encontraba entre todas ellas. Acepté como un hecho natural el que una obra como esa existiese y continuase hablando con esa voz tan vívida. ¡Menudo disparate! Hoy, en cambio, la existencia de cualquier cosa buena me llena de admiración. Y dado que los *Ensayos* son precisamente eso, algo bueno (de hecho, es uno de los mayores logros que haya alcanzado el alma humana), todo cuanto contiene me maravilla, en particular, la excepcional amalgama de circunstancias favorables que posibilitaron su redacción. Por ejemplo, faltó poco para que el infante varón bautizado con el nombre de Michel muriese poco después de nacer. La mortalidad entre los recién nacidos era un suceso tan habitual por entonces que ni siquiera se preocupaban de determinar cuál, de entre las numerosas posibilidades, había sido la causante. Lo que Dios da, Dios lo quita, y las extraordinarias habilidades del pequeñín fallecido se habrían convertido en un misterio sin resolver. El muchacho sobrevivió; sin embargo, cada minuto, cada semana o año, una infinidad de enfermedades mortales (necesitaría varias páginas escritas a máquina solo para enumerarlas a todas) amenazaba con atacarle. ¿Y un desgraciado accidente? El pequeño Montaigne podría haberse caído de un árgua hirviendo, atragantarse con una espina o ahogarse mientras se bañaba en el río. Dicho sea de paso, estos accidentes también pueden sucederles a los adultos. Pero al adulto le aguardan, además, otro tipo de trampas como los duelos, las peleas de taberna accidentales o pasar la noche en un albergue en donde alguien, por un descuido, ha provocado un incendio. Sin embargo, la razón principal por la que nos podríamos haber quedado sin los *Ensayos* es que, por entonces, una guerra religiosa causaba estragos en Francia. No había lugar para una postura de neutralidad, así como tampoco había ningún escondrijo en donde esperar a que, de alguna manera, la tormenta pasase. El temporal parecía no remitir y recorría todo el país una y otra vez. Montaigne se decantó del lado de los católicos, e incluso llegó a tomar parte en algunas campañas contra los hugonotes. Sin embargo, no parece que el fanatismo religioso fuese la razón. Su mentalidad crítica no encajaba para nada en ninguno de los bandos que guerreaban. El peligro al que se exponía no era, con todo, menor. Todo lo contrario, se sentía al mismo tiempo amenazado por los dos bandos. Pero uno no moría únicamente como resultado de sus creencias en todo ese alboroto. Veamos. Tenemos el ocaso de un día otoñal y el sol que se pone. Dos jinetes, un viajero y su lacayo, vuelven a casa por un camino forestal. No se les ve bien, hay niebla y anochece rápidamente. De repente, varios disparos salen de los

matorrales, se oye un grito, el relinchar de los asustaagresores que huyen hacia las profundidades del bosque. El viajero abre los brazos a lomos del encabritado caballo y se precipita de cabeza, inerte, hacia el suelo. ¡Vaya, qué desgraciado malentendido!: era otra la persona que tenía que pasar por ese camino a esa hora. No el bondadoso Sr. Michel de Montaigne, a quien agita ahora el aterrado lacayo tratando inútilmente de devolverlo a la vida. La víctima tenía treinta y tantos, ya se acercaba a la cuarentena, y justo comenzaba a proyectar su obra magna. En la torre de un pequeño castillo le aguardaba sobre una mesa papel en blanco y un tintero con una afilada pluma de ganso. Incluso es posible que las primeras frases ya ennegreciesen alguna de aquellas hojas. ¿Cómo no vamos a maravillarnos de que, con todo, los *Ensayos* llegasen a nacer? ¿De que fuesen publicados en su forma original cuando el autor aún vivía? ¿De que, por encima de todo, aquella edición no fuese quemada junto con el impresor? No hay nada más sencillo, después de todo, que encontrar un millar de deslealtades en un escritor que piensa por cuenta propia. ¿Cómo no vamos a maravillarnos de que las numerosas correcciones que ya se han hecho a la obra publicada, y que forman parte de esa edición final que hoy conocemos como los *Ensayos*, no hayan sido olvidadas, extraviadas, robadas o, por el contrario, guardadas para ser incluidas en una edición posterior, tres años después de la muerte del autor? Por tanto, propongo leer los *Ensayos* con estupor. Si el destino hubiese conseguido desbaratar su obras se habrían convertido para nosotros en la cúspide intelectual máxima del siglo XVI. No tendríamos ni idea de que ese lugar de honor se debería a una simple victoria por incomparecencia del adversario. No hay lugar en el abigarrado tejido de la historia para los espacios en blanco. Es decir, que los hay, pero no hay manera de confirmar su existencia.

Ensayos, Michel de Montaigne, tres volúmenes, traducción de Tadeusz Boy-Zeleński, edición, prólogo y comentarios de Zbigniew Gierczyński. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1985.

¿QUÉ ES EL MISTERIO?

No hace falta ser un experto en cualquiera de las ramas de la ciencia para escribir un libro como este. No hace falta viajar por todo el mundo ni contactar con cualquiera de los testigos de esos sucesos asombrosos. Ni siquiera hace falta informarse de qué ha sido de la señorita Clarita de Manila, quien supuestamente fue apaleada y mordida por un individuo invisible a plena luz del día y en presencia de testigos oculares. Para escribir un libro como este solo hacen falta libros ya escritos que se le parezcan, leerlos y, si es posible, enriquecerlos con las noticias más recientes bien todo, clasificarlo un poco, y contarlos con tus propias palabras para evitar cualquier proceso judicial por plagio. Naturalmente, hay ciertas noticias bomba a las que uno debe renunciar con el paso de los años. Ya no se incluirá, por ejemplo, ese relato tan famoso en los sesenta de aquel tipo que fue secuestrado y retenido en la Luna, donde tuvo esas más que interesantes conversaciones con sus habitantes. Aunque, por otra parte, siempre hay alguna cosa que añadir. El Yeti ya tiene demasiados familiares en los bosques más inaccesibles del planeta, el monstruo del Lago Ness se deja ver en los más profundos lagos y estrechos, y hay tantas alienígenas que es necesario ir con cuidado, no vaya a ser que le demos un portazo a uno de ellos. Las palabras crueles dirigidas a la ciencia se han convertido en un *leitmotiv* constante en este tipo de libros. La ciencia exhibe su indignante desprecio e indolencia, y se muestra ciega y sorda cuando se le ofrecen pruebas, las cuales son siempre, en su opinión, falsas o insuficientes. Pero hay tipos aún peores que los científicos. Los fotógrafos que lograron tomar unas fotos de los vehículos espaciales saben de lo que hablo. Acto seguido, tres hombres de negro que hablaban con un acento extraño irrumpieron en su cuarto oscuro, les ordenaron que entregasen las fotografías y se marcharon después en una limusina negra sin matrícula. Es posible que el lector piense que no soy más que una terca racionalista, una que ni siquiera se molesta en pensar que algo extraño, misterioso y amoral puede ser. Pero es justo al revés: el concepto de «mundo ordinario» no existe para mí. Cuanto más sabemos de él, tanto más enigmático se torna, y la vida que en él existe se nos revela como una extraordinaria anomalía cósmica. Un árbol que crece y el murmullo de sus hojas: con eso tengo más que suficiente. No necesito a ningún Jurgenson ni a sus ciento treinta y nueve voces de difuntos grabadas, entre las que parece escucharse el barítono de Bismarck esperando para reincarnarse. Es posible que alguien necesite algo con más mordiente para que le cause estupor, como, por ejemplo, aquella rana de Liverpool que, al parecer, salió de un bloque de granito que se había quebrado y aún

consiguió vivir unas cuantas horas más. Para sorprenderme a mí, con una Rana sobre la Hierba es suficiente.

El libro de los misterios, Thomas de Jean, tres tomos traducidos por cuatro traductores. Wydawnictwo Pandora, 1993.

EL DESTINO DEL VÁNDALO

¿Qué han legado los vándalos a la memoria colectiva? Únicamente el concepto de vandalismo, es decir, destruir sin motivo alguno. El autor (un científico y excelente escritor) recuerda que la destrucción siempre ha estado presente en la historia de la humanidad, y que sus principales valedores. Su drama estriba en que sus principales enemigos ya conocían la escritura, mientras que el pueblo vándalo desdeñó hasta el último de sus días el arte de componer con letras. Las noticias que tenemos de los vándalos proceden de sus enemigos y, claro, no son benévolas con ellos. No se les puede exigir demasiada sutileza a sus enemigos: ni que comprendieran la mentalidad de esa molesta tribu ni que penetraran en las razones de sus actos. Algunas de las decisiones tomadas por los vándalos nos parecen hoy el claro ejemplo de la locura colectiva, dado que sencillamente no las comprendemos. He aquí un ejemplo. Se sabe que los vándalos habitaron las tierras sur occidentales de la actual Polonia y las orillas del Cisa durante los primeros siglos de nuestra era. Pero abandonaron súbitamente esos asentamientos habituales y bien conocidos, y, allá por el año 406, comenzaron a ser vistos a orillas del Rin. ¿Acaso fueron desplazados por otro pueblo más poderoso? No está claro, puesto que durante los años siguientes demostraron poseer la fuerza necesaria para aterrorizar a galos e hispanos. Y de nuevo repentinamente, pero ahora desde Hispania, un lugar en donde (más o menos) habían conseguido instalarse y nada ponía en peligro su posición, se lanzaron a la conquista del litoral norteafricano. En embarcaciones, a través del mar, un medio para ellos desconocido, en un clima extraño, en un país ignoto... Con mujeres, niños y cuatro cosas que habían conseguido gracias al pillaje... Y fundaron un pequeño país en África que guardaba Cien años después, Bizancio se puso de por medio y, tras una corta guerra, consiguió vencerles definitivamente. ¿Pero qué pasó con los vándalos? No es posible que todos cayesen en combate o muriesen en cautividad. Siempre queda algún superviviente y algún canto fúnebre que pasa de boca en boca a través de las generaciones... Sin embargo, los vándalos dejaron de existir de la noche a la mañana sin dejar ni rastro; se evaporaron de las páginas de la historia sin ni siquiera tener la posibilidad de justificarse. Ni siquiera se oyó a alguien que reivindicase a su bisabuela vándala o a una aya, aunque sea. Solo en el siglo XIII —¡atención!— empezaron los polacos a hacerse los esnobs con sus raíces vándalas. Quizás hubiera en esa vindicación una pequeña partícula de verosimilitud, dado que los vándalos estuvieron en nuestras tierras durante mucho tiempo. Pero mejor sería que mantuviéramos la calma. No hay razón para despertarse en mitad de la noche con

los pelos de punta y un grito de terror en los labios. Fueron los cronistas polacos quienes dieron a conocer nuestra genealogía vándala. Eso significa que teníamos cronistas. Y, por lo tanto, significa que comenzábamos ya a tener una literatura propia. Y ello implica, finalmente, que no nos encontramos ante uno de esos fatídicos casos de transmisión del carácter en los que, entre otras cosas, se ha heredado la perjudicial aversión a escribir.

Los vándalos y su país africano, Jerzy Strzelczyk, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1992.

¿QUÉ ES SOÑAR?

En una de las películas de Fellini hay una escena en la que unos trabajadores que están ensanchando la línea del metro hallan bajo tierra una cripta con un sepulcro etrusco cubierto de asombrosas pinturas. Desgraciadamente, tan pronto como comienzan a bajar otras personas y los fotógrafos desenfundan sus cámaras, las pinturas comienzan a palidecer, a desaparecer, a adquirir un tono grisáceo, hasta que finalmente, tras un breve instante, las paredes aparecen desnudas ante los ojos de los perplejos y mudos espectadores... Sucede algo parecido con nuestros sueños: se disipan al despertar y se pierden para siempre. A veces, aunque solo por unos instantes, nos queda un fuerte regusto del sueño. Aún con menor frecuencia sucede que conseguimos retener en la memoria alguna imagen suelta o alguna escena. Los psicoanalistas dirían entonces que no hay que preocuparse, que los sueños que olvidamos son claramente menos importantes que los que sí recordamos. Yo no estaría tan segura de ello, ya que puede depender en gran medida de las circunstancias que acompañan a cómo nos hemos despertado. Pero, bueno, digamos que los sueños que somos capaces de retener en nuestra memoria nos dicen más cosas que esos, tras los cuales, cambiamos de lado. Hay otro asunto relacionado con los expertos del psicoanálisis que me inquieta. Para ellos, los sueños son solo eso, y lo que realmente se de nuestros sueños; y esa es una gran diferencia. Para relatar nuestros sueños precisamos de una sintaxis que ordene y racionalice (es decir, que transforme) ese enigmático caos que los envuelve. La precisión de nuestro relato dependerá también de nuestro vocabulario léxico e incluso de la tradición literaria que hayamos asimilado como propia. Los grandes traductores saben de la dificultad que implica trasladar de una lengua a otra todos los matices del texto, así como transmitir adecuadamente el énfasis de la frase. ¿Por qué iba a ser más sencillo traducir el lenguaje de los sueños al de la realidad? Imaginemos que tres individuos diferentes, uno chino, otro árabe y otro papú, tuviesen exactamente el mismo sueño una noche. Sé que es imposible, pero imaginémoslo de todos modos. Al despertar, cada uno de sus relatos se convertiría con toda probabilidad en una versión de un mismo hecho. Diferentes sistemas lingüísticos, diferentes modos de narración, diferentes concepciones y asociaciones de ideas... Se ha escrito tanto sobre el psicoanálisis que resulta difícil imaginar que preguntas de esta índole no hayan surgido nunca. Sin embargo, me gustaría destacar que yo, en mi modesto bagaje sobre estos asuntos, nunca me he topado con ellas. Así como que en este librito de Jung, el cual es una compilación de tres de sus conferencias más representativas, el sueño soñado y el sueño dicho son lo mismo,

sin excepciones... Esto estorba un poco a mi admiración no-crítica.

Sobre la naturaleza de los sueños, Carl Gustav Jung, traducción

DEMASIADO TARDE, O SEA, ¿CUÁNDO?

✓

Capek publicó esta célebre novela catastrofista en el año 1936. Fue concebida como una advertencia ante la amenaza del creciente poder fascista de Hitler. Hoy, por lo tanto, debemos considerarla como un benemérito clásico, es decir, colocarla en el estante de las obras que supieron ver esa gran verdad de su tiempo, y dejar de leerlas. Y si se decide leerlas, que sea simplemente por sus virtudes estilísticas y sus ingeniosas ideas. Precisamente por eso, o sea, por diversión, leí *La invasión de las salamandras* hace aproximadamente veinte años. Ahora, mientras volvía a leerla, un gélido escalofrío recorría una y otra vez mi espalda. Porque, desgraciadamente, el libro no ha envejecido. ¿De qué trata? A orillas de una diminuta y lejana isla se ha encontrado una pequeña colonia de anfibios pertenecientes a una especie completamente desconocida. Casualmente, se ha descubierto también que estos, en apariencia, bondadosos monstruos son suficientemente inteligentes para, si se les enseña, realizar algunos trabajos subacuáticos; se aclimatan bien a todo tipo de latitudes y, si se les da alimento y se les suministran herramientas, pueden reportar al género humano incontables beneficios. Ese es el prólogo. Pero el epílogo nos relata que las salamandras se han multiplicado de un modo descontrolado y ya no caben en las pequeñas bahías en donde habían sido confinadas a vtipoco de todos los continentes, sumergiéndolos bajo el mar. El intervalo entre el prólogo, en el que nada augura todavía el peligro, y el epílogo, en el que ya es demasiado tarde para cualquier tipo de reacción, lo llena Capek de ruido informativo. La novela es un montaje paródico que aglutina todo tipo de informaciones. En ella encontramos noticias periodísticas, opiniones de expertos y estadísticas. Entrevistas, informes, conferencias y polémicas. Llamamientos, proclamas y manifiestos. Crece el número de mítines, congresos, conferencias de alto nivel y cumbres. Y todo debido al problema de las salamandras, en relación a las salamandras, en contra de las salamandras y en defensa de las salamandras. Cada vez resulta más evidente la imposibilidad de alcanzar un punto de vista común en este debate. Con el paso de tiempo van apareciendo esas precavidas personas que quieren prestar su servicio a las salamandras. Aumenta también el número de gente partidaria de mantener la calma, individuos que ya están más que hartos de oír hablar sobre esas malditas salamandras. Naturalmente, tampoco faltan individuos que prevén, advierten y exhortan antes de que pase nada. Y yo me pregunto, Dios mío, ¿qué hay que hacer para poder ver la diferencia entre un pesimista maníaco y un profeta que tiene

razón ya desde el principio? El mundo está repleto de fuerzas adormecidas, pero ¿cómo se puede saber de antemano a cuál despertar sin que cause daño y a cuál no liberar bajo ningún concepto? Entre ese instante en do y ridículo y ese otro en el que ya es demasiado tarde para todo debe haber un momento perfecto, oportuno, especialmente indicado para impedir la desgracia. Entre todo ese barullo, debe de pasar inadvertido. ¿Pero qué momento es ese? ¿Y cómo reconocerlo? Quizás sea esa la pregunta más dolorosa ante la que nos ha puesto nuestra propia historia. Querida Karel, Estimada Sombra del Otro Mundo: todavía no tenemos una respuesta.

La invasión de las salamandras, Karel Čapek, traducción del checo de Jadwiga Bułakowski. Wydawnictwo Siedmioróg, 1992.

¡SEÑORES DEL TRIBUNAL!

Silenciosa noche... Apacible noche... Noche que sumerges en el sueño al mundo entero... El naturalista que se topa con palabras como estas sonrío de compasión. ¡Ay, los poetas, los poetas! Se deslizan sobre la superficie del paisaje y les basta con un ambiente momentáneo, una impresión fugaz... sin embargo, la noche no es silenciosa ni apacible en ninguna parte, a excepción hecha, claro, de los países del hielo eterno, en donde no hay nada que cazar ni nadie que lo haga. La noche ni mucho menos sumerge en el sueño a tospecies de mamíferos que existen, aproximadamente el setenta por cien de ellas caza cuando cae la oscuridad. Por no hablar de los muchos reptiles, anfibios, insectos y aves que solo abandonan sus diarios escondrijos para lanzarse a la noche. El silencio nocturno se compone, así pues, de susurros, gruñidos, chapoteos, breves chasquidos, zumbidos, aleteos, repiqueteos y chillidos, sin contar todos esos ruidos que nuestro oído es incapaz de captar. Con este acompañamiento de fondo se cometen multitud de asesinatos, entre cuyas víctimas se encuentran los pajarillos y sus huevos, las ranas y sus renacuajos, las mariposas nocturnas y sus orugas, las lagartijas, los caracoles, los peces, los grillos, las moscas, las arañas, los crustáceos, así como todo tipo de pequeños mamíferos y las crías de los mamíferos más grandes. En las regiones más templadas, donde acechan *la boa constrictor*, los jaguares y los caimanes, ni siquiera los grandes animales están a salvo. Alguien me dirá que, al anochecer, también los animales herbívoros salen a buscar comida, circunstancia que mitiga un tanto la imagen de la noche vista como una sangrienta carnicería. Tengo en cuenta esa consideración; sin embargo, debo decir en primer lugar que no hay tantas especies que se contenten únicamente con plantas (la mayoría de ellas se zampa de vez en cuando alguna mariposilla o alguna larva). En segundo lugar está la cuestión de si alimentarse a base de plantas es realmente tan inofensivo. Quizás esto me enfrente con todas esas personas que son fieles a los las plantas también son organismos dotados de la voluntad de vivir. ¿Que en otras formas de vida sea más evidente implica acaso que carezcan de ella las plantas? Sea cual sea la definición que adoptemos, el hecho cierto es que acaban en el plato del vegetariano... Lo que digo es desagradable porque sea cual sea la aproximación que hagamos a la naturaleza de la Naturaleza, esta conducirá ineludiblemente a conclusiones desagradables. Y eso de que nosotros, los humanos, nos alimentemos a costa de otra vida, lo considero un escándalo. Y aún peor que participemos en él es que devenga incluso en un inmenso placer para el paladar. Pero basta ya de lamentaciones, es hora de contar un chiste, aunque sea viejo. «¡Señores del Tribunal! —dice el abogado

durante el discurso de la defensa —, mi honorable oponente se muestra pródigo a la hora de imputar a los acusados los más viles comportamientos humanos. Ayer acusó a un ciudadano de tener la inusitada osadía de robar a plena luz del día. Hoy acusa a otro ciudadano de tener la malevolencia necesaria para robar de noche. Y yo pregunto, Señores del Tribunal, ¿cuándo se supone que deben robar mis clientes?».

Animales nocturnos, Hanna y Antoni Gucwiński. De la serie Animales misteriosos. Wrocław: Wydawnictwo Dolnośląskie, 1993.

ARBUSTOS ROMANOS

Pocos son los que tienen en cuenta que los textos antiguos que conocemos no derivan de los originales, sino de copias. Y, por lo general, de copias muchas veces transcritas, realizadas en diferentes épocas y con otras intenciones. ¿En qué medida son creíbles esos textos? Incluso los escribas más escrupulosos podían dejarse algo alguna vez, o tergiversarlo. Aparte de eso, el que les pagaba podía también exigirle algunas modificaciones, sobre todo si la obra se refería a un pasado que ya nadie recordaba. Por ejemplo, en la Roma del siglo IV a.C. había algunas familias muy ambiciosas interesadas en ser descendientes del mítico Eneas o, en caso extremo, del posterior, aunque no por eso menos legendario, Rómulo. Por eso, los escribas de los libros antiguos introducían siempre que podían todos esos supuestos antepasados, atribuyéndoles, como es de suponer, hechos heroicos (la mayor parte de las veces tomados de otras mitologías), y los cubrían de títulos que ni siquiera existían en aquellos remotos tiempos. Pero, ¿para qué hablar de los escribas? Esas familias eran tan ricas que compraban el trabajo aún inédito de los historiadores para su única y personal gloria. Pero también, si se presentaba la oportunidad, para dar el golpe de gracia a las familias rivales, para las cuales fabricaban antepasados cobardes y traidores. A los intereses familiares se unió poco después el brillante camino que arrancaba en los sombríos matorrales de los mitos y las leyendas y guiaba a los romanos de victoria en victoria. Era, en realidad, un camino arduo y un tanto intrincado, invisible incluso en algunos de sus tramos... Estaba, por ejemplo, el detestable inconveniente de los reyes romanos que, por desgracia, tenían nombres etruscos. Estaba también el problema de esos enemigos a quienes los valerosos romanos habían asestado una derrota «aplastante» en todas las batallas y que luego, muy poco tiempo después, debían volver a hacer frente en otro combate para de nuevo hacerles morder el polvo. Sin embargo, pese a todo, parece ser que el difunto siempre conseguía rearmarse y encontrar aliados poderosos. También surgían dudas de carácter moral. Tal y como reza el mito, la ciudad de Roma (un nombre ciertamente etrusco) fue fundada por dos hermanos: Rómulo y Remo (no hace falta ni decirlo: son nombres etruscos). Desgraciadamente, Rómulo asesinó a su hermano, lo que no encaja en el modelo de virtudes romano. Por eso, comenzaron a circular versiones que atenuaban el fratricidio. Remo era un canalla que ya había merecido la muerte en un centenar de ocasiones; Remo era un canalla, pero fue asesinado por otra persona; Remo era un canalla, pero fue asesinado por accidente; Remo no fue en ningún caso asesinado, sino que simplemente prefería el campo a la ciudad y vivió hasta una edad avanzada en una pequeña casa junto al

bosque... La palabra propaganda apenas aparece en el libro es que podría haberlo hecho en cada página. El florecimiento absoluto de este arte (a pesar de todo) corresponde al período de Augusto, gracias al excepcional talento de algunos de sus escritores. Los romanos utilizaron su propio pasado como si de una herramienta se tratase. ¿Pero acaso fueron los únicos? Otras mitologías antiguas también muestran indicios de haber sido artísticamente manipuladas. Si se sabe menos sobre ellas es solo porque aún no han topado con su correspondiente Grant. Recomiendo este libro a todas esas personas a las que les gusta, de cuando en cuando, entregarse a esos pensamientos.

Mitos romanos, Michael Grant, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 2.^a edición, 1993.

LÁGRIMAS NEGRAS

En principio, el libro está destinado a todos los públicos, pero en realidad es solo para mujeres. En mi vida he visto a un hombre estudiando un manual de buenas maneras. Los hombres suelen confiar en sus mujeres y su paciente persuasión en cuanto a estos asuntos se refiere. El libro incluye consejos sensatos y muy prácticos, claro, siempre que vivamos desahogadamente y podamos, de vez en cuando, permitirnos tipo de guías siempre me ha faltado un último capítulo, uno dedicado a decir algo sobre la vida, esa que, de alguna manera, siempre se las arregla para sorprendernos. Ese capítulo podría llevar por título algo como *Sin exageración* y vendría a decir que, en el camino hacia la perfección, lo más sensato sería detenerse un par de pasos antes de llegar la meta, porque puede resultar que más allá de ella solo haya precipicio. Valga de ejemplo la historieta que leí una vez en una revista francesa para mujeres. El artículo se dirigía a los maridos infieles con la siguiente pregunta: «¿Bajo qué circunstancias le fui infiel a mi mujer por primera vez?...». Una de las respuestas me dio mucho que pensar. La relataré con mis propias palabras, puesto que ya no dispongo del original. «Soy —confesaba dicho individuo— el propietario de una tienda de antigüedades bastante próspera. Mi esposa se distingue por su gran belleza, la cual cuida y hábilmente realza. Viste con gusto y siempre según las circunstancias. Cría a los niños de un modo saludable y les inculca buenos valores. Gracias a ella, en casa todo funciona estupendamente. Cada cosa tiene su sitio, y ese sitio siempre resplandece como resultado de su pulcritud. En casa, la comida es deliciosa y equilibrada en calorías, su presentación es atractiva y siempre está lista a la hora. Además, mi esposa es una persona sensata y llena de tacto, cualidad que le permite reaccionar debidamente en cada situación. Mis amigos opinan que me casé con la persona ideal. Yo mismo también lo creía hasta el especialmente guapa ni atractiva, y vestía cuatro trapitos baratos y mal combinados. Le faltaba uno de los botones de la chaqueta y llevaba puestos unos zapatos un poco sucios. Tímidamente preguntó el precio de un dije que había en el escaparate. No era caro, aunque sí lo era para ella. Pero justo cuando se disponía a dirigirse hacia la puerta, de repente, hizo un gesto imprudente y tropezó con un estante sobre el que descansaba un caro jarrón chino. Este cayó y se hizo pedazos. La mujer me miró con espanto, luego miró los fragmentos y, de golpe, se sentó en el suelo y rompió a llorar como una niña. Me quedé mudo, y mil pensamientos diferentes comenzaron a revolotear dentro de mi cabeza. Que, por ejemplo, mi mujer nunca había roto nada. Que nunca la había visto llorar. Que, si tuviese que llorar, seguro que nunca lo haría sentada en el suelo. Y que sus lágrimas serían

cristalinamente puras, dado que utilizaba el famoso rímel de la marca X... Sobrepasado por la emoción, me arrodillé delante de ella y la abracé y, con mi pañuelo inmaculadamente blanco, comencé a borrar de sus mejillas aquel manantial de lágrimas negras... Y así fue como todo comenzó», dijo finalmente suspirando aquel anticuario traicionero.

El arte de la vida o la enciclopedia de las buenas costumbres, Lady Perfect, Wydawnictwo Elew, 1993.

LA GRAFOLOGÍA AL ATAQUE

No sé en Polonia pero, en los países occidentales, los grafólogos están hasta arriba de trabajo. Cada vez más instituciones, empresas y particulares acuden a sus servicios. El autor de este libro es el presidente de la asociación de grafólogos alemanes y los representa en los congresos internacionales. Los grafólogos aconsejan y disuaden, exponen, interpretan y participan. Todo muy bonito. No tengo nada en contra de los grafólogos. Pero si hay algo que no me gusta es justamente la gente que busca su consejo. Comparemos, por ejemplo, la clientela de los psicoanalistas y la de los grafólogos. A los primeros acuden personas que anhelan acceder a lo más recóndito de su psiquismo. A los segundos, mayormente, todos esos que desean radiografiar al milímetro a otro individuo, por lo general, sin su conocimiento ni aprobación. En la sala de espera del grafólogo puedes encontrar a mujeres con las cartas de sus novios metidas en el bolso. El investigador de cartas decidirá cuál de ellos será un buen marido. También puedes encontrar a hombres, pero sus intereses rara vez tienen que ver con el carácter de sus futuras esposas. Por lo general, a ellos les interesa más la psique de un futuro compañero de negocios. En principio no hay nada malo en que un individuo desee conocer a otro de la mejor manera posible. Sin embargo, hasta ahora se empleaban métodos caseros para tiempo con alguien, hablar con él más a menudo, jugar con él a las cartas (siempre con dinero, claro está), hacer un viaje en barco juntos o hacer alpinismo. Pero hoy todo son prisas. ¿Quién tendría hoy tiempo para todo ese rollo de los barcos de vela o para pasar la noche metido en un saco de dormir al pie de una montaña? Además, muy pocos pueden ser considerados como observadores inteligentes, ya que para ello hace falta concentración. La conversación no siempre entra en escena, ya que es un arte que únicamente se practica en determinados ambientes. De aquí la moda por la grafología. Y es una moda que continuará mientras la gente no pierda la capacidad de escribir manualmente... En Occidente, numerosas empresas utilizan también la sabiduría de los grafólogos a la hora de estudiar candidaturas a cargos más importantes. Exigen a los candidatos un *curriculum vitae* escrito a mano, y este se entrega a los expertos en grafología. Y ni siquiera los mejores diplomas, certificados o referencias sirven para algo si el grafólogo dictamina: «dificultades para relacionarse con otras personas»... «carencia de capacidad organizativa»... «irresponsable»... Solamente pregunto: ¿también ha sido evaluado previamente ese experto según el método grafológico por alguien? Porque quizás su caligrafía nos indicaría «se deja llevar por la primera impresión»... «actitud desfavorable hacia los otros»... «carácter apodíctico»... Soy

escéptica y no puede remediarlo. Pero para extraer algún provecho personal de los consejos incluidos en este libro hice un dos obtenidos se resumen en una frase. Pues bien, señores y señoras, los resultados no son buenos conmigo, aunque podrían haber sido peores. Pero dicho sea de paso, era consciente de ello desde hace mucho tiempo.

El arte de escribir, o tú y tu carácter, Alfons Luke, traducción del alemán de Krzysztof U'scinski, Wydawnictwo Luna, 1993.

VIAJANDO CON GENTE HERMOSA

«Su primer encuentro había tenido lugar apenas un par de horas antes, habían intercambiado unas palabras, bailado un par de veces y se fueron a la cama juntos...» Cuando escuchamos testimonios como estos no lo dudamos ni un segundo, y pensamos que aluden al desenfreno actual, tan diferente al de los tiempos pretéritos, cuando las costumbres eran forzosamente más estrictas. De acuerdo, eran más estrictas, pero también mucho más escandalosas. Durante siglos enteros, en diferentes países y religiones, las relaciones carnales entre dos personas completamente desconocidas entre sí eran una norma aceptada y bendecida tanto por el poder laico como por el eclesiástico. De hecho, hasta hace bien poco en Europa, los matrimora. Los desposados casi nunca se conocían personalmente. El galanteo preliminar se solucionaba entonces por vía diplomática, mientras que los candidatos solo se mandaban retratos y cartas. Los retratos siempre eran generosos con sus modelos y las cartas las escribían los secretarios. Cuando finalmente se encontraban el día de la boda, a menudo los prometidos se llevaban una buena sorpresa. Sin embargo, las negociaciones y los preparativos estaban ya tan avanzados que no era posible echarse atrás. Debía tener lugar una boda solemne, un banquete nupcial y, aunque fuera a empujones, los novios debían dormir aquella noche en la misma cama. Hoy en día, cuando dos personas deciden acortar de un modo irreflexivo y precipitado la distancia física que los separa, les parece, al menos en ese instante, que se gustan y que una poderosa fuerza los atrae. Antiguamente no pasaba nada de eso. La pareja, unida desde las alturas, solo estaba obligada a cumplir con su obligación marital. Por ese motivo, el miedo paralizador, la desgana, la extrañeza y, a menudo, la aversión física se apoderaban de la noche de bodas. Y no solo en el caso de las mujeres. Los hombres también se topaban con sus propios demonios en el lecho conyugal. Y no todos ellos, sobre todo en la corte real, se sentían atraídos por las mujeres. También los había incapaces de ser hombres por obligación. En esas condiciones, la noche de bodas acababa tomando la forma de una salvaje violación, tras la cual solo quedaba el rencor y la repugnancia pedofilia fue consentida, siempre y cuando hubiese matrimonio de por medio, hasta la Baja Edad Media. Niñas de doce años eran entregadas como esposas a sátiros acuciados por la calvicie. Pero ya basta de horrores... He dejado el libro a un lado, dado que estoy leyéndolo en el tren, y me he puesto a examinar el compartimiento. Delante de mí hay dos muchachas de quince años sentadas. No son feas, pero tampoco especialmente guapas. Pero si por arte de magia fueran transportadas a una corte de las de antes, las cubriesen de joyas y las envolviesen en

satén, pasarían por auténticas bellezas. Porque en aquellos tiempos la carencia de defectos determinaba la belleza. Mis niñas no han contraído la viruela ni el raquitismo, por eso no tienen las caritas picadas ni los huesos arqueados. Si alguna de ellas ha tenido de niña estrabismo o los dientes torcidos, estos problemas han sido corregidos a tiempo. Si en el pasado te rompías una pierna, a partir de ese instante ya nunca dejabas de cojear... Mis niñas ni siquiera saben cuán afortunadas son. Antes o después terminarán casándose con este o aquel. Su elección será acertada o fatal, meditada o precipitada, fruto del amor o del interés. Sin embargo, en todos los casos, la elección será solamente suya.

En el lecho de los reyes, Juliette Benzoni, traducción del francés de Janina Pałucki. Varsovia: «Iskry», 1994.

LAS MOMIAS Y NOSOTROS

Siempre me ha resultado muy agradable visitar los museos arqueológicos. He visto todos los tipos posibles de mandíbulas, cráneos y tibias ordenadas cronológicamente. He visto momias egipcias dentro de hermosísimos sarcófagos, pero también desprovistas de sarcófagos y vendas; momias americanas y momias de las catacumbas; y restos humanos preservados por la arena y la turba. Espero que usted, mi querido lector, no piense al leer esto que tengo inclinaciones necrófilas. Contemplo estos dramáticos restos porque no encuentro ningún motivo para evitar mirarlos. Y aún hay otra razón para ello: siempre me ha fascinado el azar y sus impredecibles actos. Miles y miles de generaciones —auténticos himalayas de huesos— han desaparecido sin dejar el menor rastro, y he aquí que, de repente, en algún momento, en algún lugar, un ser dio un paso sobre el cenagoso légamo, el cual, al petrificarse, conservó la huella de ese pie; y debido a que se conservó, hoy se celebran congresos. O prestemos atención a la siguiente escena: después de sentarse bajo un pequeño arbusto, el noble *homo erectus* disfruta de la vida mordisqueando una nuez. Es como cualquier otro de su horda, sin embargo, solo a él le ocurrirá algo excepcional. Esa mandíbula que tan asiduamente utiliza irá a parar a una pequeña vitrina novecientos mil años después. O ese neardental, modelado del resto de los suyos, que está de pie en la entrada de su cueva, ensimismado, con la mirada perdida en la distancia, mientras se rasca esa cabeza llena de piojos. No tiene la menor idea (¡vamos, ni por asomo!) de que se está rascando un futuro objeto museístico. Podría llegar a pensarse que, al menos en el antiguo Egipto, el azar no tendría nada que salvar, tratándose de una civilización preocupada como ninguna, antes y después, por preservar a sus difuntos de la destrucción. Pero no es así. Las tumbas fueron saqueadas una y otra vez, y las momias, despojadas de todo cuanto poseían; y, o bien fueron utilizadas como combustible, o bien reducidas a polvo, supuestamente para fines curativos. Así que de nuevo estamos obligados a reconocer que todo cuanto, a pesar de todo, se ha conservado se lo debemos a la generosidad del azar... No es un álbum para personas especialmente susceptibles. No soy una mimosa, así que observo con atención, sin repugnancia ni pánico todos esos cráneos que silenciosamente claman, esas ennegrecidas manos de largos dedos o esos fardos que envuelven a esqueletos de niños. Todo ello es hermoso de una manera provocadora y patética... Y, sin embargo, también debo reconocer que hay algunas escenas que sobrepasan mi aguante. Hace algún tiempo visité un salón de figuras de cera. Esa macabra imitación de la vida, ese rubor de mejillas y esas vagas sonrisas, esos bigotes y pestañas, ese paseo siendo observada por unos ojos de

vidrio, toda esa inercia de muñecas pre nada bien y no me quedó otra alternativa que salir rápidamente a tomar el aire fresco.

Momias, James Putnam, fotografías de Peter Hayman, traducción del inglés de Bozena Mierzejewski. Varsovia: «Arka—`da», 1995.

MIGAJAS

El atentado a personalidades de la esfera política es una tónica constante en la historia. El autor solamente ha escogido y descrito algunos; si hubiese querido contar todos los que se mencionan en las fuentes históricas, se habría necesitado construir como mínimo una pequeña biblioteca para cien tomos. Siempre ha habido y habrá gente que crea que el éxito de un meticuloso atentado acarreará las consecuencias deseadas por sus ejecutores. Sin embargo, casi nunca (salvo en contadas y discutibles excepciones) sucede eso. La muerte de la persona escogida, o bien no cambia nada, o bien acarrea consecuencias no previstas por sus autores. Pero todo este asunto es un cenagal en el que, de momento, no tengo intención de meterme. Mientras leía el libro, pensaba en otra cuestión: las víctimas acompañantes. Víctimas que perdieron la vida simplemente porque se encontraban cerca de un tiroteo o en el radio de acción de una bomba que dos por lo que entienden son los motivos más nobles; sin embargo, toda esta magnanimidad se va al diablo, porque saben, deben saber de antemano, que en un coche atacado habrá al menos un chófer; en un avión, tripulación; y en una casa, personas que vivan en esa casa. En el atentado callejero perpetrado contra Alfonso XIII murieron treinta personas. El atentado y el rey engrosaron la historia, pero los que por allí pasaban y fueron masacrados solo aparecieron una vez en las necrológicas. Los heridos, que a buen seguro eran muchos más, tuvieron que luchar durante años con sus mutiladas y acuchilladas vidas en un silencio indiferente... Podría llegar a pensarse que, al menos en el pasado, cuando aún no se conocían las armas de fuego ni los explosivos, los atentados tenían un cariz menos sangriento. Pero no es así. Por lo general, no solo el soberano se convertía en una víctima, sino también —y por si acaso— toda su familia. Los historiadores de aquellos tiempos así lo atestiguaban, aunque para ellos no era un suceso demasiado trascendente. Por lo general ni se mencionaba a los guardaespaldas ni a los siervos con los que los autores del atentado se habían topado por el camino. «Donde pan se come, migajas caen», dice ese terrible y realista proverbio. Nunca han faltado migajas humanas... En la actualidad, y ante nuestros ojos, va adquiriendo cuerpo, lenta pero inexorablemente, una nueva forma de asesinato: el atentado terrorista, dirigido expresamente contra individuos accidentales. Cada vez es más difícil atacar a un político, ya que siempre van acompañados de escolta toda esa gente que se apiña en las estaciones de tren, en el metro, en los grandes almacenes, en los bares, salas de espera y grandes edificios? Son presa fácil e indefensa, y no ponen en peligro la vida del cazador. Solo tienen que depositar allá donde quieran su mortífero arsenal y, después, escuchar las

noticias desde algún lugar apartado. Cuanto más sangrienta resulte la matanza, tanto más contentos y orgullosos se sentirán. La enciclopedia de Carl Sifakis no se ocupa de este nuevo tipo de atentado. En ella solo encontramos reyes, emperadores, primeros ministros, ministros, presidentes y caudillos. No se han tenido en cuenta las biografías de todas esas personas que los acompañaban porque, a decir verdad, sería muy difícil recrearlas. Pero nada impide que se erija otra enciclopedia dedicada a las víctimas de los atentados terroristas actuales. Algunas de ellas, gravemente mutiladas, ciegas, privadas de manos, piernas o sensibilidad, todavía viven. Valdría la pena mostrar cómo es su vida. Su desgracia no se debió a que desempeñaran un cargo allí, sino a algo en apariencia tan insignificante como que entraron en ese sitio, salieron de él, se detuvieron allí un momento o, simplemente, ya era de noche y marchaban hacia sus casas. Pienso que le hace mucha falta a este mundo una enciclopedia como esa. Si verdaderamente fuera escrita desde un punto de vista imparcial se convertiría en un serio competidor por el premio Nobel de la Paz.

La enciclopedia de los atentados, Carl Sifakis, diferentes tra

MONSTRUO

El ilustre Jorge Luis Borges publicó en cierta ocasión una enciclopedia sobre seres fantásticos. Siento decirlo, pero no la he leído. Solo sé que estaba dedicada a entidades clásicas que han resistido el paso del tiempo y se han labrado una reputación a nivel internacional: sirenas, medusas, leviatanes, etc. El libro de Jan Gondowicz viene a completar ese bestiario con creaciones de carácter más local, muchas veces olvidadas, extraídas de leyendas, relatos de viajes y lexicones medievales; pero también con conceptos relativamente recientes, de procedencia puramente literaria. El resultado es una obra realizada con maestría; además, el intento por parte de Adam Pisarek de sistematizar toda esta jauría por medio de tipos, clases, categorías y géneros es igualmente atractivo. Creo que ambos disfrutaron de un modo extraordinario con el trabajo. Pero también creo, no sin cierto pesar, que todos estos monstruos, tan dotados de poderes mágicos en otro tiempo, hoy solo causarían temor a los niños más pequeños. Recuerdo cómo, antaño, solía besar a las ranas que capturaba en el jardín con mi ineficaz heroísmo, y que cuando entraba en una habitación oscura pensaba convencida que algo pesado e inmundado se abalanzaría sobre mí emitiendo un chillido abominable. ¡Qué tiempos aquellos!, me gustaría decir... ¿Pero acaso significa eso que ya no quedan monstruos en el mundo de los que, en sus numerosas ediciones, ha despertado, despierta y siempre despertará un pánico atroz. No lo encontraremos en este libro porque, desgraciadamente, no es fruto de la fantasía. Al contrario, es muy real y su existencia de carne y hueso se aleja de cualquier dragón, hombre lobo o fantasma creado. Aquel que haya tenido la suerte de no cruzarse nunca con él cara a cara puede escucharlo y verlo cada vez que encienda su televisor. Ese ser se aparece algunas veces como la cabeza parlante de alguien y, otras, como una triunfal figura de cuerpo entero cuando dan las noticias sobre las guerras que hay en la actualidad. Trataré de describirlo tal como hace Gondowicz con sus bonachones monstruos. Solo que será muy complicado hallar algún rasgo bondadoso en la imagen anteriormente descrita. Al contrario, encontraremos más bien síntomas de que el objeto descrito es, a pesar de todo, digno de nuestra compasión... «Hombre corroído por el odio. Conocido desde tiempos inmemoriales. Nunca cambia; solo cambian los métodos que utiliza para conseguir sus objetivos. Medianamente amenazador cuando actúa solo, circunstancia que nunca dura demasiado, dado que es contagioso. Escupe. Siembra el caos creyendo que re-establece el orden. Le encanta expresarse en primera persona del plural, y aunque carece en un principio de cualquier motivo para hacerlo, estos van progresivamente apareciendo como

resultado de la constante repetición. Se aparta siempre de la verdad en aras de un orden superior. Privado de cualquier sentido del humor! No le interesa conocer mejor el mundo ni a aquellos a quienes considera sus enemigos, y está en lo cierto al pensar que eso puede debilitarlo. Por norma general, ve sus brutales acciones como una consecuencia de la provocación de otros. No alberga dudas sobre sí mismo, y no desea las del resto. Es un experto, ya sea solo o en masa, en nacionalismo, anti-semitismo, fundamentalismo, lucha de clases, conflictos generacionales o todo tipo de fobias personales, a las que debe dar expresión pública. Dentro de su cráneo se encuentra un cerebro, lo cual no le molesta demasiado...».

Zoología fantástica completa, Jack Gondowicz, organizado por Adam Pisarek, Wydawnictwo Małe, 1995.

ELLA

Durante mucho tiempo he querido dedicarle un poema a la gran (tanto en sentido literal como figurado) Ella. Por algún motivo no fructificó. Además, el libro de Stuart Nicholson me ha enseñado que todo cuanto quería decir ya ha sido anotado, expresado y subrayado muchas veces. Pero había algo más oculto en mi subconsciente, algo que no me dejaba hacerlo, y ahora ya sé de qué se trataba. La voz de Ella me es familiar solo gracias a sus grabaciones; nunca la he visto actuar en que, quien no haya escuchado nunca ni visto a Ella en directo, no tiene ni idea de cómo improvisaba el swing, de la incomparable precisión de su voz ni de la increíble desenvoltura que caracterizaba su relación con la música. Aquel que gozara de esa suerte, a buen seguro que debió sentirse como Odiseo atado al mástil. Hay, sin embargo, una diferencia: las sirenas que sedujeron al Sr. O. eran malvadas y tenían malas intenciones; en cambio, en la voz de Ella no se oculta ningún ardid. En ella se percibía siempre una cierta inocencia femenina y —posiblemente esta sea la definición más apropiada— un afecto por las personas. Y aunque debo reconocer que las grabaciones no pueden transmitirlo todo, sí fueron capaces de alimentar los mejores sentimientos que había en mí por Ella. Su voz me reconcilia con la vida y, simplemente, me consuela. Sería incapaz de decir esto mismo de cualquier otra cantante. Para mí es la más grande y dudo que pueda cambiar de opinión... Hace cinco años, Ella Fitzgerald dejó el mundo de la música tras medio siglo de actuaciones. Durante todo ese tiempo, se le fueron concediendo paulatinamente todos los premios y honores posibles. Trabajó con los mejores músicos de jazz y las reediciones de sus discos se cuentan por decenas de millones. Pero en los años sesenta los gustos del público comenzaron a cambiar. Empezaron a percibirse algunas limitaciones en la forma de cantar de Ella. No en lo que atañía a su voz, puesto que esta superaba con facilidad cualquier dificultad, sino en lo que concernía a su expresividad. Por tregaba su alma, su corazón y el resto de sus órganos vitales cuando cantaba; mientras que Ella nunca dramatizaba en exceso las canciones, siempre mantenía una cierta distancia con el texto sin exprimir su esencia dramática. Gracias a Dios. Creo que esa es justamente una de las hojitas que engalanan su corona de laureles. El problema de la expresividad es que si te entregas a ella con excesivo entusiasmo es muy difícil parar. Hoy estamos viviendo la fase final (al menos, eso espero) de esa forma expresiva de cantar. Ya no escuchamos cantar, sino un griterío de voces afinadas para las cuales cualquier sutileza musical pierde su razón de ser y cede su lugar a los decibelios rítmicos. Las letras de las canciones puede que sean nobles incluso: que todas las personas

seamos como hermanos, o que amemos la naturaleza... Sin embargo, la forma en la que se transmiten estos contenidos es terrorista. Como ya dijo Woody Allen en una de sus películas: «Salgamos de aquí, porque en cuanto terminen comenzarán a tomar rehenes».

Ella Fitzgerald, Stuart Nicholson, traducción del inglés de Andrzej Schmidt. Varsovia: Amber, 1995.

LA VACA COMO EJEMPLO

El negocio de la psicología a domicilio consiste en

que utilizamos prácticamente todos cuando tratamos con nuestros amigos. Por lo general, con la mejor de las intenciones y de un modo del todo desinteresado. Sin embargo, no a todo el mundo se le pasa por la cabeza que todos esos consejos pueden ser compilados y publicados. Pero al Sr. Dale Carnegie sí se le ocurrió y, por eso, tenemos entre las manos esta guía sobre cómo luchar contra esas preocupaciones que, no hace falta ni decirlo, nos arrebatan la salud, turban nuestros sueños y emponzoñan nuestro ánimo. Los consejos son bastante benévolos. A algunas personas, en circunstancias muy determinadas, hasta cierto punto y durante algún tiempo, pueden incluso llegar a serles útiles. Pero en el vocabulario del autor no encontraremos expresiones como «puede», «parcialmente», «algunas veces» o «si». Su optimismo no desfallece en ningún momento y, en ocasiones, adopta un aspecto orgiástico. Creencias tan férreas como esas refuerzan de inmediato mi escepticismo y me llevan a pensar que la ausencia de toda inquietud es aún peor que la angustia. Pone de manifiesto una carencia de imaginación, sensibilidad y una cierta vulgaridad espiritual. La causa directa que empujó al autor a escribir este libro fue una visita a la biblioteca pública que hace esquina entre la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y Dos. Allí descubrió que bajo el lema «Aflicciones» solo había veintidós libros, mientras que podían encontrarse hasta ochenta y nueve volúmenes en la sección dedicada a las lombrices. Por desgracia, buscó en la estantería de literatura habría podido comprobar que se han escrito cientos de miles de libros sobre este tema. Casi en su totalidad, la literatura es una descripción de las penas más diversas, comenzando desde *Gilgamesh*, *Antígona* y *El Libro de Job*. No continuaré enumerándolas pues no acabaría nunca de hacerlo; sugiero simplemente echar un vistazo a *Hamlet* bajo ese prisma. A parte del terriblemente apenado personaje al que alude el título, todos los otros, sin exceptuar al Fantasma, también sufren (aunque cada uno de ellos por un motivo bien diferente). El único que da la impresión de ser un individuo indolente es Fortinbrás, pero tengamos en cuenta que aparece solamente al final, sin tiempo para que lo conozcamos. Por lo demás, podemos estar bien seguros de que los problemas comenzarán a zumbear a su alrededor como moscas tan pronto como se instale en el trono. Obviamente, la literatura también nos brinda personajes que no sienten ningún tipo de pena. Sin embargo, por norma general suelen ser tontorrones insensatos o sabihondos sabelotodo enfrascados en el crujir de los papeles. Lo cierto

es que debería dejar en paz a esta guía y desearle al menos que tenga algo de éxito con sus lectores, esos a los que les resulta más sencillo mantener el semblante serio. Yo tuve problemas. Sobre todo, mientras leía «los ejemplos cotidianos» con los que el autor adorna sus reflexiones. Por ejemplo, cierto individuo estaba tan afligido por la enfermedad de su esposa que seis de sus dientes se echaron a perder. Debería haberse está. A otro individuo no le fue nada bien en la bolsa mientras estuvo deprimido. Cuando dejó de estarlo, se hizo inmediatamente multimillonario. Después de eso, Carnegie sugiere que la vaca es un buen ejemplo a seguir por las esposas que han sido engañadas, dado que «la vaca no enferma solo porque el toro se interese por otra vaca...». En general, los ejemplos que cita el autor me recuerdan mucho a los informes presentados en la Sociedad de la Moderación de *El Club Pickwick*. Compruébelo usted mismo: Tomo II, capítulo 4. Y si se da la casualidad de que usted no tiene el libro en casa, no quiero ni oírlo.

Cómo dejar de preocuparse y empezar a vivir, Dale Carnegie, traducción del inglés de Paweł Cichawy. Varsovia: Wydawnictwo Studio «Emka», 1995.

GANGA

Hay diarios y diarios. Están, por ejemplo, los diarios como los de Gombrowicz, pensados desde el inicio para ser publicados y no poner en ningún apuro póstumo a sus autores. Contienen únicamente aquello que el autor proyectó, expresado tal y como quiso. Peor suerte corren los diarios de uso personal: fueron escritos sin la cosmética literaria y la autocensura, serreaccionar de alguna manera ante todo tipo de tensiones, y fueron mantenidos en secreto incluso para con los más allegados. Thomas Mann mantuvo precisamente un diario de este tipo durante toda su vida. Precavidamente consiguió destruir una parte de él y conservó la otra para quemarla más tarde, pero, o bien se olvidó de hacerlo, o simplemente renunció a ello. Nosotros, los lectores, tenemos ahora al alcance de la mano sus confesiones, a lo que obviamente se une el inmenso, aunque equívoco, placer de fisgar y escarbar en los secretos ajenos. Recuerdo la algarabía originada en Alemania con motivo de la aparición de este diario. Todo el mundo se peleaba en aquel entonces por encontrar en la vida del escritor sus errores, sus problemas emocionales, sus juicios precipitados, titubeos, desasosiegos, indicios de un egoísmo despótico o el más mínimo defecto o falta. No es fácil hacerse un examen de conciencia a uno mismo; sin embargo, hacérselo a cualquier otra persona nos resulta fácil y refuerza nuestro convencimiento de que somos mejores. Es por eso que la gente se aprovecha sin restricciones de la ganga que aquí presentamos. Habrá incluso quien arremeta contra este gran escritor con una acusación ciertamente ingenua: que Thomas Mann estaba bastante más preocupado por su propia creación que por la de otros escritores... En la edición polaca de los *Diarios*, el excelente traductor y autor al mismo tiempo del prólogo tampoco se resiste a la tentación de enumerar escrupulosamente de qué era culmano, marido, padre, amigo, compañero, ciudadano y representante del género humano. Dado que el prólogo no es largo, todos los defectos acaban subordinados por fuerza a la condensación. Ni siquiera se muestran de una forma tan compacta en el texto mismo de los *Diarios*. Pero, además, este evidencia que no todos los ásperos juicios sobre los demás eran dictados únicamente por el amor propio; no todos los miedos ni las inseguridades eran fruto de una imaginación quimérica; no todas las enfermedades eran hipocondrías; no todos sus dramas vividos se debían únicamente a motivos subjetivos; y que al escritor no le faltaba buena voluntad para cumplir con las obligaciones que se le encomendaban, aunque no siempre lo conseguía ni podía. Hay que reconocer, en resumidas cuentas, que Thomas Mann no era precisamente un santo. Solo queda una cuestión por resolver: ¿existe acaso algo así como una literatura creada por

santos? Yo nunca he tenido la suerte de toparme con ella. Todas esas cosas que poseen algunos libros y que me cautivan, divierten, conmueven, incitan a pensar o me ayudan de alguna manera a vivir, fueron creadas por seres mortales muy imperfectos.

Diarios, Thomas Mann, traducción del alemán de Irena y Egon Nagowski, t. I-III. Poznań: Dom Wydawniczy Re-bis, 1995.

WILLEM KOLFF

¿Willem Kolff? ¿Quién era Willem Kolff? ¿Un político, un cantante, un actor, un timador internacional? Un torbellino de nombres gira sin cesar a nuestro alrededor. Entran por un oído y salen por el otro. La mayoría de ellos no los recordaremos mañana, pero eso no nos importa. Creemos en la existencia de una Criba Temporal justa que va tamizando la arena hasta que al final solo quedan terroncillos dorados: esos nombres que realmente merece la pena recordar. Es una imagen hermosa, ¿pero acaso es siempre fiel a la realidad? Mucho me temo que esa Criba Temporal se ha resquebrajado por algunos sitios y se han desperdigado al mismo tiempo muchos de esos terroncillos dorados y arena. Willem Kolff es un nombre que, quizás, aún resulte familiar para algunos especialistas, pero no para el resto, aunque bien merezca un lugar de honor en la memoria colectiva. Kolff fue el médico holandés que ideó y fabricó el primer riñón artificial. Este aparato (a decir verdad, un tanto incómodo de usar) es hasta el día de hoy la única salvación que tienen los enfermos que esperan un trasplante de riñón. Kolff ni siquiera pudo llegar a imaginarse los trasplantes; él solamente pretendía sustituir los riñones enfermos y disfuncionales hasta que (si había suerte) pudiesen sanar y volviesen a realizar sus funciones. Las condiciones bajo las que Kolff efectuó sus primeras pruebas de provincias poco apto para este tipo de fantasías; y todo ello durante la ocupación alemana. Le faltaba de todo: agujas de sutura (las que tenía estaban oxidadas de tanto uso), tubos endotraqueales y demás utensilios médicos. Algunas partes de la maquinaria había que encargárselas a un tonelero local, y algunos elementos de chapa esmaltada se conseguían ilegalmente en una pequeña fábrica de los alrededores. El material con el que se filtraba la sangre infectada, es decir, el componente esencial de la maquinaria, se robaba de una charcutería, ya que se hacía con la envoltura artificial de las salchichas... A menudo, esas envolturas reventaban y la sangre y los fluidos de la diálisis se derramaban por el suelo. El personal pasaba horas enteras de pie sobre ladrillos que se disponían sobre el suelo, ya que también carecían de calzado impermeable. Los alemanes iban de aquí para allá, por todas partes, controlándolo todo. El argumento de que en la enigmática sala 12-a se estaba trabajando por el bien de la humanidad no hubiese bastado para convencerlos. Solo se podía trabajar para el III Reich; todo lo demás olía a sabotaje. Los experimentos de Kolff no culminaron con éxito de inmediato, sino que fue sucesivamente alargando la vida de los enfermos: un día, dos, una semana... Finalmente, un año después de que acabase la guerra, llegó la victoria: un paciente se salvó por primera vez gracias a su riñón artificial. Poco después, Kolff y su

máquina partieron hacia los Estados Unidos, donde no dejó de perfeccionarla y modernizarla. Es deben la vida... El libro de Thorwald está —tal y como se indica en el título— dedicado a los pacientes, pero, cuando se da la ocasión, claro está, también habla sobre los médicos. Es así como encontré a Willem Kolff y, de alguna manera, he sido incapaz de no escribir sobre él. Más aún al saber que en nuestra Gran Enciclopedia Universal ni siquiera hay una humilde referencia a su figura; ni dos líneas...

Pacientes, Willem Kolff, traducción de Mieczysław Oziembłowski. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 1994.

HAMMURABI Y LO QUE VINO DESPUÉS

Los historiadores saben mucho de Hammurabi, el antiguo rey babilónico que vivió hace tres mil setecientos años, y autor, o mejor dicho, inspirador, del célebre *Código*. Nosotros, la gente laica, poco sabemos; en realidad, únicamente que fue un espécimen terriblemente severo y un legislador despiadado. Aunque debe decirse también que, por aquel entonces, los derechos de los antiguos no eran demasiado amables en ningún sitio. Y si lo eran en algún lugar, deberíamos recibir esa noticia como una agradable sorpresa. Hammurabi tuvo simplemente la suerte (y desgracia al mismo tiempo) de ordenar que grabasen sus leyes en estelas de diorita, de conservado casi íntegramente, y gracias a ella, el mandatario no ha podido librarse de ser considerado como un hombre extraordinariamente cruel. El texto del *Código*, descontando las ostentosas introducciones y conclusiones, se compone de doscientos ochenta y dos párrafos. Pude contar hasta treinta y seis delitos para los cuales el castigo imputado era la pena de muerte, y dieciséis que se castigaban mutilando al culpable. El resto de los delitos se resolvían con la pérdida de los bienes, el destierro o multas de diversa consideración. Como se puede apreciar, los verdugos tenían bastante trabajo en Babilonia. Pero no dejemos que un sentimiento de superioridad se apodere de nosotros. En demasiados países tienen aún hoy los verdugos las manos ocupadas. Y en muchos de ellos, los jueces dictan la pena capital sin calentarse la cabeza con fruslerías como «la presunción de inocencia», «el derecho a la defensa» o «las circunstancias atenuantes»... Pero volvamos al *Código*. Sorprende encontrar una cierta racionalidad en él, primitiva, aunque patente. Por ejemplo, solo se dedica un párrafo a la hechicería. Los acusados de ella debían someterse a la prueba del agua. Si salían con vida de ella, se condenaba a muerte a su acusador. Pues bien, no hace tanto, la impunidad absoluta de los acusadores era la principal fuerza motriz de todos los procesos contra la brujería. También es interesante comprobar el tratamiento que el *Código* brinda a los animales. Si un animal doméstico provocaba alguna muerte o mutilación, la responsabilidad recaía exclusibargo, durante la Edad Media se celebraron grotescos procesos judiciales y ejecuciones de animales. Al menos, el animal no era culpable para Hammurabi, y el individuo solamente era castigado cuando no cuidaba de él. También había condena para otros descuidos como no cultivar los campos, no estancar los diques o no fertilizar los huertos cuando era la época. Sin embargo, no eran culpables de los desastres naturales, inundaciones, sequías o epidemias. Estas catástrofes recaían sobre las gentes por voluntad divina. Mientras tanto, en nuestro siglo XX, en momentos de peligro extremo y pánico, revivía en las gentes el pensamiento

mágico y, con él, el incontenible deseo de descargar su impotencia y desesperación sobre algún chivo expiatorio. Y, para finalizar, recurramos a Herodoto. Pues bien, Jerjes, el soberano persa que se apoderó de las tierras de Hammurabi mil trescientos años después de este, desconocía por desgracia su *Códice*. Durante la campaña en la Hélade, ordenó construir un puente en el estrecho de Hellespont, el cual fue hecho añicos por el embravecido mar al poco tiempo. El monarca se encolerizó y ordenó decapitar a los ingenieros, pero también mandó azotar al mar y hacerle prisionero eternamente lanzando cadenas al agua. Dicho de otro modo, castigó a sus súbditos por haber construido un puente tan malo, y al mar por haber destruido un puente tan excelente... La lógica de Hammurabi pertenecía a un orden superior.

El código de Hammurabi, prólogo, notas y traducción (todo

DISNEYLANDIA

Los primeros descubridores de las cavernas fueron, no cabe duda, los animales que eran capaces de orientarse bien en la oscuridad. El hombre de las cavernas había perdido ese don y ya no podía adentrarse tanto en ellas. No le faltaba coraje, sino linternas. Tenía teas y lamparillas para iluminar, pero estas se apagaban muy fácilmente con cualquier soplo. ¿Cómo iba a zambullirse en las negras aguas de los lagos pertrechados con esos utensilios en busca de la entrada a otra cueva, abriéndose paso a través de angostas hendiduras subterráneas? Por esta razón, y aunque las cuevas nunca han dejado de interesar a los humanos, su descubrimiento sistemático y su estudio solo adquirieron verdadero impulso en nuestro siglo

XX. Y aún continúa hoy, ya que siguen siendo más las cuevas por descubrir que las descubiertas. Las que conocemos bien, son accesibles y no hay peligro de desprendimientos, se han convertido en destinos turísticos de masas. Unos trencillos especialmente diseñados para ello conducen a los visitantes y se instalan en las grutas pasarelas, ascensores, barandillas, terrazas panorámicas, etc. Para extraer todo el esplendor de formas y tonalidades de color a la oscuridad, obviamente, hacen falta reflectores. ¿Hacen falta? Bueno, quizás sí, ¿pero realmente necesitamos también todas esas otras luces que ya se empiezan a ver en al servicio de eso que debemos contemplar! Por desgracia, no ocurre así en todas partes. Si la roca es roja, un reflector de colores potencia aún más su tonalidad. Si por casualidad se encuentra piedra caliza con delicadas tonalidades verdes, amarillas y rosas, un reflector intensifica sistemáticamente todos estos matices. Pero si la piedra caliza es blanca como la nieve, entonces un reflector le añade un poco de color. Es como si Disneylandia estuviese invadiendo las cuevas. Ya nada se deja al natural para que nosotros lo percibamos y lo observemos. ¡Ah! Y encima a veces ponen una tonta musiquilla de ambiente, porque el silencio es algo que Disneylandia tampoco tolera. Con tal de que todo sea colorista y animado. Con tal de privar a los acontecimientos naturales de su seriedad innata... Y ya que estoy en ello, permítaseme añadir que Disneylandia está comenzando a adueñarse también de los museos de arte, en donde se ensaña principalmente con la escultura antigua. Ya podemos ver estatuas, torsos y bustos sobre los que un proyector añade una pincelada azul celeste o anaranjada. Todo ello para que resulte aún «más bonito»... Me gustaría equivocarme, pero me parece que todo esto está empezando a embrutecer nuestra forma de mirar.

Cavernas, David E. Portner, traducción de Marek Zybury. Wrocław: Wydawnictwo «Atlas», 1995.

ABRAZOS PARA LA HUMANIDAD

La autora da la impresión de ser una persona que cree verdaderamente en lo que escribe, y escribe que las personas serían incomparablemente más felices si se abrazasen las unas a las otras más a menudo. Se entiende que son abrazos entre amigos, sin mayores intenciones. Bueno, ¿y por qué no?... Lo único que me preocupa de todo esto es la necesidad de intensificar estos abrazos en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, se sabe que una acción repetida en exceso se vuelve anodina y pierde su significado intrínseco. En las series americanas, los personajes se abrazan cada tres minutos y medio, lo que no indica, pese a todo, que de esa manera se olviden todas las intrigas, rencores y malentendidos, ni que la serie, programada para tener doscientos episodios, vaya a terminarse prematuramente. La vida real no es diferente. En particular, nosotros, los polacos, sabemos de lo que hablamos. Nunca nos hemos abrazado tan gremialmente, con tanto gusto, avidez y estruendo como en el período sajón, y nada bueno salió de todo aquello. Kathleen Keating es americana, por ese motivo el entusiasmo se apodera de ella más fácilmente. Encontramos en este libro instrucciones detalladas sobre a quién debemos abrazar, dónde, cuándo, de qué manera y por qué. Pero vayamos por partes. A quién: obviamente, a alguien que se deje; cuándo, dónde: pues en todas partes y a cualquier hora. En el taller, en la cocina, delante del cine, en el cine, en clase, mientras corres para coger el autobús (¿eh?), en una sesión plenaria (!), mientras coges fresas (!), mientras clasificas las cartas en la oficina de correos (¿?!), o incluso (¿cómo diablos se le habrá ocurrido?) en un excavación arqueológica. De qué manera: ¡vaya, de muchas! Está el abrazo «del oso», el abrazo «sandwich», el abrazo «de costado», el abrazo «por la espalda» y muchos otros. Y por qué se supone que tenemos que hacer todo esto: pues para mostrar nuestros democráticos y altruistas sentimientos; y si, además, resulta que nos damos un buen revolcón en plena naturaleza, pues también es ecológico. Además, abrazar a alguien fortalece nuestro sistema nervioso, hace que comamos menos (lo que facilita el mantenimiento de una figura esbelta), desarrolla nuestros músculos al obligarnos a ejecutar diversos movimientos y ralentiza el proceso del envejecimiento. ¿Cómo iba a burlarme yo de promesas tan agradables como estas? Sin embargo, debo reconocer que me siento aliviada al pensar que la autora vive bien lejos, allá, en la otra parte del océano. Si fuese mi vecina y, además, le gustase la jardinería, me vería obligada a salir de casa a hurtadillas y a tener que buscar el momento oportuno para cruzar el jardín (quizás cuando la señorita Kathleen estuviese cavando de espaldas a mí). En caso de reglamentario y, lo que es más, me vería obligada a

responder a él. Y, de esa manera, nos quedaríamos las dos inmóviles en nuestro abrazo varias veces al día. Ella —seguro— con la intención de rejuvenecerme. Y yo, en cambio, por culpa de ese jardín que —quién sabe— a lo mejor hasta esconde restos arqueológicos.

El pequeño libro de los abrazos, Kathleen Keating, dibujos de Mimi Noland, traducción del inglés de Dariusz Rossowski. Wydawnictwo Ravi, 1995.

REALIDAD Y FICCIÓN

Pitágoras, uno de los primeros filósofos griegos, se ha convertido en una figura casi mitológica. Solo se sabe que vivió en el siglo VI a.C., que tuvo que mantener algún tipo de contacto con pensadores orientales y que fundó una escuela, la cual hacía referencia a él en todos sus trabajos. También se sabe que no recogió por escrito sus enseñanzas y que solo se publicaron tras su muerte en numerosos apócrifos. Por este motivo, los historiadores de la filosofía prefieren hablar de filosofía pitagórica antes que de la filosofía del mismo Pitágoras. También los hay quienes dudan de la autoría del teorema que tradicionalmente se le atribuye... Probablemente todo esto no sea más que una exageración haber conseguido unos logros científicos muy considerables para fundar una escuela y congregarse una multitud de entusiastas a su alrededor. La leyenda no se forja en torno a alguien simplemente porque sí. Hizo que su escuela se moviera simultáneamente en dos direcciones diferentes: una hacia el saber de las ciencias más exactas (la geometría, la acústica y la astronomía), y la otra hacia la escasamente mensurable especulación metafísica. Imagínense cómo eran aquellos tiempos, que una y otra no se molestaban mutuamente. «El sentimiento y la fe me hablan con más fuerza que el monóculo y el ojo del sabio»... Los pitagóricos debieron de quedarse estupefactos ante esa forma de plantear la cuestión. ¿Qué clase de alternativa era esa? ¿Por qué había que decantarse necesariamente por uno de los dos bandos? Reconozco, aunque no soy pitagórica, que esa romántica cita también a mí me inquieta un tanto y me hiere. Sobre todo porque la ciencia (es decir, esos «monóculo y ojo» repudiados) no hubiesen avanzando ni un paso siquiera sin la imaginación, la intuición y la predisposición intelectual a indagar en el misterio; es decir, sin todo eso que forma parte del «sentimiento y la fe». La poesía tampoco se encuentra recluida únicamente en uno de los dos bandos. Podemos imaginar perfectamente una antología universal que compile los más bellos poemas, entre los cuales tendría un lugar el teorema de Pitágoras. ¿Por qué no? Posee esa capacidad de revelar que es propia de la gran poesía, una forma que se reduce más que ni siquiera les es concedida a todos los poetas... La escuela creada por Pitágoras duró alrededor de dos siglos, pero renació más tarde de diferentes maneras. Durante toda su existencia mantuvo el culto a su maestro y embelleció cada vez más los acontecimientos de su vida. Las dos últimas biografías datan del siglo III a.C. y están llenas de milagros. En ellas, Pitágoras deja de ser un simple mortal y asciende a hijo de Apolo para, finalmente, convertirse en el mismo Apolo, solo que temporalmente encarnado en un cuerpo humano. Con un origen como ese,

Pitágoras ya era capaz de todo: podía hablar con el agua y los animales, convocar a las águilas del cielo para que dócilmente se posaran sobre las palmas de sus manos, calmar tormentas, predecir el futuro, recordar sus encarnaciones anteriores e, incluso (cosa que era probablemente aún más difícil de conseguir que los milagros anteriormente mencionados), poner fin a cualquier tipo de tiranía que se cruzase en su camino. Pero ¿y qué? Los milagros pasan y enseguida todo vuelve a la situación anterior. De Pitágoras solamente nos ha quedado (¡vaya! *solamente*) su célebre teorema. Y, de regalo, un pensamiento que fue expresado por primera vez bajo los cielos de Europa: «todas las criaturas vivas están emparentadas las unas con las otras».

Las vidas de Pitágoras, Porfirio, Jámblico, anónimo, traducción, prólogo y notas de Janina Gajda-Krynicka. Wydawnictwo Epsilon, 1993.

LOS PIES DEL PRÍNCIPE,

POR NO HABLAR DE OTRAS PARTES DEL CUERPO

Este folletón esconde una sorpresa. No diré dónde, porque entonces, Estimados Lectores, iríais rápidamente a buscarla. Todo a su tiempo. El subtítulo del libro reza: *La higiene corporal desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Cabría añadir «en Francia», porque el autor presta únicamente atención a las crónicas, cartas, memorias y libros de medicina franceses en sus reflexiones. Pero debe admitirse que la historia de la higiene tenía más o menos el mismo aspecto en todos los países europeos. La gente del Medievo aún se bañaba. Por ejemplo, había baños públicos en las grandes ciudades, pero en el siglo XV comenzaron a cerrar sus puertas uno tras otro a consecuencia de los constantes rebrotes epidémicos. De un modo un tanto ingenuo, podría llegar a pensarse que los habituales de los baños públicos continuarían lavándose en sus casas. Sin embargo, dejaron de hacerlo. El agua, según algunas teorías de aquel entonces, era la culpable no solo de la propagación de las epidemias, sino también de todas las enfermedades individuales que, en forma de miasmas, penetraban en el organismo a través de la indefensa epidermis. Los siglos XVI, XVII, y parcialmente el XVIII, fueron períodos de gente inimaginablemente sucia. A decir verdad, los recién nacidos eran lavados tras el parto, pero inmediatamente después se apresucos triturados con el propósito de neutralizar el efecto maligno del agua utilizada. El primer lavado de pies del futuro Luis XIII tuvo lugar cuando el príncipe tenía unos seis años. Cierta dama escribió sobre su padre, Enrique IV, que «apestaba como una res muerta». Dado que por entonces todas las personas de la corte apestaban, lo del rey tenía que ser algo verdaderamente excepcional. La higiene de esos siglos se limitaba a frotarse la epidermis con pañuelos blancos y a utilizar perfume. Solo se daba agua a cara y manos. Y si alguien decidía darse un baño (una vez cada dos años), este hecho se convertía en todo un acontecimiento sobre el que mucho se hablaría, antes y después. Primero entraba el señor de la casa en la cuba de agua, después la señora, a continuación sus padres, y después se zambullían en el mismo líquido los niños (empezando por el mayor hasta al pequeño) y, finalmente, los criados. En el caso de que hubiese algún bicho raro al que le gustase bañarse más a menudo, estaba obligado a refrenar esa pasión con tal de que no lo considerasen un libertino de esos o un degenerado. A veces pienso en esas películas históricas que tratan de recrear esa época del modo más fidedigno posible. Los actores se pavonean en sus trajes y pelucas recreadas a partir de retratos antiguos. No puede echárseles en cara que los

interiores o los atrezos sean anacrónicos. Sin embargo, ninguno de los directores se ha decidido aún a mostrar la suciedad, los eczemas, los herpes y la sarna, las pústulas infectadas a consecuencia de los durante las encantadoras cenas bajo la luz de las velas, debían de caer una vez tras otra en la sopa de alguien. Supongo que una película así resultaría insoportable. Las escenas heroicas o amorosas, en lugar de conmover, harían vomitar al espectador de hoy... Para finalizar, la sorpresa prometida. Señores y señoras, el gran Michel de Montaigne era uno de esos bichos raros que no hacían ascos al agua. ¡Michel de Montaigne se bañaba! ¡Y a menudo! ¡Y con gusto, además! ¡A pesar de vivir en una época recubierta de mugre! De la admiración, se me cayó el bolígrafo al suelo.

Limpieza y suciedad, Georges Vigarello, traducción del francés (en ocasiones inexacta). Varsovia: Wydawnictwo W. A. B., 1996.

FUERON

Desagradable fue la aventura póstuma que le sobrevino a un poeta alemán del siglo XVII que vivía en los alrededores de Düsseldorf. Se llamaba Joachim Neumann, pero cuando escribía utilizaba el pseudónimo de «Neander», es decir, el equivalente griego de Neumann. Cuando murió, fue honrado de un modo muy afable: le confirieron el nombre de Neander al bello y cárstico valle por el que indudablemente solía desde mediados del siglo pasado relaciona ya ese valle con aquel buen poeta, sino con un fragmento de cráneo hallado allí. Pertenece a una criatura que también solía pasear por aquellas tierras, aunque algunas decenas de miles de años antes. Los cada vez más numerosos y más pedantes estudios arqueológicos constataron que aquellos seres, desde entonces llamados neandertales, habitaron vastas regiones de Europa y Asia occidental. Se fueron dividiendo en tribus con culturas bien diferenciadas y, lentamente, fueron desarrollando sus habilidades. En principio, los antropólogos los consideraron simples homínidos primitivos, pero fueron ascendiendo hasta conseguir el título de *homo sapiens*. Sin embargo, era una especie de *homo sapiens* de prueba, una alternativa a una humanidad que había nacido en África y que comenzaba en ese mismo momento a conquistar el mundo: esa humanidad a la que todos nosotros pertenecemos. Y desde hace mucho tiempo, la ciencia relaciona precisamente la desaparición de los neandertales con nuestra llegada. En los últimos años ha caído en desuso la teoría de un encuentro amistoso; según esa hipótesis, los neandertales no se entregaron al exterminio, sino que simplemente se fundieron con los nuevos pobladores. Sin embargo, los estudios genéticos descartan un posible cruce. Hay una segunda teoría que nadie de momento ha podido rebatir, y que quizás nunca pueda hacerse, aunque por fortuna deja entrever algunas lagunas. Esa teoría proclama que el debut de esa nueva humanidad los indígenas. Incluso se insinúa esa terrible palabra: *holocausto*... Sin embargo, la idea de un holocausto implica una acción sistemática y hacia un objetivo. Por el contrario, se sabe ya que ambas comunidades convivieron durante miles de años, a veces incluso explotando las mismas tierras. La nueva humanidad no mostró inmediatamente una superioridad inapelable sobre la antigua. Hubo un tiempo en el que el destino se encontraba sobre el filo de la navaja. Sin embargo, es un hecho que esa vieja humanidad perdió al final, empujada cada vez con más ahínco hacia peores territorios de caza. Los últimos esqueletos de los neandertales dan prueba de una desnutrición extrema. El libro de James Shreeve es un ejemplo de divulgación científica competente. El autor ha visitado todas las excavaciones arqueológicas abiertas al público, ha participado

asiduamente en congresos internacionales, ha prestado atención a las polémicas más encarnizadas y ha entrevistado a los especialistas, teniendo muy claro a quién preguntar y sobre qué. Pero quedan muchas preguntas por contestar. Entre otras: ¿hablaban los neandertales? Probablemente sí. ¿Qué tipo de vínculos sociales crearon? ¿Cómo era su vida espiritual? ¿Sus creencias? ¿Su visión del mundo? ¿La idea que tenían sobre sí mismos? Parece una especulación estéril, pero gracias al libro sabemos que ese tipo de preguntas tienen un sustento científico. Solo hay una pregunta que no he encontrado. ¿Lloraban los neandertales? ¿Reaccionaban sus glándulas lacrimales al dolor? ¿A la triste ran capaces de poner un nombre exacto a todas esas desgracias, pero ¿acaso sería eso algo tan extraño? Yo misma tengo a veces problemas para hacerlo.

El enigma neandertal, James Shreeve, traducción del inglés de Farol Sabath. Varsovia: Wydawnictwo Prószyński i S-ka, 1998.

FECHAS EXACTAS

En el siglo IX, Europa Occidental se encontraba al borde de un colapso casi mortal. Por el sur la torturaban los ataques y las conquistas de los sarracenos; en el norte y en el sur, los normandos; y al este, los húngaros. Las ciudades eran saqueadas e incendiadas; los templos, destruidos; y el comercio y la agricultura se paralizaron. Eran tiempos de hambre e incivilidad. De la obra de Carlomagno ya solo quedaba el recuerdo. En el siglo X, la situación se estabilizó en cierta manera y, poco a poco, se consiguió restablecer el orden. Comenzó a tomar forma una casta de caballeros y, junto a ella, el derecho feudal, sin lugar a dudas, infinitamente mejor que la anarquía anterior. Y justamente entonces comenzó a propagarse el rumor sobre el inminente fin del mundo anunciado por el Apocalipsis. El año mil debía estar precedido de ominosos signos a los que to. Como resultado, el viejo mundo llegaría a su fin y, con el advenimiento de Cristo en toda su gloria, se erigiría en su lugar el nuevo. Así que la gente comenzó a buscar con insistencia esos signos. Y claro, siempre hay terremotos, se suceden eclipses de Sol y de Luna regularmente, y siempre nace algún que otro ternero con dos cabezas en el establo de alguien. Sin embargo, estos hechos eran ahora signos que anunciaban el fin de todo. Del mismo modo, cualquier hereje o sectario (también entonces muy abundantes), ascendía ahora hasta el rango de mensajero directo del Anticristo. Por tanto, el año mil debió de transcurrir en medio de un terror espantoso y una espera interminable, un ambiente de extrema penitencia y numerosos estallidos de pánico. Así lo indica la tradición posterior. Porque los analistas de aquel tiempo (aunque había pocos, por cierto) no hacen referencia alguna a ese año, por más que anotaran sucesos acaecidos en años anteriores o posteriores, lo cual resulta un tanto extraño. El autor, un eminente medievalista francés, explica esta omisión de un modo bastante convincente: como la profecía no se había cumplido, resultaba un tanto embarazoso escribir que no había pasado nada... El libro aparece en un buen momento. Se acerca el año dos mil y, de nuevo, las inquietudes escatológicas vuelven a colmar los pensamientos de las gentes. No me siento capaz de realizar comparaciones ni hacer análisis. Solo sé una cosa: la sociedad actual aún conserva esa arcaica predilección por las fechas. Creen que es entonces cuando correo he encontrado tres cartas que me informan de ello. La primera me anunciaba, de un modo completamente desinteresado, que el fin del mundo está cerca y pondrá punto final a todos esos insensatos juegos a los que, según dice, he dedicado toda mi vida. La segunda carta (en realidad es un paquete bastante grueso) contiene una descripción de las revelaciones que el remitente ha experimentado durante los últimos tiempos. Se me

presenta como un hombre sencillo, consciente de lo mucho que le cuesta escribir, por lo que encarecidamente me insta a que corrija todos sus errores ortográficos y de estilo, e inmediatamente después de ello, le envíe de vuelta su texto. La tercera carta me recuerda que el fin del mundo supone un gran desembolso. Así que el autor, ocupado como está anunciando esta desagradable noticia, me indica su número de cuenta corriente aquí en la Tierra, y me hace saber la suma que le hace falta. Otras cartas ya están en camino.

El año mil, Georges Duby, traducción del francés de Małgorzata Malewicz. Varsovia: Oficyna Wydawnicza Volumen, 1997.

LA FARAONA

Hace tiempo o no hace tanto tiempo... Depende de

«hace tiempo» significa algo muy diferente a lo que representa para un antropólogo, o para cualquier otro que llega con la memoria a la II Guerra Mundial. Si se da el caso de que ese individuo ha pasado por ella, la guerra habrá terminado para él hace poco. Si, por el contrario, ha nacido a su conclusión, hará mucho. Cuando se dan esas circunstancias emocionales, no siempre es tan evidente la percepción de la cronología. Por ejemplo, los historiadores medievales me parecen más lejanos en el tiempo que los de la Roma imperial. Si tomamos como referencia a Tácito, el cronista polaco Wincenty Kadłubek queda indudablemente lejos. Pero vayamos a lo que nos ocupa. La reina Hatshepsut gobernó Egipto hace tres mil años. Como viuda del faraón, solo estaba obligada a cuidar del pequeño engendrado durante su anterior matrimonio. Pero poco después decidió obrar de manera diferente y se autoproclamó faraona: probablemente con el apoyo de su camarilla real. Sin embargo, que por entonces hubiese una faraona en Egipto era algo inaceptable. Así que se vio obligada a cambiar su sexo en las comparecencias públicas y, dondequiera que se presentara, a excepción de en su propio dormitorio, llevaba pegada una barba y una minifalda de hombre. Imaginémosnos que, hoy en día, la reina de Inglaterra tuviese que ponerse un bigote y andar como un pato con unas botas del cuarenta y nueve para pronunciar el discurso anual en el parlamento... Es evidente que hemos nacido en un tiempo muy alejado de todas esas mascaradas y, con razón, creemos que todo cuanto pensamos lo mismo de otro episodio sucedido en aquellos tiempos. Como si hubiese sucedido justo ayer. Poco tiempo después de la muerte de Hatshepsut (no se sabe si por causas naturales o aceleradas) se procedió con mucho empeño a borrar su nombre de las listas de faraones. Se destruyeron todos los cartuchos que contenían su nombre, las imágenes en las que aparecía como faraona y toda referencia escrita a su persona. Esta manera de obrar la conocemos perfectamente. En el extenso recorrido de nuestro mundo a través del siglo XX, algunas personalidades políticas no deseadas también fueron obligadas a desaparecer, de la noche al día, de la memoria universal. Sus nombres desaparecieron de los periódicos y las enciclopedias y, en las fotografías de grupo, una palmera ocupó su lugar. Sospecho, además, que esto nunca dejará de ocurrir aquí y allá. Recortar la historia para cubrir las necesidades inmediatas es una de las reglas de acero de todos los sátrapas. Por fortuna, pocas veces lo consiguen. En el caso de Hatshepsut se les escapó algún que otro detalle.

Hoy vuelve a figurar en la lista de los faraones y los egiptólogos solo se preguntan si estuvo a la altura como soberana, y, si lo estuvo, cuáles fueron sus méritos. A buen seguro que tuvo al menos uno (en el caso de que consideremos un logro el no matar a alguien a quien podría haberlo hecho): su hijastro sobrevivió y, al parecer, resultó estar bien preparado para convertirse en faraón.

Hatshepsut, la faraona, Joyce Tyldesley, traducción del in

MÚSICA DE GATO

Ya se sabe: para curarse hace falta tener la salud de un toro. La mayoría de las enfermedades no descubiertas a tiempo son causadas por la aversión a los exámenes médicos y a las molestas terapias. Pero esto no es nada si las comparamos con las terapias que se aplicaban en el pasado. No me burlaré aquí del contenido de los medicamentos que había que ingerir, ni de las operaciones realizadas con los dedos sucios y sin anestesia. Después de todo, aún se sabe bastante poco sobre las enfermedades. Y eso no es lo peor. Lo peor de todo es que, durante siglos y siglos, nadie quiso saber más sobre ellas. En lo que a medicina se refiere, el siglo XVII y casi tres cuartas partes del XVIII fueron un período de estancamiento intelectual. Seguía sustentándose en la autoridad de la medicina antigua: lo que no aparecía en sus libros, simplemente, no existía. Y como en ellos no se decía nada sobre la circulación de la sangre, descubierta por Harvey, o sobre las vacunas contra la viruela, las cuales ya comenzaba a aplicar Jenner, la medicina oficial se negó durante décadas a tomar en consideración estos avances. Además, los prejuicios religiosos hacían aún más fuerte esta oposición. En algún sitio leí que Cromwell, enfermo de malaria, se negó categóricamente a tomar corteza de quina, cuyas propiedades febrífugas ya se conocían. Solo había una razón: el medicamento llegaba a Inglaterra en Francia? Lo cierto es que ya había traído al mundo a Molière; sin embargo, su aparición no consiguió para nada cambiar la mentalidad de los médicos. En los archivos franceses se guardaba una auténtica rareza: el *Diario de salud* de Luis XIV, el cual fue sucesivamente pasando por las manos de todos sus médicos personales. Durante más de sesenta años fueron sistemática-mente anotando sus reales indisposiciones y cómo estas fueron sanadas. Pone los pelos de punta. Durante el tiempo descrito, a Su Alteza le realizaron más de dos mil lavativas. En el intervalo que transcurría entre ellas, le hacían vomitivos. Además, le sacaban sangre a todas horas, incluso cuando se sentía bien, «por precaución» y con dedicación, para depurarle el organismo... Después, naturalmente, había que tratar las consecuencias de ese tratamiento y, acto seguido, las consecuencias de tratar esas consecuencias... El rey debió ser un espécimen extraordinariamente fuerte, con unos genes programados para aguantar ciento veinte años de vida, ya que, gracias a esos métodos, vivió prácticamente hasta los ochenta años de edad. Sus súbditos vivieron menos. La media de edad se situaba en los veintiocho años. Para cuando los novios decidían contraer matrimonio, por lo general solo quedaba con vida uno de sus cuatro progenitores. Y uno de cada cuatro niños moría en el transcurso de los doce primeros meses de edad. Sin embargo, las cosas mejoraron

ligeramente. Se obligó a los hospitales a que solo colocasen a dos pacientes por cama, y no tres o cuatro como hasta en dejó de recluir a los enfermos mentales en jaulas. Por desgracia, apiñaban indiscriminadamente a locos y a melancólicos en salas destinadas para eso. Sin embargo, solía ocurrir que había médicos preocupados de que estuviesen bien. En los hospitales con más recursos aparecieron los llamados pianos de gato. Sus cuerdas eran sustituidas por gatos vivos, y cada vez que se presionaba una tecla, se les escuchaba maullar desgarradoramente. Según parece, producía el regocijo esperado al oyente que asistía a ese infierno.

Medicina antigua: médicos, santos y hechiceros durante los siglos XVII y XVIII, François Lebrun, traducción del francés de Zofia Podgórska-Klawka. Varsovia: Oficyna Wydawnicza Volumen, 1997.

EL FIN DEL MUNDO EN PLURAL

De nuevo, el anunciado fin del mundo no ha llegado. Sin embargo, nadie le ha explicado al soberano público el porqué de esto ni le ha devuelto el dinero. Además, por el momento, todo fin del mundo que ha tenido lugar en la Tierra, y me estoy refiriendo a los de verdad, ha llegado sin avisar. Por ejemplo, el fin del mundo para los grandes reptiles tuvo lugar hace aproximadamente setenta millones de años. Antes y to diezmadas por otros cataclismos. Pongamos por ejemplo a los plesiosaurios, los cuales habían desaparecido cien millones de años antes. Podría llegar a pensarse que las fuerzas terrenales y cósmicas se habían cebado especialmente con los reptiles con sobre-peso. Al contrario: los diferentes cataclismos geoclimáticos acabaron de igual forma con las criaturillas de dimensiones más modestas. Basta decir que, de los diferentes órdenes de reptiles que conoce la paleontología, solo cuatro sobrevivieron y llegaron hasta nuestros días. Aquellos que desaparecieron para siempre no lo hicieron solos, sino en compañía de algunas antiquísimas clases de anfibios, plantas, insectos, peces arcaicos e incontables especies de criaturas acuáticas. En casa guardo un libro sobre fósiles: es como leer una gran necrología colectiva. En él, todos esos graptolites, liliales, blastozoos, filópodos, merostomados, trilobites, belemnoides, ammonoides y los corales tabulados o conulados encontraron su fin, si no en el Cámbrico, en el Ordovicio, el Silúrico, el Devónico, el Carbonífero, el Pérmico o el Jurásico (ya sea en el Superior, el Medio o el Inferior). De igual modo, durante el Terciario y el Cuaternario, la naturaleza se dio prisa en aniquilar todo aquello que con tanto celo había anteriormente creado. Hacia el final del Cuaternario aparecimos nosotros, es decir, esas gentes que acabarían construyendo una civilización. Y sin ni siquiera darnos cuenta, nos convertimos en los diligentes colaboradores de las fuerzas destructivas de la naturaleza.

día de diciembre. Pero aún es verano, el tiempo es magnífico, y quien escribe estas palabras se encuentra en el campo y justo vuelve de dar un paseo por el prado. En la escalinata de mi casa se calienta al sol una pequeña lagartija. Antes de que ni siquiera pueda llegar a verla bien, me descubre y, como un rayo, se adentra increíblemente ágil y de un salto en la espesa hierba. ¡Qué lástima! Me hubiese gustado preguntarle de qué manera fue capaz de escapar indemne a tanto fin del mundo, y en particular a esos que parecían especialmente dirigidos contra ella y sus congéneres. Ya sé que no obtendría respuesta alguna. Sin embargo, esto no debería disuadirme de formular otras preguntas. Obviamente, si en la escalinata de mi casa

no hubiese habido una lagartija calentándose al sol, sino una víbora, habría preferido abordar esa interesante cuestión desde una cierta distancia.

*Reptiles (de la serie «El récord animal»), Andrej Trepka. (Muchas ilustraciones).
Racibórz, Wydawnictwo R.A.F Scriba, 1999.*

LA NUEZ Y LA DORADURA

Los grandes cantantes siempre fueron ídolos. Incluso cuando aún no se utilizaba ese calificativo. Siempre con el suelo de un modo estrepitoso. Entre sus entusiastas, no solo había verdaderos expertos del arte vocal, sino también multitudes ingentes de esnobs que aplaudían, gritaban, silbaban y se desmayaban, porque veían que otros también lo hacían. Lo mismo ocurre hoy en día durante las actuaciones de Domingo, Pavarotti y Carreras, solo que, gracias a los medios de comunicación de masas, el volumen se ha multiplicado por mil. El libro de Marcia Lewis sacia por completo nuestro interés en todo lo tocante a chismorreos y noticias sensacionalistas. Hay de todo y de todo en exceso: deslumbrantes sucesos, escándalos, alborotos, intrigas de entre bastidores y romances. También hay muchas fotografías: una con determinada princesa, otra con millones de personas en una recepción con champán o aquella otra con su última amante. A eso se le suele llamar «vida privada», aunque en realidad solo es la delgada doradura que cubre la existencia. Abajo yace la gris y dura nuez, o con otras palabras, la pesada, monótona y constante brega. La autora hace poca

o ninguna mención a ella. Porque no impresiona, es aburrida y ¿a quién iba a interesarle? Los obligatorios ejercicios respiratorios y vocales de todos los días, los ensayos con el acompañador, con los compañeros, con la orquesta, las reuniones con los agentes, las grabaciones (repetidas mil veces hasta que todo sonaba bien), las probaturas con el vestuario o esas entrevistas durante las que siempre se ha de tener mucho cuidado. Y de nuevo todos esos hoteles, cualquiera de ellos uno no sabe dónde diablos se encuentra. No estoy segura de que alguien pueda acabar convirtiéndose en un verdadero playboy en esas circunstancias. El aún joven y atractivo Domingo, durante su estancia de poco menos de un año en Tel Aviv, actuó en más de doscientos espectáculos y se aprendió de memoria más de cincuenta papeles operísticos. Si con todo ese duro trabajo hubo en algún momento un resquicio para el tiempo libre, dudo mucho que por él se colase alguna modelo con sus grandes pechos de silicona. Después de una actuación hay que dormir como es debido, porque al día siguiente aguarda otro concierto y otro ensayo antes del mediodía para una nueva ópera. Así, pues, los rumores sobre las conquistas amorosas de estos, por otra parte, interesantes individuos se reducen a la mitad. Si no a las tres cuartas partes... Hay aún dos cargas más de cuyo peso estos célebres cantantes nunca pueden escapar. La primera es el miedo al público, mucho peor que el de los actores del teatro *hablado*. Por lo que respecta a estos últimos, nadie se

da cuenta de si tienen un leve catarro. En el caso de los cantantes, de inmediato sirve de pretexto para que se comente y se diga que es la primera señal de una carrera en declive. Los cantantes sonríen radiantemente en las fotografías, pero están temblando por dentro. Tal cual un gimnasta que, de un momento a otro, tiene que subir a la barra. La segunda es el interminable debate que hay en la prensa sobre quién de ellos es el *tenorissimo*, o el mejor de los tres. En mi opinión, to toy igual de agradecida a los tres. Si quizás me conmueve un poco más Pavarotti, solo es porque, vestido de frac, parece un gran escarabajo negro y siento una gran estima por la belleza de los escarabajos.

La vida privada de los tres tenores, Marcia Lewis, traducción del inglés de Bozena Stokłosa. Varsovia: 'Swiat Ksi'azki, 1999.

SI SE DA LA OPORTUNIDAD

Me intrigó el título del libro y el que, hace un par de años, fuese best-seller en los Estados Unidos. Es decir, un país en donde los fumadores se han convertido prácticamente en ciudadanos de segunda categoría, dado que no les está permitido fumar en ninguna parte: ni en el trabajo, ni en los lugares públicos, ni en las zonas habilitadas, porque simplemente no existen. Como mucho, en casa, pero también es ese un campo minado, ya que, en un cónyuge, fumar es un buen motivo de divorcio y de elevadas pensiones alimenticias. Cualquiera que aspire a un alto cargo y sea sorprendido por un fotógrafo fumando queda inmediatamente descartado, sea cual sea su calificación... El autor del libro es, supongo, un investigador en el campo de la literatura. Ha pescado en ella textos sobre el consumo de tabaco, los cuales han salido de la pluma de multigo, son aburridos y ridículamente psicoanalíticos. Dudo mucho que este libro sea un verdadero best-seller y confieso con cierto disgusto que no he terminado de leerlo. Pero al mismo tiempo me he dado cuenta de que me brinda el espacio y la oportunidad de decir algo a modo personal sobre este vicio. Será una confesión y dos peticiones. Primero, la confesión: fumo y lo hago desde hace mucho tiempo. Y lo lamento, porque supone una subordinación, es decir, una pérdida parcial de mi libertad personal. Respeto a los no-fumadores y nunca incitaría a nadie a fumar. Cuando voy a la casa de alguien, siempre pregunto si puedo fumar y, si alguno de los presentes suspira profundamente, sin que me suponga un problema, pido permiso para dirigirme a otra habitación, o al baño, o a la escalera, o al balcón, o al jardín. Como cualquier persona lo suficientemente madura, sé que el tabaco perjudica la salud. Las inscripciones de las cajetillas no me dicen nada nuevo. Pero incluso suponiendo que solo los fumadores mueren a consecuencia de infartos y tumores (cosa que no es verdad), la naturaleza tiene aún otras mil maneras igual de desagradables para expulsarnos a todos de este planeta. Quizás permita que los no-fumadores se queden un poco más, pero eso es todo lo que puede decirse sobre este asunto. Y, ahora, un ruego: ¡Queridos no-fumadores! En vuestro afán por persuadir, prevenir y prohibir, no pongáis en el mismo saco el tabaquismo, el alcoholismo y la toxicomanía. Eso es demagogia. Nunca he oído de nadie que, bajo los efectos de la carretera o que, de manera habitual, dé palizas en casa a su esposa e hijos. Además, la toxicomanía consiste en alejarse de la realidad. Por el contrario, los fumadores —al igual que los no-fumadores— tratan de construir esta realidad. Algunas veces mejor y otras peor, pero eso depende ya de sus habilidades, sus posibilidades y de su forma de ser, y no de si alguien fuma o no en el trabajo. Y mi segundo ruego: si estáis acompañados de una oveja negra, es decir, de un

fumador, no hagáis un numerito tratando de convertir ese asunto en el único tema de conversación de vuestra velada. Fumar no será su única cualidad. Aparte de eso, también tendrá alguna profesión, opiniones, pasiones, experiencias, observaciones, y seguramente se habrá dirigido a vosotros no porque seáis gente libre de vicios, sino por algún otro motivo. Me temo que pronto llegaréis al extremo de que si en vuestro círculo aparece un individuo que —pongamos por caso— ha conseguido llegar desnudo al Polo Norte y ha vuelto sin síntomas de congelación, y que después, deja al desnudo ante vosotros una cosa todavía peor, es decir, hace ademán de coger un cigarrillo, vuestros observadores ojos se fijarán únicamente en ese gesto. Y entonces las preguntas se sucederán interminablemente: ¿por qué fuma? ¿Desde cuándo? ¿Ha probado a dejarlo? ¿Por qué no lo ha dejado aún? Una pena.

*Los cigarrillos son sublimes, Richard Klein, traducción del inglés de Jacek Spólny.
Varsovia: Spółdzielnia Wydawnicza*

UNAS PALABRAS SOBRE EL DESNUDO

Los animales ni siquiera intentan parecerse a otra cosa que no sea lo que la naturaleza planeó para ellos. Llevan con humildad sus caparazones, escamas, púas, plumas, greñas y plumones. Incluso los cambios que afectan a su aspecto en determinadas situaciones y momentos de la vida suceden de manera automática. El lobo con piel de cordero es una figura que danza en el país de las alegorías. A un lobo de verdad nunca se le pasaría por la cabeza tal cosa. La voluntad de cambiar el aspecto propio es una característica exclusivamente humana. Al menos, aún no hemos encontrado una cultura tan primitiva como para constatar categóricamente que sus fundadores continúan siendo fieles a su desnudez natural. Siempre ha habido alguien que ha intentado cambiar algo, o añadir algo. Solo hay que echarle un vistazo a la Venus de Willendorf para darse cuenta de que no está completamente desnuda. A decir verdad, tampoco lleva ningún collar ni ningún brazalete, pero los rizos de su pequeña cabeza son preciosos. Y el peinado también forma parte del atuendo. Para la autora del libro, el atuendo son básicamente pieles, tejidos y otras creaciones que sirven para cubrir el cuerpo. Yo también incluiría en este apartado los tatuajes, las incisiones en la piel, las trenzas, los penachos y los coloristas dibujos realizados sobre el cuerpo humano. Obviamente, todos ellos tienen un significado desnudo. Los misioneros que volvían del Nuevo Mundo hablaban con espanto de la desnudez de las tribus salvajes. Pero, en realidad, ninguno de ellos vio a alguien verdaderamente desnudo. Como mucho, verían a algún recién nacido. Pero es dudoso. Nada más nacer, los pertrechaban con algún amuleto contra los malos espíritus o con alguna marca que indicase su pertenencia al grupo. Haciendo un gran salto hasta nuestros días (la pulga debe figurar en el blasón del articulista), vale la pena pensar un poco en el papel que juega el desnudo en nuestra sociedad. Naturalmente, se nos presenta de muchas maneras, pero siempre es una desnudez desvestida solo para un instante. En las playas nudistas hay gente desnuda desde —pongamos por caso— las ocho y media de la mañana hasta las siete de la tarde. Claro, siempre que haga buen tiempo. En una ocasión tuve la oportunidad de echar un vistazo a una de esas playas. ¿Y qué pasó? Traté de buscar con la mirada a alguien verdaderamente desnudo en aquel lugar. Vi sombreros para proteger del sol, gafas con monturas muy ingeniosas y todo tipo de sandalias. Algunos llevaban incluso un reloj de pulsera en la muñeca. Porque uno siempre tiene que saber si ya se acerca la hora de volver a ponerse los pantalones vaqueros de todos los días.

Historia del atuendo, Maguelonne Toussaint-Samat, traducción del francés de Krystyna Szezyńska-Maćkowiak. Varsovia: Wydawnictwo W.A.B., 1998.

EN LAS GARRAS DEL RELAX

Entre descansar y relajarse hay una gran diferencia. El individuo que descansa hace lo que quiere: si quiere dormir, pues duerme; si quiere pasear por el bosque, pues pasea; y si quiere leer a Joyce, pues lee a Joyce. A la hora de relajarse, una arbitrariedad como esa es inadmisibile. Cada instante libre de la actividad profesional u otras obligaciones deber ser celosamente aprovechado para hacer gimnasia o recibir masaje, o para preparar las condiciones previas idóneas para que las dos anteriores se realicen. Nada de improvisar, señores y señoras. Ni siquiera psíquicamente, dado que también hay un masaje específico para eso. Pues el relajamiento debe guiarnos hasta un lugar en el que nada nos preocupe en exceso. El tipo de individuo que promocionan todos estos libros de auto-ayuda es simplemente el del sano idiota que ha dormido bastante. El único objeto de interés para él debe ser su propio cuerpo. Naturalmente, necesita un montón de información procedente del mundo exterior que los redactores (supuestos *expertos*) ya se encargan de ofrecerle. Información como que «el perro es un compañero fiel», «la luz natural ilumina tu habitación», «dispón tus muebles de tal manera que no te molesten», «empápate de la belleza natural» o «deshazte de los productos caducados». Bien, ¿pero qué necesidad había de traducir todo esto del inglés? ¿Acaso nuestro dos como «al respirar entra aire en los pulmones»? ¿Acaso hacía falta importar de la patria de Newton la noticia de que el cerebro se divide en dos hemisferios, de los cuales el izquierdo es el responsable de «las actividades que requieren pensar como, por ejemplo, resolver un crucigrama»? No tengo nada en contra de los crucigramas, pero que justamente aparezcan aquí como el único ejemplo de esfuerzo mental es muy significativo. Para relajarse, naturalmente, se permite poner música. Pero debe ser una música ligera, con poco volumen y que acompañe bien a la posición en cuclillas. Caprichos como visitar una galería de arte, asistir a una conferencia, ir al teatro o charlar con alguien, y que la conversación no verse únicamente alrededor de las calorías, han sido completamente omitidos y silenciados. En dos ocasiones recomienda leer durante el proceso de relajamiento, en ambos casos se alude a él como un mal necesario. De noche, si aún no has conseguido cerrar los ojos, «comienza a leer algún libro tranquilo hasta que el sueño se apodere a ti»; y cuando estés haciendo la maleta antes de un viaje: «lleva contigo un libro para evitar el aburrimiento de un largo viaje»... Para finalizar, una confesión personal. Me encanta descansar. Incluso es posible que demasiado. Sin embargo, nunca he practicado la relajación. No tenía ni idea de lo que me estaba perdiendo. Al menos, ahora ya lo sé.

Relajamiento: ciento un consejos prácticos, traducción del

MUCHAS PREGUNTAS

¿Puede alguien que escribió ochenta novelas fantásticas y de aventuras (y eso que solo empezó a escribir a partir de los treinta y cinco años de edad); alguien que creó centenares de personajes, otorgándoles, al menos a algunos, una personalidad sugestiva, consiguiendo que dos de ellos le auparan incluso al Olimpo de la mitología literaria (estoy pensando en el misterioso capitán Nemo y en el cautivador Phileas Fogg); alguien que siempre que tenía un rato libre leía montones de relatos de viajes y se mantenía al corriente de cualquier innovación tecnológica; pues, bien, puede alguien así tener aún tiempo para cuidar de sus más íntimos sentimientos: simpatías, amistades y amores? La biografía de Julio Verne no otorga una respuesta afirmativa a esa pregunta. Seamos francos: en su desmesurado trabajo, Julio Verne era un individuo repulsivo, un egoísta sin miramientos, un tirano del hogar e, incluso, un lisiado emocional. Varias generaciones de lectores de todo el mundo lloraron su muerte; sin embargo, en Amiens, donde vivía, nadie vertió ni una pequeña lágrima sincera por él. Su familia respiró y los habitantes de esa, dicho sea de paso, próspera ciudad no se apresuraron a reunir el dinero necesario para construirle, al menos, un modesto monumento... Su correspondencia no le deja en buen lugar. Escribía a su padre con respeto, pero se hace difícil no sospechar su billetera. Más desinteresadas parecen las cartas dirigidas a la madre, en quien sí confiaba. ¿Pero de qué le hablaba? ¿De su añoranza juvenil? ¿De sus primeros impulsos amorosos? ¡Qué va! Ofrecía a esta distinguida dama un relato completo de los malestares gástricos que continuamente le atormentaban, así como pintorescas descripciones de sus evacuaciones. Cuando llegó el momento de *enamorarse* de alguien y casarse, en su opinión, la única cualidad digna de ser mencionada de su futura esposa era su fortuna. Probablemente, las cartas que dejan ver una cordialidad más humana son las dirigidas a su hermano. Desgraciadamente, la última de ellas, la cual incluye su reacción al enterarse de la muerte de su hermano (pese a todo, su mejor amigo de juventud), echa a perder esa impresión. En las condolencias dirigidas a su huérfano sobrino, solo las dos primeras frases expresan tristeza por la pérdida. El resto no son más que quejas causadas por su débil estado de salud, y, dadas las circunstancias, dudo que podamos considerarlas precisamente oportunas. Pero mucho peor aspecto tenían las relaciones del escritor con su propio hijo. Era más que evidente que el vástago no era de su gusto. Verne, siempre que pudo, lo mantuvo a distancia. Finalmente se las arregló para ingresar al muchacho de quince años en un horroroso reformatorio, y un año después lo cargó por la fuerza, como si fuese un galeote, en un barco que zarpaba en dirección

a la otra punta del mundo. No se sabe exactamente de qué era culpable el adolescente. Y si era dre, alguien que sencillamente nunca debió ser el padre de nadie... Vaya... ¿Acaso no hemos escudriñado ya suficientemente? ¿Acaso todo esto nos sirve para explicar algo? Por ejemplo, ¿cómo consiguió ese frío y tétrico individuo conmover y hacer reír con sus libros? O ¿qué milagro consiguió que ese convencido conservador en su vida privada (y chovinista, además) acaba-se convirtiéndose en el bardo de la infatigable invención humana y fuese capaz de describir —y de un modo primoroso— la amistad entre representantes de países diferentes? Y, finalmente, ¿cómo pudo suceder que ese espantoso padre llegase a ser considerado en su tiempo como el autor más popular y apreciado por la juventud? Así es: por más que indagemos e indagemos, un misterio siempre es un misterio...

Julio Verne, Herbert R. Lottman, traducción del francés de Jacek Giszczak. Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1999.

PIANOS Y RINOCERONTES

La frontera entre la cordura y el desequilibrio mental es imprecisa y varía dependiendo de la época. No solo los psiquiatras, sino también los historiadores, tienen problemas a la hora de delimitarla. Obviamente, les en su grado más extremo. Y se sabe también que hay estados intermedios, de intensidad variable, más difíciles de diagnosticar. Pero, ¿por dónde se debe comenzar? Primero es necesario determinar qué se entiende por salud mental y si, en general, hay gente que responda a la categoría de *normal* desde ese punto de vista. Dudo que la haya. Sin embargo, sí debe añadirse que sus desviaciones rara vez derivan en una demencia evidente. Únicamente podemos hablar de grupos profesionales para los que el riesgo es mayor. Y son dos: los artistas y los soberanos. Sin embargo, si bien la locura de los artistas puede ser en ocasiones el origen de grandes obras, en los soberanos, esta no conduce más que a la crisis y la infelicidad. Algunos de estos enloquecidos monarcas me producen incluso un inmenso sentimiento de lástima. Podrían haber alcanzado algún tipo de equilibrio de haber cambiado a tiempo de trabajo. Está, por ejemplo, el caso del monarca inglés Enrique VI. Los asuntos de Estado le aterraban. Se sumía en prolongados períodos de estupefacción en los que no recordaba quién era ni dónde estaba, ajeno completamente a la realidad. Si únicamente hubiese tenido bajo su mando un huerto de hortalizas, probablemente habría sido más feliz, él y su país... También siento lástima por Luis II de Baviera, quien no tenía interés alguno por gobernar. Prefería ese mundo creado por sus propias y muy costosas ilusiones y, poco a poco, se fue zambullendo más y más en él. De haber nacido en cualquier familia moderada en un arquitecto capaz de diseñar suntuosos palacios para los industriales, y se habría dedicado a escuchar música en su tiempo libre. Todo se volvió aún más raro cuando Luis II se ahogó en un lago en extrañas circunstancias y su hermano, que nunca estuvo demasiado bien de la cabeza, fue aupado al trono. Durante siglos enteros nadie se preocupó de la herencia patológica. Todas las grandes dinastías estaban emparentadas entre sí, y los matrimonios entre primos hermanos estaban a la orden del día. Los tíos se casaban con sus sobrinos y, a su vez, la descendencia de estas uniones también contraía matrimonio entre sí. El abuelo del antes mencionado Enrique VI padecía un claro caso de esquizofrenia, mientras que la tía de Luis II de Baviera, por lo visto, creía haberse engullido un piano. También mencionaré a Don Carlos, esa desgraciada víctima de los cruces dinásticos. Más tarde, lo inmortalizaría Schiller como un personaje bello, un príncipe amante de la libertad... Pero, en realidad, el infante era un degenerado físico y psíquico, un loco y un sádico al que le gustaba

observar a las muchachas desnudas mientras eran azotadas con una vara; y a los que le molestaban por algún motivo, los enviaba él mismo al otro mundo, preferiblemente, por la ventana. Cuando un zapatero le traía unos zapatos que le iban pequeños, le obligaba a comérselos. Dudo mucho que de haber llegado a rey se hubiese transformado, así, de repente, en un soberano juicioso. Pero la locura hereditaria no es, ni de lejos, una catástrofe tan tremenda tenido que lidiar la humanidad durante todo el siglo XX en Europa, Asia y África. Y no fueron los reyes sus portadores, sino los dictadores. Pues el poder dictatorial crea condiciones excepcionalmente favorables para el desarrollo de la locura, la cual, partiendo de esos déspotas, contagia a naciones enteras. Probablemente, quien mejor describió esa epidemia fue Ionesco en *El rinoceronte*. Lástima que esta obra se represente tan pocas veces y que, cuando lo hace, no sea allí donde más la necesiten.

La locura de los reyes, Vivian Green, traducción del inglés de Tomasz Lem. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 2000.

PAÑUELOS DE ENCAJE

El *melodrama* no es para mí un término neutro como, por ejemplo, lo son el *western*, el *cine de terror*

o el *thriller*, entre otros. Hacia finales del siglo XIX se comenzó a denominar así a los dramas románticos de dudoso valor artístico, dirigidos a conmover al público poco exigente. Y he utilizado con ese sentido esta palabra hasta el día de hoy. Es posible que, al igual que otras personas, me haya quedado un poco anticuada. La autora del libro ya no percibe esa diferencia y llama melodrama a cualquier película de amor con indepenetra. No es fácil extrapolar a otra persona la manera en la que una ve las cosas, así que tendré que resignarme a esta. Sin embargo, habría preferido que, en el prólogo a sus películas elegidas y resumidas, la autora hubiese dejado bien a las claras que, por ejemplo, *Breve Encuentro* de David Lean, del año 1945, no tiene nada que ver con cualquiera de *Las venus rubias*, o que *Memorias de África* es, sin más, algo genéticamente diferente a *La leprosa*, por decir una. Habría preferido también que las películas apareciesen por orden cronológico. Solo con eso podría haber salido algo interesante. Ordenándolas alfabéticamente, desde luego, no. Pero, en resumidas cuentas, ¿acaso quiere decir eso que no me gustan los melodramas? En absoluto. Me gustan mucho y cuanto más antiguos son, más me gustan. Sin embargo, lo que a mí me conmueve o interesa no es exactamente eso que proyectaron los guionistas, directores o actores. Me emociona contemplar a personas hermosas que ya hace tiempo que han muerto, que ya no están con vida pero que, sin embargo, no dejan de estarlo. Bailan el vals, se miran intensamente a los ojos y corren por los prados poblados de flores. Y lo seguirán haciendo hasta que la última cinta se pierda... El argumento me interesa algo menos, pero reacciono a sus inalterables detalles. La heroína siempre se va a dormir bien maquillada, y de esa manera, impecable, se despierta. Tiene el día repleto de obligaciones: leer esquelas y arreglar las flores de los jarrones. Y cuando llega el momento de tener una conversación seria con su marido o amante, siempre se sienta delante del espejo y se cepilla los cabellos. No pasa nada, siempre y cuando el primer beso se produzca antes de que acabe la película. Si llega al principio, ¡mala cosa! Si eso pasa, siempre hay alguien que aparece con la regularidad de un viejo reloj de cuco, alguien a quien no le gusta para nada ese beso. Cuando la muchacha le confiesa a su amado que será padre, el hombre recibe la noticia con un asombro inaudito, como si nadie nunca le hubiese dicho de dónde vienen los niños. A veces, la heroína cae en la miseria y se tambalea a consecuencia

del hambre; sin embargo, por nada del mundo lo hará, aunque sea dos días seguidos, con el mismo vestido. Y, por desgracia, a veces enferma y muere. Pero la enfermedad siempre le sienta bien. Así, pues, las bellas estrellas dan la impresión de agonizar con todo su esplendor. Los hombres suelen escapar de las enfermedades orgánicas. La mayor parte de las veces son traídos a palacio o a una cabaña con heridas punzantes o de bala. Entonces, con sonrisa angelical, su amada le seca el sudor de la frente con un pañuelo de encaje. En los melodramas no se emplean otros tratamientos terapéuticos. Y luego están también todas esas cartas anónimas. Hay que creerlas inmediatamente y sin reservas, y descartar cualquiera de las posibles contrario, la película duraría mucho menos y los espectadores se verían obligados a volver a casa prematuramente. Y en la vida real, al igual que en los melodramas, volver a casa antes de tiempo puede resultar muy arriesgado.

Cien melodramas, G. Stachówna, Cracovia: Wydawnictwo Rabid, 2000.

ALPINISMO

Soy una completa inepta para las matemáticas, así que ¿por qué he cogido un libro cuya trama principal se basa en fórmulas incomprensibles para mí, diagramas y tablas? La razón es doble. En primer lugar, porque estas misteriosas especulaciones también tienen sus protagonistas y merece la pena leer un poco sobre sus historias personales. El protagonista principal es, obviamente, Pierre de Fermat (de ahí el título), un matemático francés del siglo XVII, autor de algunos trabajos pioneros. Pero nadie se acuerda ya de ellos. Su fama se debe a un teorema que se encontró entre sus anotaciones. En ellas se sugería que había conseguido demostrar su teorema. Desgraciadamente, nunca se consiguió encontrar dicha demostración. Hoy se tiene casi por seguro que Fermat nunca consiguió resolver dar algunos pequeños pasos y otros de gigante. Penosa y dilatada fue la andadura de su teorema durante más de tres siglos y medio. Y a su paso surgieron todos los dramas humanos posibles que derivan del triunfo prematuro, el desengaño y la no siempre honesta rivalidad. Hubo incluso un duelo y un suicidio. Pero también hubo tiempo para la bella colaboración entre colegas, la ayuda desinteresada, el revelador ingenio y la perseverancia que es digna de admiración. Las mentes más dotadas trataron de hacer frente a ese rompecabezas. Solamente el genial Gauss abandonó tras dos semanas de trabajo. Pronto comprendió que la demostración de ese teorema exigía métodos desconocidos hasta la fecha y que, si quería él mismo idearlos y probarlos, necesitaría vivir doscientos años más y desatender cualquier otra ocupación. Y tuvo una vida relativamente larga: vivió cerca de setenta y ocho años, de los cuales, setenta y cinco estuvieron al servicio de las matemáticas. Y no, no es un error de imprenta: Gauss entró en el reino de los números a los tres años de edad, siendo un muchacho enternecedoramente brillante. Y la segunda razón por la que compré el libro: unos meses antes había visto un programa del canal *Planète* en el que aparecía un inglés llamado Andrew Viles, quien en el año 1995 resolvió finalmente el problema de Fermat. En total, había trabajado en el teorema durante ocho años, siete de ellos en secreto. Cuando se dio cuenta de que lo había conseguido, envió sus resultados a todos los centros matemáticos había cometido un pequeño error y su construcción se vino abajo como si de un castillo de naipes se tratase... Cualquiera otro se hubiese derrumbado, pero él no, el profesor Viles no lo hizo. Trabajó durante otro año más con una terquedad maníaca y completamente aislado de los problemas mundanales. Y esta vez tuvo un inesperado momento de revelación, y gritó: ¡Eureka! Lo contemplaba fascinada. A pesar de encontrarse cerca de los cuarenta, parecía un colegial que, al ser sacado a la pizarra, dudaba de

que dos y dos fuesen cuatro. No mostraban a su esposa, pero, con toda seguridad, fue ella quien le hizo el nudo de la corbata y le ató los cordones de los zapatos. Sin lugar a dudas es una persona que lo acepta tal cual es y que sabe que si decide marcharse de casa, aunque sea solamente por un día, su marido comenzará a telefonar a sus amigos pidiendo información sobre cómo hervir el agua para el té y qué cacharros hacen falta para prepararlo... Si he animado a alguien a comprar el libro, únicamente le pido una cosa: no pregunte para qué han servido todos estos siglos de alpinismo. A los matemáticos y a los escaladores no se les hacen ese tipo de preguntas.

El último teorema de Fermat, Amir D. Aczel, traducción del inglés de Paweł Strzelecki. Varsovia: Wydawnictwo Proxy i S-ka, 1998.

BOCADILLOS

No siento una predilección especial por los cómics. Seguramente porque todavía no eran demasiado populares cuando yo era pequeña. Por lo tanto, fui condenada a la penosa y fatigosa lectura de libros. Soporté esa tortura sin pena, sin sentir incluso que había sido privada de algo valioso. Y así ha sido durante toda mi vida. Más tarde, claro está, echaba de vez en cuando una ojeada a algún cómic, pero, de ellos, solo dos me produjeron una grata impresión. Pero de eso hablaré después. Por el momento, dediquemos algunas palabras al trabajo de Jerzy Szyłak. Seguramente ha sido el primero en Polonia en tratar el cómic de un modo científico. Lo presenta —y con razón— como un fenómeno significativo de la cultura de masas, un fenómeno que cuenta con una rica historia. Lástima que se detenga en el siglo XIX y no se adentre en los abismos del tiempo. Porque, ¿acaso no es la escritura ideográfica una especie de cómic arcaico que aún anda a gatas? Y, ya más tarde, ¿qué me dicen de las iglesias, de las series escultóricas y las pinturas que representaban acontecimientos bíblicos siguiendo un orden cronológico? ¿Qué se le va a hacer! De acuerdo, daremos por bueno que todo empezó en el siglo XIX y que el cómic descende directamente de las historietas ilustradas. Sin embargo, no son idénticos. Para que naciera el verdadero cómic tenían que aparecer los bocadillos, y el bien sufría una reducción radical. Los investigadores aún no han podido fijar cuándo, dónde y quién inventó los bocadillos. En cualquier caso, precisamente los bocadillos acabarían determinando esa poética diferente que caracteriza al cómic. Por ejemplo, el original de *Las aventuras de Koziółek Matółek* no es todavía un cómic. Debajo de cada viñeta hay texto rimado de tal manera que, si lo pusiéramos aparte, la acción continuaría teniendo sentido. En cambio, en un cómic, el texto de la historia vendría a ser algo, más o menos, así: «¡Booom!, ¡Uuuuh... ¡Aaaaaah!». Y, al final, una oración compleja suelta: «Señor, le informo de que la orden ha sido ejecutada». Ahora ya puedo volver a mis dos cómics favoritos. Uno se debe a la pluma de Andrzej Mleczko: de hecho, compraba cada semana el semanario *Szpilki* por su enfermero. El segundo procede de un tiempo aún más temprano. Junto a la casa en la que vivía prosperaba un simpático y viejo zapatero. Se dedicaba a hacer pequeños remiendos, sobresolar el calzado, coser, poner herraduras, y, a veces, ensanchaba los zapatos que apretaban con una horma especial. Pronto debieron de ponerle al corriente de que

no solo los zapatos causaban dolor, sino también sus propietarios. Y, así, se convirtió en un activista contra el alcoholismo y empapeló las paredes de su local

con carteles que llamaban a la sobriedad. Aún me acuerdo de uno de ellos. Estaba compuesto por varias escenas sin texto: las imágenes ya hablaban por sí mismas. Sin embargo, mi zapatero se dio cuenta de que aquello no bastaba, y dotó de diálogos a todos sus personajes. Así, pues, un padre de familia que salía de casa decía: «Hasta luego, cariño. Me voy a trabajar»; a lo que su esposa contestaba: «Te esperaré con la cena»; y los niños en coro: «¡Adiós, adiós, papaíto!». Segunda escena: nuestro personaje se encuentra con un conocido: «¡Qué tal, amigo mío de la mili!», «¡Cuánto tiempo sin vernos!», «¡Esto hay que celebrarlo!». La escena de la borrachera apenas se puede ver detrás de los bocadillos que la cubren: «¡Venga, vamos, arriba!», «¡Y ahora abajo!», «¡Camarero, otra ronda de lo mismo!», «¡Ja, ja, ja!». En la siguiente escena viene la tragedia: un hombre sale rodando de la taberna y acaba bajo un tranvía que por allí pasaba. Aquí, el zapatero se dio cuenta de que no hacía falta diálogo. Así que finalmente llega el epílogo. Aparece por la puerta el padre de familia con muletas, y le falta una pierna. Los niños lloran, la mujer se retuerce las manos y de sus labios sale un bocadillo: «Siempre te faltará algo»... Ya han pasado muchos años, pero siempre me acuerdo de aquel zapatero y de su espontánea creación. Seguramente, hace ya tiempo que vive en su merecido Cielo. Solo espero que la in rodeado de abstinentes alados y desprovistos de calzado...

Cómics, Jerzy Szylak, Cracovia: Wydawnictwo Znak, 2000.

DIEZ MINUTOS DE SOLEDAD

Este libro es el fruto del trabajo de muchos años de investigaciones sociológicas sobre la vida emocional de los trabajadores, en particular de esos que trabajan en el sector de atención al público: clientes, interesados, pasajeros, etc. Se ha publicado en Occidente, y es por eso que describe el tipo de relaciones que allí acontecen, las cuales, sin embargo, empiezan a difundirse aquí. Después de leer el libro, he llegado a la paradójica conclusión de que la vida laboral de determinados sectores era más sencilla en la Polonia socialista. No estaban obligados a fingir. No tenían que ser amables si no querían. No tenían por qué esconder su cansancio, su aburrimiento o su irritación. No estaban obligados a esconder que les dolía la espalda cuando, en realidad, sí lo hacía. Si trabajaban en una tienda, no tenían que animar al cliente a comprar un determinado artículo, porque siempre se agotaban antes de que se formasen colas. Y, además, porque tampoco se valoraba más al trabajador que sonreía que al que se mostrase les parecía más responsable, mientras que siempre les daba la impresión de que el sonriente manejaba algún turbio negocio al margen del trabajo. Y lo peor de todo era que la sociedad comenzó a acostumbrarse a que las cosas fuesen de esa manera. Aún me acuerdo del pánico y la consternación que siempre experimentaba, en mi primer viaje a Occidente, cada vez que me detenía delante del escaparate de alguna bonita tienda. Nada más verme, los vendedores me arrastraban hacia el interior. Sin embargo, eran perfectamente conscientes de que no iba a comprar ningún abrigo de piel de zorro; vamos, como mucho podría haberme comprado un pañuelo, ¡y de los baratos!... La anécdota que menciona la autora del libro es mucho mejor. Cuando abrieron el primer McDonald's en Moscú, los clientes se quedaban mirando al sonriente personal que allí trabajaba. Los observaban con recelo: «¿De quién se ríen? ¿De nosotros?»... Incluso aunque el libro de Sandi Mann hubiese aparecido antes, nunca se hubiese publicado en nuestro país. Y no porque el censor pudiese considerarlo un elogio pérfidamente velado del capitalismo, pues no hay tal cosa en el libro. Los editores se habrían mostrado reacios. Porque ¿a quién iba a interesarle un objeto de estudio tan exótico como el del individuo que no solamente es capaz de trabajar, sino también de esconder sus anhelos internos?... Naturalmente, un disfraz tan perenne como ese habría provocado diferentes tipos de estrés y, a su vez, el estrés tiene que ser expulsado de alguna mane acredita la autora son vastas, pero sus consejos se reducen a un estrecho margen. A un simple inspire-expire. A alguna rotación temporal en el puesto de trabajo. O, de vez en cuando, a visitar la trastienda para expulsar la rabia. La autora dedica un espacio mínimo, solo una

frase, al remedio más eficaz de todos: pasar algún tiempo en completa soledad. Recomienda diez minutos. ¿Pero no es acaso demasiado poco? Y ya que me he quedado al margen: la soledad es buena y necesaria para todo aquel que viva en el tumulto de la gran ciudad. En cambio, estar solo sí es algo muy negativo. ¿Cuándo seremos finalmente capaces de ver la diferencia entre una cosa y la otra?

Cómo esconder en el trabajo eso que sentimos y aparentar eso que deberíamos sentir, Sandi Mann, traducción del inglés de Hanna Wrzosek. Varsovia: Wydawnictwo Amber, 1999.

UN TIPO MALO

Hitchcock debió de ser una pesadilla para todos los dietistas. Vivió hasta una edad propecta, pese a cargar durante toda su vida adulta con muchos quilos de sobrepeso. Consumía cantidades ingentes de carne grasienta, espesas salsas y dulces. El alcohol le acompañaba desde primera hora de la mañana hasta que ya era enfrascaba tercamente en conflictos con los productores, los guionistas y los actores. Era un ejemplo andante de cómo no se debe vivir si uno quiere estar sano y ser productivo. Sin embargo, trabajaba, trabajaba como pocos dentro del mundo de los directores de cine. Rodó cincuenta y tres largometrajes, de los cuales algunos pasaron a formar parte de la historia viva del cine, y lo que es más, siguen hoy cortando el aliento de los espectadores. Añadamos a todo ello sus numerosos trabajitos para televisión y las películas que no llegó a realizar, pese a haber invertido muchos meses en ellas. Finalmente murió, pero —si la memoria no me engaña— cosas como esa también les suceden a las personas que se cuidan... No se puede escribir un libro finito sobre un acontecimiento como este y, por eso, Donald Spoto, ha escrito uno bien gordo. Describe y analiza detalladamente la labor de Hitchcock en cada una de sus películas. También encontramos bastantes opiniones de críticos y algunos recuerdos de personas que lo conocieron y que, durante algún tiempo, tuvieron que soportar (con humor o con terror) sus antojos. Finalmente, encontramos algunas de las declaraciones de este gran genio. Preferiría que hubiese más, ya que constituyen el momento más excitante del libro. Hitchcock siempre conseguía escabullirse justo cuando la audiencia trataba de persuadirlo para que hiciese confesiones personales, y saltaba a otra cosa. Nadie sabía al cien por cien cuándo hablaba en serio y cuándo bromeaba. Y eso también debería haber quedado reflejado descubrir qué se esconde de verdad dentro de esa dura nuez. Cuáles eran sus fobias, sus penas, sus inhibiciones y complejos. Y, cómo no, las encuentra todas, solo que, ¿de qué nos sirve eso? Se sabe, por ejemplo, que un apetito desenfrenado es a menudo la reacción a algún fracaso erótico. Pero también se sabe que siempre ha habido un gran número de glotones en el mundo que andaban medio enamorados de rubias espectaculares y no fueron correspondidos. Entonces, ¿por qué solamente uno de ellos fue capaz de crear *La ventana indiscreta* o *Los pájaros*? El secreto del talento sigue siendo un secreto. Con independencia de cuántos bogavantes se comía por despecho durante el rodaje de cada una de sus películas... Pero mejor volvamos a Hitchcock y a su trabajo. Por una parte, era un tipo con suerte, porque ya desde su más tierna juventud fue considerado dentro de los círculos cinematográficos como un excelente profesional. Por otra parte, rara vez y a

desgana fue visto como un verdadero artista. Solo las entusiastas opiniones de los directores europeos consiguieron que, al fin, fuese digno de tal calificativo. De vez en cuando, sus películas eran nominadas para los Óscar, pero nunca ganó uno. «Siempre de madrina y nunca de novia», decía benévolamente en broma, aunque tenía que molestarle. No puedo abstenerme de mencionar algo más. Suya fue la idea de la inscripción para su lápida: «Esto es lo que les pasa a los tipos malos». Por cuanto sé de la vida y el *savoir-vivre* de los cementerios, este proyecto nunca llegó a realizarse.

público, escotado o vestido de frac, algún discurso: «Me han dicho que ocurre un asesinato cada minuto, es por eso que no quiero malgastar vuestro valioso tiempo. Sé que queréis poner os manos a la obra. Gracias».

Alfred Hitchcock, Donald Spoto, traducción del inglés de Jan Stanisław Zaus. Varsovia: Wydawnictwo Alfa, 2000.

LA RUINA MÁS ESPERADA

«¡Ya está bien de romanos!», gritó cierta señora de quien dependía antaño la publicación o no de un determinado libro. Como persona atenta que era, tenía toda la razón. En un régimen que pregonaba una permanencia eterna, los estudios históricos eran un campo más que sospechoso. De ellos se desprendía que nada dura para siempre. Ni siquiera Roma, ese gran imperio. En su caída, los lectores podían encontrar algún reaccionario consuelo... Lo cierto es que desconozco si aquella señora estaba por entonces al mando y si, precisamente a ella, le debemos que de la monumental obra de Gibbon, *La decadencia y ruina del imperio romano*, solo se publicaran en 1960 dos tomos bajo el relativamente dócil título de *Decadencia...*, mientras que el tercero, el que trataba la *ruina* definitiva, no vio la luz del día. Sea de una manera o de otra, el grito anteriormente citado ilusmente, cuarenta años después, ha llegado a nuestras manos esa *ruina*... Será una gran alegría para quienes tengan los dos tomos anteriores. ¿Pero cuántos de ellos quedan aún? Y, además, han surgido dos nuevas generaciones durante todo ese tiempo. Por tanto, es una verdadera lástima que no hayan aprovechado para publicar también los dos tomos anteriores. Sospecho que no había fondos suficientes. Pero, al menos, podían haber añadido algún tipo de prólogo a este último tomo recordando la figura del autor y la importancia de su trabajo para el pensamiento europeo. El inglés Edward Gibbon fue una de las mentes más lúcidas de la Ilustración. Sin embargo, a diferencia de sus colegas franceses, albergaba la conservadora convicción de que todas las transformaciones esconden las peores sorpresas. Escribió su obra sobre la suerte de Roma sumido prácticamente en la desesperación. Consideró que los doscientos años de gobierno de la dinastía de los antoninos fue el período más brillante de la historia del imperio. Fue realmente un período de relativa paz y un florecimiento civilizador. Los pueblos subyugados (*nota bene*, siempre de un modo sangriento y brutal) pudieron, gracias a la administración recién implantada, ver en Roma una garantía de desarrollo y seguridad. Desgraciadamente, estas conquistas, las cuales habían comenzado siglos atrás, nunca llegaron a su fin. Los pueblos pacificados continuaban bajo la amenaza de los enemigos de antaño. Roma heredó todos estos enemigos y se vio obligada a vencerlos de nuevo y a incorporarlos. Pero esas nuevas incorporapueblos hostiles. Y de nuevo Roma debía hacerles frente... así, una y otra vez. El tomo de la *ruina*... muestra los resultados de esa fatal necesidad: Roma había dejado de conquistar, Roma solo se defendía. En su caída influyeron también otras causas que, a su vez, tenían sus propias causas. Las instituciones que velaban por las leyes y las tradiciones se desmoronaron, la disciplina del ejército menguaba

a pasos agigantados y los ciudadanos cayeron presa del desánimo y una cierta somnolencia provocada por la saciedad. El resquebrajamiento de los lazos tradicionales, la antigua religión estatal, provocó que estos sucumbieran al empuje de un cristianismo que se expandía imparablemente. El cristianismo no fue capaz de reemplazar esos lazos tradicionales de inmediato: internamente fueron enemistándose y dividiéndose en infinidad de grandes y pequeñas comunidades que entendían los dogmas de fe de manera diferente. Solo estaban de acuerdo en uno: había que acabar de una vez por todas con el paganismo, destruir los templos, las estatuas, las pinturas y los mosaicos. El capítulo que describe ese cometido fanático, emprendido a lo largo y ancho de un país agonizante, es uno de los más tristes del libro. ¿Pero qué se le va a hacer? A un historiador honesto —y Gibbon siempre puso todo su empeño en serlo— rara vez se le brinda la ocasión de relatar hechos agradables.

La caída del imperio romano de Occidente, Edward Gibbon, traducción del inglés de Irena Szymańska, notas a la traducción de Mikołaj Szamański. Varsovia: Państwowy Instytut

ESTÚPIDAS LISTAS

Compré el libro sin esperar demasiado de él, salvo por las ilustraciones. Realmente son muy buenas. Pues sí. De nuestra pictórica época, he conservado esa afición un tanto anticuada de leer el texto junto a la imagen. El título me sorprendió un tanto. Ha habido bastantes más tiranos en la historia, por lo menos cien mil. Algunos fueron cafres durante poco tiempo, y otros, durante mucho. Algunos estaban al mando de pequeños territorios, y otros, de inmensos. Algunos se contentaron con asesinar a su propia familia, mientras que otros hicieron extensible la idea de acabar con la indeseada familia a toda la población. Y así, sucesivamente. Entonces, ¿por qué escoger y *redondear* la cifra a cien? ¿Es realmente posible tener un criterio de selección aquí? En cambio, el autor no se planteó ninguna de estas preguntas: simplemente se dedicó a empaquetar dentro del libro al primero que se le ocurría. Encontramos a Stalin, a Hitler, y, junto a ellos, también a Napoleón. ¿No es exagerar un poco? Por el contrario, no aparece Robespierre. Es probable que el autor piense que sus víctimas no son más que accidentes relacionados con su trabajo. Cómo no, aparece Torquemada, pero ninguno de sus sucesores. Está Beria, pero ninguno de sus predecesores. Está Pizarro, pero ningún otro conquistador-genocida. ¿Es posible que el autor no tuviese suficiente espacio para algudichado Luis II de Baviera, quien no era ni pretendía ser el doble de Drácula? O, por ejemplo, Robert Menzies, el primer ministro australiano, quien rompió hasta tal punto con la oposición y los ministros que, llegado el momento, no tuvo más remedio que presentar su dimisión... Si Pol Pot, Idi Amin y Bokassa se enterasen de que han metido a Menzies en el mismo saco que a ellos, llorarían de la risa. Un momento. ¿Qué se supone que estoy haciendo? Me estoy dejando arrastrar por un juego un tanto equívoco. Involuntariamente estoy comenzando a meditar cuántos cadáveres y gente aterrorizada es necesario dejar atrás para merecer el título, y cuántos hay que añadir a ese número para encontrarse en el ránking de los mejores. Al parecer, el Espíritu dominante de esta época también me ha agarrado de los pelos y me ha arrastrado hacia sus queridas puntuaciones, sondeos, diagramas, *top-tens* y *los cien mejores*. Están por todas partes. Está bien si hablamos de deportes, la bolsa o estadísticas económicas. Pero debería evitarse que ciertas cosas se resguardaran bajo el amparo de todas esas listas. Por ejemplo, la cultura. De martes a miércoles nos enteramos de qué obra ha tomado la delantera y cuál se ha quedado rezagada. Inmediatamente se analizan todas esas cifras aun a sabiendas de que la cotización de miércoles a jueves puede ser otra. Además, se colocan obras, una junto a la otra, tan diferentes que resulta absolutamente imposible compararlas.

Hace un par de años vi una lista que informaba de que, atendiendo tado a la Biblia y que, a su vez, *El Libro Rojo* de Mao había pasado a Agatha. Alguna cosa debe querer decir todo esto, solo que no sé el qué. Pasa lo mismo con la historia. No hay manera de hacerla entrar en todas esas estúpidas listas. Lo cierto es que cualquiera de los que compraron un ejemplar de *Los cien mayores tiranos* hubiese hecho mejor comprando el mucho más barato y, de largo, más útil *Cien maneras de cocinar con patatas*.

Los cien mayores tiranos, Andrew Langley, traducción del inglés de Marek Maciołek. Poznań: Wydawnictwo Podsjedlik-Raniowski y S-ka, 1996.

BOTONES

En Łowicz se ha construido el Museo del Botón. Tiene ya su propio membrete comercial y ha publicado un librito sobre el botón en la literatura. Es posible que, al conocer la noticia, más de uno haya comenzado a darle vueltas a la cabeza y a preguntarse, con una leve sonrisa en los labios, si los ciudadanos de esa ciudad no tienen nada más importante en lo que pensar. O si las ciudades pequeñas no tienen suficiente con alguna que otra cámara conmemorativa o alguna vitrina con productos regionales y animaría hacerlo. Es probable que solo me pase a mí, pero siempre que voy a algún sitio y decido echarle un vistazo al museo municipal, o bien está cerrado (y tiene la llave el director), o bien me entero a mitad de la visita por la señora que está de guardia que soy la primera persona que ha entrado en cuatro meses. Es fácil deducir el porqué. Los objetos más bonitos o históricamente más interesante hace ya tiempo que fueron enviados a los museos de las grandes ciudades. Lo que ha quedado, no atrae a casi nadie. Si las pequeñas localidades erigiesen un centro dedicado a un tema determinado (cada una al suyo), las cosas irían de otra manera. Al ver el rótulo «Museo del Botón» el viajero, tras unos instantes de estupefacción, se lo pensaría, entraría y echaría un vistazo. Y quizás llegue incluso a pensar incluso que al pueblo en donde nació —él o sus antepasados— también podría venirle bien tener un museo tan curioso como ese. ¿De postales, quizás? ¿De libros de oraciones antiguos? ¿Juguetes? ¿Juegos de cartas? ¿Piezas de ajedrez? Si hubiese además una fonda en las proximidades en donde preparasen algo mejor que sopas de sobre, el nombre del pueblo llegaría a lugares muy lejanos. Aún hay otra *ventaja*. En Polonia hay muchos coleccionistas. No hablo de esos que coleccionan cualquier cosa. Me refiero a esos exigentes individuos entregados a un coleccionismo especializado y que están en posesión de auténticas rarezas. Por lo general se enfrentan al problema de a quién legar su cola herencia del maniático abuelito. Lo más normal es que los grandes museos, en el caso de que se hagan cargo de la colección, la empaqueten y acabe en el sótano de algún almacén. La mejor solución es enviarla a museos pequeños repartidos por todo el país que animen un poco el paisaje. Pero volvamos a los botones. Además del folletín sobre el botón en la literatura, también sería de agradecer un librito sobre la historia del botón. Yo, por ejemplo, la desconozco por completo. Solo sé que no crece espontáneamente de los árboles: alguna tribu debió de inventarlo y comenzar a utilizarlo. Lo más probable es que apareciera en la Alta Edad Media. Los antiguos no utilizaban el botón para abrochar las cosas. Para eso utilizaban hebillas de bronce, broches y cordeles. En caso contrario, los implacables Bóreas y

Aquilón se hubiesen llevado por delante sus atuendos. ¿Y qué pasaba con los blancos vestidos de lino de los antiguos egipcios? Iban tan ceñidos que resultaba imposible pasárselos por la cabeza. Debían de tener en algún lugar de la espalda una discreta abertura de tal manera que pudiesen quitárselos luego. Y ahora, esos a los que les gusta darle vueltas a la cabeza querrán preguntarme si realmente no tengo preocupaciones más importantes que pensar en cuáles eran los problemas de los sastres de esa parte del Nilo. Claro que tengo mayores preocupaciones, pero eso no es motivo para que no tenga otras más modestas.

El botón de la literatura, Zbigniew Kostrzewa, Łowicz: Museo del botón, 2000.

EL ELOGIO DE PREGUNTAR

Lástima que al empezar el libro no me diese por contar las veces que se repite «¿por qué?». Puede que sean unas doscientas. El gran número se debe a una única pregunta principal: ¿de dónde viene esa gran diferencia entre civilizaciones que aún hoy es perceptible en nuestro mundo? Los primeros pasos de la humanidad fueron más o menos iguales: se crearon pequeños grupos de cazadores y recolectores que se dispersaron por el globo en busca de alimento y un lugar donde refugiarse. Entonces, ¿por qué algunos se quedaron estancados durante milenios en ese modo de vida y otros consiguieron transformarlo radicalmente? Los racistas (incluso esos que nunca lo reconocerían abiertamente) tienen su respuesta: se debe simplemente a que había personas más capacitadas que otras. Después de pensar en ello solo por un instante, cualquiera puede ver la estupidez de esa respuesta. La razón no radica en la inteligencia. Arquímedes nacen baño del que salir saltando y gritar: «¡Eureka!». Es imposible que los asentamientos polares inventen la tecnología necesaria para el cultivo del arroz. La humanidad que se refugia en las selvas subtropicales no puede domesticar a las ovejas salvajes. No es necesario reprochar a los aborígenes el que ninguno de ellos cayese en la cuenta de cómo ordeñar canguros o, aunque sea, de cómo montar sobre ellos. Limitaciones de este estilo hubo muchas, y cada una de ellas se debió a unas causas determinadas. Para describirlas, el autor se vale de sus propios conocimientos y del de otros, comenzando por los glaciólogos y acabando en los historiadores de las conquistas coloniales. Preguntas y respuestas, y, después de las respuestas, más preguntas... Y así hasta el infinito. ¿Y qué hay de malo en ello? Especulemos un poco e imaginemos un futuro tremendamente lejano en el que la humanidad —en el caso de que aún exista— lo sepa todo. Se acabará eso de preguntar, porque no habrá motivo para ello. No habrá misterios, conjeturas, ni dudas sobre el más mínimo detalle. Todo, incluido el cosmos, habrá sido explorado, comprobado, medido, calculado y descargado en algún ordenador galáctico... El pasado, radiografiado de parte a parte, y el presente en la palma de la mano. ¿Y el futuro? ¿Acaso sería posible algún tipo de futuro en tales condiciones? La omnisciencia se aparece ante mí como una catástrofe incomparable con cualquier otra: la parálisis de la imaginación, el silencio absoluto. Porque ¿de qué se va a hablar si todo el pensar que un futuro como ese nunca llegará... El libro tiene más de quinientas páginas y el autor concluye con la sensación de que todas las cuestiones relacionadas con el tema principal han sido examinadas. ¡Qué bonito! Recomiendo esta larga lectura para el tiempo estival. No sé de dónde ha salido esa idea estúpida de que hay que

elegir lecturas ligeras para las vacaciones. Si es todo lo contrario: esas lecturas ligeras deben leerse —si es que en realidad es posible leer algo— antes de acostarse, después del trabajo o las labores de casa, cuando resulta difícil encontrar esa concentración que requieren los libros más serios. Para hacer más apetecible su lectura, añadiré aún otro detalle de poca importancia para el contenido del libro, pero agradable para nosotros los polacos. En el prólogo el autor menciona a su esposa, Marysia. Así que si algún día nos lo encontramos por casualidad en algún rincón de este pequeño mundo, debemos estar seguros que nos entenderá cuando le digamos «Dzień dobry»

Escopetas, gérmenes y máquinas: el futuro de las sociedades humanas, Jared Diamond. (Obra merecedora del premio Pulitzer), traducción del inglés de Marek Konarzewski. Varsovia: Wydawnictwo Prószyński i S-ka, 2000.

NERVIOSISMO

¿Y qué pinta la poesía de Czesław Miłosz en *Lecturas no obligatorias?*, se preguntará el lector. Porque, después de todo, Miłosz debería ser una lectura obligatoria para cualquiera a quien le guste pensar de vez en cuando; al menos, debería serlo. Así que no hablaré aquí de su poesía. Llevo en mente una idea mucho peor: hablaré de mí, o, mejor dicho, de lo nerviosa que me pongo en presencia del autor y su obra. Esto comenzó hace ya mucho, en febrero de 1945. Me encontraba en el *Stary Teatr* de Cracovia, donde se organizaba el primer recital de poesía desde el final de la guerra. Los nombres de los participantes no me eran en absoluto familiares. Era una persona relativamente leída en cuanto a prosa, pero mis conocimientos de poesía eran prácticamente nulos. Aún así, escuchaba y observaba. No todos leían bien. Algunos eran insoportablemente grandilocuentes, mientras que las voces de otros se quebraban y el papel temblaba en sus manos. En cierto momento anunciaron a alguien llamado Miłosz. Leía con serenidad y sin histrionismos, como si articulase en voz alta sus pensamientos y nos invitase a todos los demás a hacer lo mismo. «Ahí tienes —me dije a mí misma— a la auténtica poesía y a un poeta de verdad». Ciertamente estaba siendo injusta. Había en aquel lugar dos o tres poetas más que merecían especial atención. Pero la excepcionalidad se mide en graaquel Miłosz. No mucho después, mi admiración fue víctima de una dura prueba. Por vez primera en mi vida me encontraba en un restaurante de verdad celebrando un acontecimiento importante. Y al darme la vuelta, ¿qué fue lo que vi? A Czesław Miłosz sentado con unos amigos cerca de mí devorando unas chuletas de cerdo con chucrut. Fue un duro revés. Tenía más o menos claro que incluso los poetas comían de vez en cuando, pero ¿tenían que pedir platos tan vulgares como ese? De alguna manera me las arreglé para apaciguar mi espanto. Además, tuve otras experiencias de mayor importancia y me convertí en una verdadera lectora de poesía. Apareció *Salvación*, su volumen de poesía, por lo que me fue más sencillo encontrar nuevos poemas suyos en los periódicos. Mi nerviosismo crecía y se arraigaba más en mí a cada nuevo poema de Miłosz que leía. Volví a verlo en París hacia finales de los 50. Fue en un café: iba de mesa en mesa, probablemente buscando a alguien. Tuve la oportunidad de levantarme y decirle algo que le hubiese hecho feliz: que sus libros prohibidos todavía eran leídos en Polonia, que se transcribían en copias únicas que se introducían ilegalmente en el país. Y que cualquiera que las buscase con ahínco, se hacía con ellas tarde o temprano. Pero no me levanté y, por supuesto, no se lo dije. Los nervios me paralizaron. Miłosz no regresaría a Polonia hasta muchos años después. En la calle Krupnicza de Cracovia, una nube de fotógrafos con sus fla-shes y micrófonos casi ocultaba su figura, mientras el mente se deshizo de los periodistas,

exhausto, los cazadores de autógrafos se abalanzaron sobre él. Carecía del coraje necesario para asediarle de esa manera, de presentarme y de, quizás, pedirle un autógrafo. Solo tuve el placer de conocerle personalmente en su segunda visita a Polonia. Muchas cosas habían cambiado desde entonces, pero, en cierta manera, todo seguía igual. De buen grado debo reconocer que he tenido muchas oportunidades para hablar con él, de conocerlo en compañía de amigos mutuos, incluso de leer codo con codo en varias ocasiones y de sufrir juntos en algún acto oficial. Pero hasta el día de hoy, debo decir que no tengo la menor idea de cómo tratar con tan Gran Poeta. Cuando estoy cerca de él, sigo sintiéndome tan nerviosa como antes. Incluso aunque a veces contemos chistes o brindemos con vodka bien frío. O suceda como aquella vez en que ambos pedimos chuletas de cerdo con chucrut.

Extraído de la columna de Szymborska «*Lecturas no obligatorias*» aparecida en la edición de *Gazeta Wyborcza*, 1 de julio de 2001.

Table of Contents

LA PROSA DE SZYMBORSKA: ENTRE EL HUMANISMO Y LA IRONÍA

DE LA AUTORA

PROFESORES DESPISTADOS

LA IMPORTANCIA DE ASUSTARSE

UNA DUDOSA COMPENSACIÓN

LA ABSTRACCIÓN DE LOS NÚMEROS

SIGUE SOÑANDO

SILLAS MUSICALES

FELICIDAD COMPULSIVA

CUÁNTO CUESTA SER UN CABALLERO

VER LA LUZ

ESE ES EL ESPÍRITU

A SANGRE FRÍA

EL ESTADO DE LA MODA

FRUTO PROHIBIDO

PIES Y DESTINO

EL HUMOR COMO HERMANO MENOR

UN GRAN AMOR

UN ODIO RENTABLE

EL PESO DE LA JUSTICIA

LOS MANITAS

NO HAY DÓNDE ESCONDERSE

QUIÉN ES QUIÉN

IMÁGENES QUE HABLAN

JAULA DE CRISTAL

PASAR PÁGINA

EXTRAVANCIA DEL CAMINANTE SOLITARIO

EL REGRESO A LA NATURALEZA

LA CAZA

A LA DERIVA

VERSIONES DE SATCHMO

EL CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN

PROBLEMAS EN EL PARAÍSO

ZUZIA

LILIPUT PERDIDA

DIVAS

LA VIDA PSÍQUICA DE LAS MASCOTAS

EL ENCLENQUE

DO IT YOURSELF

«CONTINUARÁ...»

CÓMO NO SER NOBLE
PARA CADA OCASIÓN
ENREDOS FAMILIARES
SOBRE TUS PIES
LA INFANCIA Y ANTES
VIEJOS AMIGOS
EL MITO DE LA POESÍA
EN ALABANZA A LOS PÁJAROS
LA MUERTE COMO ESPECTÁCULO
LO QUE QUEDA ATRÁS
CATALINA LA NO-TAN-GRANDE
EL INFIERNO DEL CORTESANO
EL ARTE DE LA DESTRUCCIÓN
SOLEDADE CÓSMICA
EL MILAGRO DE LOS ENSAYOS
¿QUÉ ES EL MISTERIO?
EL DESTINO DEL VÁNDALO
¿QUÉ ES SOÑAR?
DEMASIADO TARDE, O SEA, ¿CUÁNDO?
¡SEÑORES DEL TRIBUNAL!
ARBUSTOS ROMANOS

LÁGRIMAS NEGRAS

LA GRAFOLOGÍA AL ATAQUE

VIAJANDO CON GENTE HERMOSA

LAS MOMIAS Y NOSOTROS

MIGAJAS

MONSTRUO

ELLA

LA VACA COMO EJEMPLO

GANGA

WILLEM KOLFF

HAMMURABI Y LO QUE VINO DESPUÉS

DISNEYLANDIA

ABRAZOS PARA LA HUMANIDAD

REALIDAD Y FICCIÓN

LOS PIES DEL PRÍNCIPE,

FUERON

FECHAS EXACTAS

LA FARAONA

MÚSICA DE GATO

EL FIN DEL MUNDO EN PLURAL

LA NUEZ Y LA DORADURA

SI SE DA LA OPORTUNIDAD

UNAS PALABRAS SOBRE EL DESNUDO

EN LAS GARRAS DEL RELAX

MUCHAS PREGUNTAS

PIANOS Y RINOCERONTES

PAÑUELOS DE ENCAJE

ALPINISMO

BOCADILLOS

DIEZ MINUTOS DE SOLEDAD

UN TIPO MALO

LA RUINA MÁS ESPERADA

ESTÚPIDAS LISTAS

BOTONES

EL ELOGIO DE PREGUNTAR

NERVIOSISMO